Jesús Aller Manrique

Asia

Alma y Laberinto

Llibros del Pexe

ASIA
ALMA Y LABERINTO

Jesús Aller Manrique

Asia
ALMA Y LABERINTO

Rusia – Jordania – Siria – Líbano
Turquía – India – Nepal – Tibet
Birmania – Camboya – China

[con fotografías del autor]

LLIBROS DEL PEXE
2002

Primera edición: septiembre 2002
© Jesús Aller Manrique
© Llibros del Pexe S.L.
Periodista Adeflor, 3 entlo. F 33205 Gijón
984 19 83 42
pexe@telecable.es
Diseño: Marina Lobo
Maquetación: Yolanda Felgueroso Lillo
ISBN 84–89985–90-1
Depósito Legal AS–3371–02
Producción: Apel / Fotomecánica Principado

Índice

Introducción 11

Rusia 15
En el metro de Moscú 22

Jordania, Siria y Líbano 25
Petra, la ciudad rosada 27
Jerash, la ciudad blanca 32
La tierra de nadie 34
Bosra, la ciudad negra 35
Hacia el norte, campos de batalla 37
Latakia 39
Ugarit 39
Alepo 41
San Simeón y las ciudades muertas 42
Palmira 45
Damasco 47
Seidnaya 50
Líbano 54

Turquía 57
La costa jónica 59
Capadocia 61
Ankara 63
Estambul 65
Nocturno desde la Torre de Gálata 68

Primeras impresiones de la India: Maharashtra y Rajastán 71
Bombay (Mumbay) 73
Ajanta y Ellora 76
El Rajastán 80

Los nombres de Benarés 85
El Ganges 89
El templo dorado 92
El templo de Durga 94
El Buda en el Parque de los Ciervos 95

La India más musulmana; Lucknow, Agra, Delhi 99
Lucknow 101
Agra, una ciudad al lado del Taj Mahal 103
Delhi 106

Nepal y Tíbet 111
Días antes 113
El viaje 113
Nepal 114
El aterrizaje 117
Samye 120
Gyanzê 123
Xigazê 126
Lhasa 129
Montañas, desiertos y ciudades 132

Birmania y Camboya 135
Yangón 138
Desde la colina de Mandalay 139
Bagán 140
Caminos de Birmania 143
Singapur 145
En el país de Pol Pot 146
Ángkor 148
Epílogo budista 151

China y el Turquestán chino 153
Frankfurt-Tashkent-Pekín 155
Pekín, un viaje en taxi 156
Xi'an 157
Dunhuang 159
Turpán 161
Urumchi 164
Káshgar 167

VIGENCIA DEL BUDISMO Y EL VEDANTA 171
Sutra del gran rey Vivekataramanam 177

NOTA FINAL 185

Para Concha y Mario

Introducción

Me contaba su experiencia en un inglés rudimentario, pero luminoso: "No, yo no nací monje". Aquel joven de modales correctos tenía a veces la mirada de un sabio; otras, su alma naufragaba en una sonrisa sin detalles, sin precio. Lo encontramos en una aldea cerca de Yangón, viviendo con otros monjes en un chamizo con pretensiones de monasterio. "Era un niño normal. Demasiado travieso a juicio de la hermana mayor que me cuidaba. Mis padres murieron cuando yo era muy pequeño". Quise saber qué experiencia había torcido el curso de su vida, le había llevado a dedicarla a la atención de los pobres, de los más enfermos. "Sí. Desde muy pequeño me inquietaba la multiplicidad de los seres, la oculta armonía del cosmos. Llegó a hacérseme insoportable no entender, llevar una existencia perdida en rutinas como espuma en el rostro de un mar profundo. Una tarde me senté en postura de meditación, y prometí que no me levantaría hasta haber resuelto el enigma, hasta haber descifrado el abigarrado e implacable latido del mundo. Las nubes del monzón viajaban hacia el norte preñadas de lluvia, los arrozales reflejaban la dorada tramoya del ocaso. Pensé entonces que sería una noche fría, y fue en aquel momento cuando ocurrió. Tuve el convencimiento de que frío y calor, dolor y gozo, éxtasis y miseria eran igualmente ajenos a la esencia profunda que buscaba, igualmente engañosos. Supe que debía mirarlos condescendiente y apartarlos a un lado si quería llegar a lo más hondo. No era muy complicado. Todos los seres compartían el misterio del crepúsculo. Leí en su corazón como en un libro abierto. La misma angustia, el mismo miedo, la misma secreta esperanza me hablaba en cada uno. Comprendí que su alma y la mía eran sólo un espejo vacío que reflejaba ecos en la noche".

Anochece en Bagán

Nacido y criado en esta arrogante península de Asia que llamamos Europa, temprano descubrí, sin embargo, que cuando buceamos en busca de los hilos profundos que gobiernan la Historia, o si queremos seguir el rastro a las intuiciones fundamentales que nos han enseñado a ver el mundo, no tenemos más remedio que volvernos hacia ese Oriente de donde nos llega todavía el sol cada mañana. Y ahí está para probarlo la imagen imborrable del Buda rebelándose contra los brahmanes y poniendo en marcha un mensaje liberador cuya solidez intelectual aún resplandece hoy día. Y ahí está también el orgullo blasfemo de los filósofos jónicos que se atrevieron a pensar por sí mismos y poner las bases del estudio racional de la naturaleza. En Asia se encendieron unas lámparas que todavía nos alumbran. Y el atractivo de estas tempranas muestras

de osadía intelectual, de las que no sé si es mayor la de los pensadores griegos o la del príncipe indio, es especial en una época como la nuestra en que todas las ideas parecen derrumbarse a nuestro alrededor.

Este libro es la crónica de un intento de buscar con los ojos y con el corazón los lugares donde echaron a andar algunas de las viejas ideas que más nos enorgullece llevar en la mochila: el culto a la razón, la compasión por todos los seres vivos. El mismo entusiasmo que nos hizo acopiar, desde muy jóvenes, páginas y sueños, nos lleva desde 1995 a peregrinar incansables, siempre que podemos, por los caminos y los aeropuertos de Asia. Y en esta búsqueda, Asia nos ha seducido con mil voces y mil imágenes que han sabido desvelarnos lo esencial de nosotros mismos, lo más dichoso también. Un viaje de trabajo a Rusia en 1995 es el arranque del libro. Siguen otros por Oriente Próximo (Jordania, Siria y Líbano en un capítulo, y Turquía en otro), India, Nepal, Tíbet, Birmania, Singapur, Camboya y China.

Completa el libro una sección que pone en orden las deslavazadas alusiones que se hacen a lo largo del texto con una breve síntesis de los principios del budismo y el vedanta. Cuando esta recapitulación ya estaba escrita, casualmente, una vieja idea que me rondaba y se resistía a tomar forma desde hacía meses se materializó al fin en lo que resultó ser una especie de imitación de un sutra budista. Todo él fue escrito de corrido en un par de horas un día por la mañana nada más despertar. Dándole vueltas después, pensé que podía ser un buen remate para el libro. De todas formas, considero que la lectura de este capítulo final de reflexiones budistas puede alternarse con la de los restantes.

El viajero se dispone a partir. Un largo camino lo aguarda. De las verdes y suaves montañas rusas al árido roquedo del Turquestán, de los desiertos de Siria a la selva que drena el Mekong. Y verá a los hombres construir sus vidas en cada lugar, encender sus hogares, elevar incienso a sus dioses que construyeron el mundo. Deseémosle un feliz viaje. Tal vez traiga de allá una mirada nueva. No dilatemos la partida.

Rusia

Aldea en los Urales

Visité Rusia en agosto de 1995 en el marco de un proyecto de investigación internacional sobre los Urales. El objetivo de nuestro trabajo era conocer en detalle la estructura de un sector de la cordillera cuya posición y funcionamiento durante la colisión de la plataforma rusa con el arco de islas de Magnitogorsk hace trescientos millones de años no estaba del todo clara para Andrés Pérez Estaún y el resto de los jefes del proyecto. Fernando Bastida y yo trabajamos quince días en el sur de los Urales, concretamente en territorio de la República de Bashkiria, con tres investigadores de Ufá, su capital: Víctor N. Puchkov, un mandamás de la Academia de Ciencias y uno de los geólogos de campo más brillantes que he conocido, Vladímir N. Baryshev y Vladímir N. Pazukhin. Después disfrutamos de un par de días de descanso en Moscú.

Los días de campo fueron de duro trabajo estudiando en detalle todos los afloramientos rocosos a lo largo de una transversal de cuarenta kilómetros entre las localidades de Zilaír y Kugarchí. Pasábamos el día en las cunetas de las carreteras y a lo largo de la orilla de los ríos tratando de describir e interpretar mecánicamente las estructuras que se formaron en las rocas cuando dos de los fragmentos continentales que ahora forman Eurasia decidieron unirse,

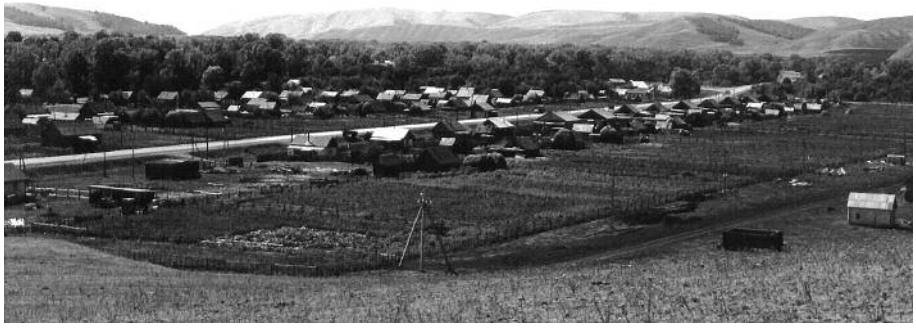
pliegues y fallas que definen la intrincada anatomía de una cordillera. También teníamos tiempo, sin embargo, para disfrutar del paisaje de la zona, un sector de los Urales con colinas suaves cubiertas irregularmente por bosques, principalmente de abedules y pinos. Surcaban las colinas valles en general estrechos, y allí es donde se acumulaban los cultivos, aprovechando la fértil tierra negra. Vimos maizales bastante extensos. Los únicos núcleos poblados eran aldeas con pequeñas casas de madera presididas por un edificio mayor también de madera en el que había que escudriñar el símbolo encaramado en el extremo de la torre para saber si era una iglesia ortodoxa o una mezquita. Algún rótulo marcaba todavía la presencia de un koljós. Una mañana sorprendimos un revuelo de chavales bañándose en el río a cuya orilla teníamos que pasar el día trabajando. Los chiquillos, todos ellos delgados y rubitos, nos asediaron a preguntas, y por su cara de desconcierto ante nuestra imposibilidad de responder, pensamos que debía de ser la primera vez que veían a un extranjero.

Nuestro interés profesional por las entrañas de la cordillera nos proporcionó en aquel viaje una ocasión maravillosa de conocer Bashkiria, una región que fue conquistada por Iván el Terrible en el siglo XVI, y en la que conviven pacíficamente los primitivos pobladores tártaros y bashkirios, de rasgos asiáticos y que hablan lenguas altaicas emparentadas con el turco, con los eslavos

de llegada más reciente. Recuerdo cómo en el cementerio de una pequeña aldea, las tumbas, pequeñas parcelas de tierra apenas protegidas por una verja de madera, mostraban en lajas de piedra erguidas verticalmente, tanto cruces ortodoxas y medias lunas, como estrellas de cinco puntas. —"¿Y estos?" Víctor me lo explicó —"Hay familias que han dejado de ser cristianas o musulmanas. Son comunistas".

De día el calor era insoportable, y la puesta de sol marcaba el comienzo del frío más inhumano. Cenábamos con vodka (el agua estaba prohibida por las normas rusas de cortesía y vino no había) en nuestro pequeño campamento en medio de un bosque de abedules. Allí estaban las dos cocineras: Tatiana y Olga, madre e hija, maravillosas y absolutamente ininteligibles, los dos conductores: el joven Yura y Sascha, un viejo cosaco capaz de arreglar cualquier avería de los coches con sus trucos (algo conveniente cuando el taller más próximo puede estar a quinientos kilómetros), y los cinco geólogos. Después de cenar, un rato de tertulia alrededor de la hoguera, y a la tienda, que mañana hay que madrugar, a combatir el frío absoluto dentro de los sacos de lana de camello.

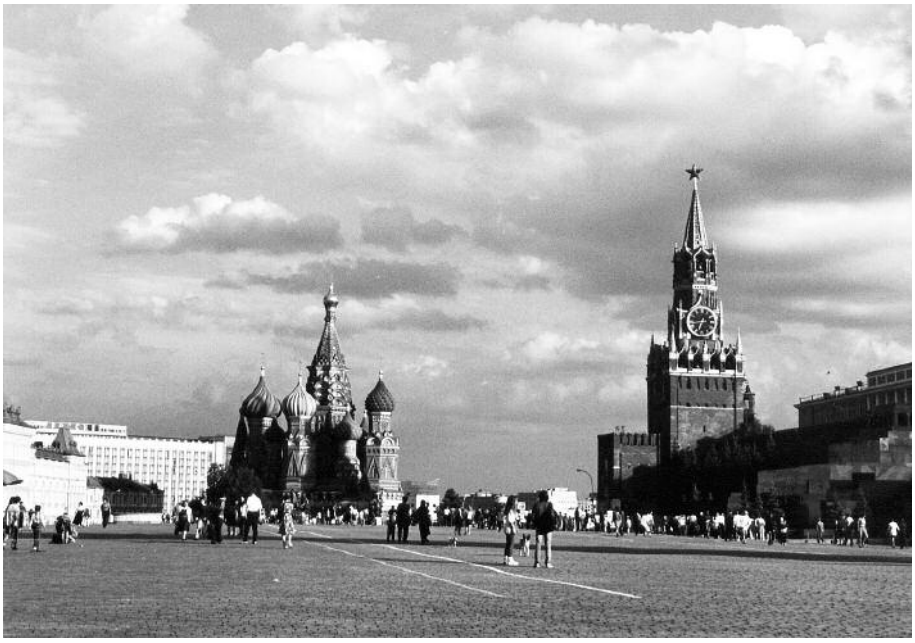
Ufá, la capital de Bashkiria, es una gran ciudad de más de un millón de habitantes, con anchas avenidas ajardinadas, trolebuses gratuitos, y una central térmica en medio de la zona urbana. Había una catedral, pero Stalin mandó derruirla y en el lugar que ocupaba se extiende hoy un amplio centro comercial. El Instituto de Geología de la Academia de Ciencias tiene su sede en un viejo edificio que debió de ser un palacio en el viejo régimen, sin que desde entonces se hayan invertido ni cinco rublos en su conservación. En 1995, en



Kugarchí

Rusia no se tiraba nada. El despacho de los vladimiros almacenaba viejos televisores por las esquinas, "que tienen piezas que pueden aprovecharse". Cuando acabó la jornada de trabajo el primer día en Ufá, salimos a la calle buscando un bar. ¿Un qué? En las calles, las únicas tiendas eran amplios almacenes sin escaparates donde funcionarias uniformadas atendían a los clientes. Los productos de importación destacaban por sus envoltorios estridentes en medio de la sobriedad de la industria local. En los estantes descubrimos algunos productos españoles: chocolate y botellas de vino. Encontrar un restaurante para cenar resultó ser una misión casi imposible hasta que la suerte nos hizo dar con Fahmi, un joven yemení que estudiaba medicina en Ufá. Se ofreció a acompañarnos, hicimos amistad por el camino, y acabamos cenando juntos, apurando una botella de vino moldavo, y hablando de lo humano y lo divino. En 1995 la Rusia profunda se resistía aún a la penetración del capitalismo, y una región rica como Bashkiria tenía posibilidades de hacerse un sitio en la nueva situación y competir con sus propias fuerzas tras el derrumbamiento del régimen soviético. Todos hicimos votos por que fuera así.

Los dos días finales en Moscú fueron maravillosos. Moscú es una de esas ciudades que nos seducen sin remedio. El peso de su historia asoma en las cúpulas doradas que nos sorprenden por todas partes. Hay barrios donde se respira aún un ambiente aristocrático, junto a grandes edificios residenciales y rascacielos de la época de Stalin. Una mañana paseamos al sol por calles ajardinadas orientándonos en el mapa como geólogos expertos en busca de la casa de madera donde vivió Tolstói. En ella nos esperaba la mesa puesta, y parecía que en cualquier momento el viejo barbudo y malencarado aparecería por una puerta con su traje de campesino, húmeda aún la tinta de alguna escena de *Resurrección,* es-



crita en aquella casa. Allí estaba también el piano al que se sentaba Rachmáninov para acompañar a Chaliapin.

En la galería Tretiakov, aparte de admirar la mejor pintura rusa del siglo XIX, coincidimos con algunos personajes ilustres que aparecían sorprendentemente al doblar cualquier esquina y satisficieron nuestro interés por conocer personalmente a los grandes hombres. Allí estaban Mussorgski, Gógol y Dostoievski, dispuestos a que los mirásemos y remirásemos a nuestro gusto. "Oh, Fiódor Mijáilovich, no sabe vd. el placer que siento al conocerle. Yo soy uno de esos que han llorado leyendo *Humillados y Ofendidos*, ¿sabe vd?". Aquel día entendí por fin, contemplando aquellos rostros queridos, hasta dónde puede llegar la genialidad de un retrato.

Situado a la orilla del río que da nombre a la ciudad, el Kremlin es una fortaleza que encierra un conjunto soberbio de palacios y catedrales, y junto con la plaza Roja y la gran catedral de San Basilio forma el cogollo de Moscú. El contraste de la arquitectura esbelta y variada de las catedrales, la mole de los palacios, y la presencia vigilante de las torres de la fortaleza, de ladrillo rojo, es algo realmente único. Son pocos los lugares del planeta que consiguen dar una impresión tan intensa de identidad cultural unida a fuerza y belleza. Los

frecuentes y variados despotismos que han asolado Rusia han sabido siempre sacar provecho de la magia de estas líneas.

Cuando viajamos a Rusia, yo nunca había estado en Asia. En aquel viaje aceché su proximidad mientras estábamos en los Urales, y también presentí su presencia en las cúpulas doradas de Moscú.

En 1995, Moscú era una isla dentro de Rusia, una isla de capitalismo feroz y corrupción. En ella, la marginalidad que nunca habiámos visto en Ufá asomaba su rostro por las calles. A la vuelta escribí un relato muy breve que enlaza algunos recuerdos de nuestra estancia en la capital de Rusia. Lo incluyo a continuación.

Campanario de Iván el Grande (Kremlin)

EN EL METRO DE MOSCÚ

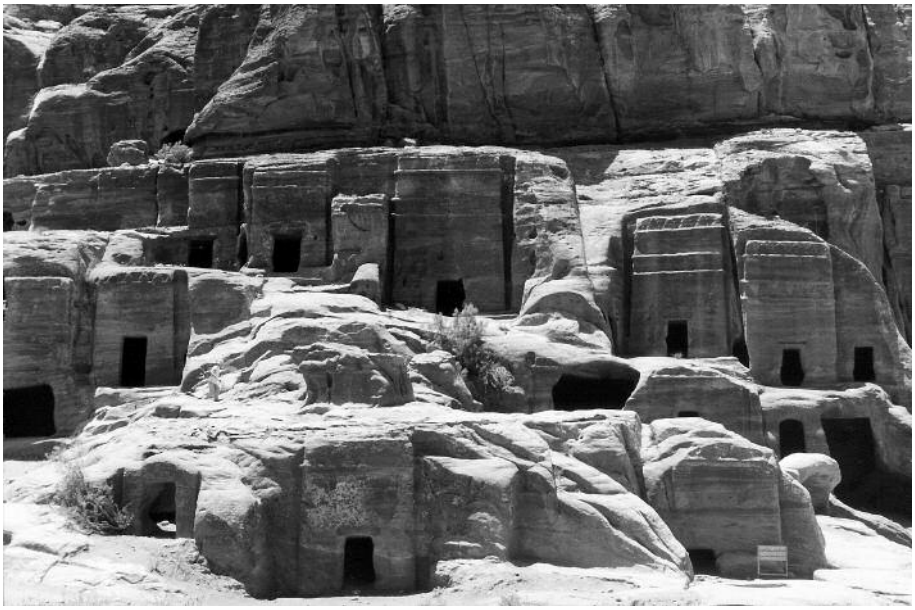
Recuerdo ahora el metro de Moscú. Algunas estaciones eran difíciles de encontrar; un paso subterráneo, un edificio cualquiera, podían ocultar una estación de metro, que sólo se distinguía por la gente que entraba y salía presurosa. Recuerdo las profundas escaleras que bajábamos arrugados, pegados a la derecha porque por la izquierda siempre nos adelantaba alguien que parecía correr a apagar un incendio. Las muchedumbres compactas; a veces todos se quedaban extáticos escuchando alguna ininteligible consigna que sonaba por los altavoces; al principio nos asustábamos, luego lo tomábamos a risa. Recuerdo aquellas correspondencias imposibles, hechas a propósito para que nadie no ortodoxo se aclarase allí; daba vueltas al plano intentando entender algo mientras los hijos de la Santa Rusia se precipitaban a los vagones.

Pasaban soldados siempre risueños, porque acababan de salir del cuartel, supongo (uno también pasó por eso), y oficiales siempre serios con sus gorras enormes. Nunca vi tantas princesas eslavas endiabladamente hermosas, disfrazadas de obreras, de funcionarias, de orgullosas moscovitas. Pero recuerdo sobre todo una tarde en la estación Oktiábrskaia. Una mujer vino hacia nosotros, una mujer joven, menuda, una mendiga; nos extendió la mano mientras su rostro dibujaba un gesto estudiado de dolor; con el otro brazo sostenía a un chiquitín que dormía un sueño tenso. No sé si el niño, de aspecto enfermizo, había sido drogado para que no llorase; así me lo pareció. Sólo sé que me estremecí, y eché mano a la cartera, y le di una limosna a la mujer. No he podido olvidar el gesto de aquel niño.

Aquella misma tarde, una tarde de agosto soleada con nubes menudas en el cielo y una brisa fresca que hacía sonar las hojas de los árboles, visitamos una casa de apartamentos junto a la plaza Dzerjínskovo, la casa donde Vladímir Maiakovski puso fin a sus días.

Recuerdo que aquella noche en el hotel desperté inquieto mucho antes de romper el día. En el sueño me agobiaba una idea absurda: Maiakovski se suicidaba porque no podía soportar el gesto de aquel niño.

Jordania, Siria y Líbano

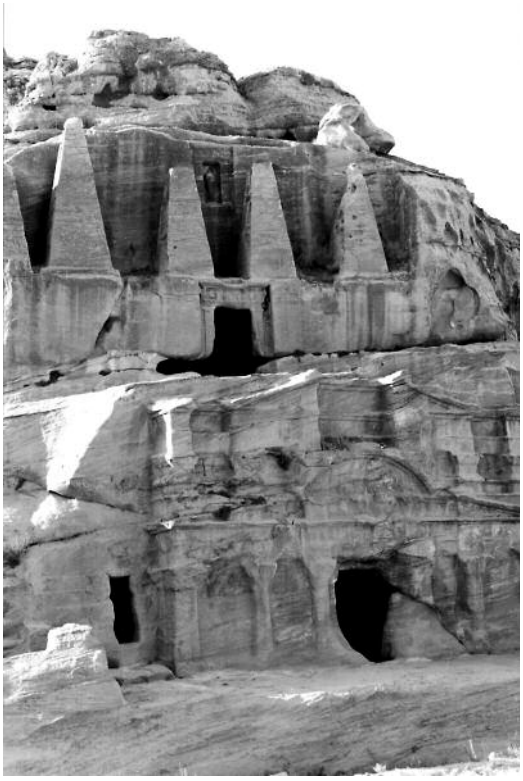


PETRA, LA CIUDAD ROSADA

En los continentes, el rasgo topográfico que caracteriza los sectores donde la corteza terrestre se abre dando acceso a materiales profundos hacia la superficie son zonas deprimidas que se extienden a lo largo de miles de kilómetros y reciben el nombre de valles de *rift*. Si el movimiento prosigue, los fragmentos continentales se separan, y las rocas volcánicas que llegan a la superficie acaban formando el fondo de un estrecho mar y a continuación de un océano. El mejor ejemplo existente en la actualidad de uno de estos mares recién nacidos es el mar Rojo, cuya zona axial activa enlaza hacia el sur con el *rift* de los grandes lagos africanos y se prolonga al norte en una depresión asociada a una falla de movimiento transcurrente* que sigue el golfo de Áqaba, el Wadi Araba, el mar Muerto y el valle del Jordán. Para un área deprimida de estas características se usa también el término *rift* y este, que ha sido llamado *rift* del mar Muerto, forma una larga brecha que aparece en la actualidad como una sucesión de vergeles y desiertos. En el valle del Jordán, por ejemplo, la

* Se dice de una falla que tiene movimiento transcurrente cuando sus dos labios se deslizan uno respecto a otro lateralmente, sin que en el plano de falla exista comprensión ni distensión.

presencia abundante de agua hace que tengamos muchas veces tierras fértiles y pobladas, mientras que hacia el sur, el Wadi Araba, entre el mar Muerto y el golfo de Áqaba, es una fosa calcinada que hace de divisoria entre dos desiertos, el del Neguev en Israel y el del sur de Jordania. En las montañas que bordean el Wadi Araba por el lado oriental hay sin embargo algunas fuentes importantes y, debido a ello, por aquí discurría la vieja ruta que desde Áqaba y Arabia conducía hacia el norte, en dirección a Siria. Entre estos manantiales el más caudaloso es el que da origen al Wadi Musa o río de Moisés, llamado así porque una leyenda atribuye su formación a un milagro del patriarca bíblico para calmar la sed de sus compatriotas que atravesaban el desierto rumbo a las tierras fértiles del norte. Como quiera que este valle es además un paso natural que permitía a las caravanas procedentes del sur de Mesopotamia atravesar las montañas en dirección al Neguev y a Gaza, ya en el Mediterráneo, queda claro que estamos ante un enclave excepcional llamado a jugar un papel importante en la Historia. Los griegos llamaron Petra a la semita Sela, la ciudad que nació en esta encrucijada.



Tumba de los Obeliscos y Triclinium Bab al Siq

Los antiguos habitantes históricos de esta región, los edomitas, citados en la Biblia como eternos rivales de los judíos, no produjeron construcciones que pudieran resistir el paso del tiempo. Para ello, hubo que esperar a que se asentaran en la zona tribus de pastores nómadas procedentes de Arabia y de lengua aramea, conocidos como nabateos. A finales del siglo IV a. de C. ya se tiene constancia de la existencia de una ciudad rudimentaria en Petra, y los siglos posteriores ven el progresivo crecimiento de la que ya es capital de un pequeño reino que desafía los poderes de los reinos helenísticos vecinos y basa su

riqueza fundamentalmente en la actividad comercial. La arquitectura de esta ciudad escondida en medio de las montañas muestra templos y tumbas excavados en las rocas alrededor de un núcleo urbano construido, y los estilos que se desarrollan ven progresivamente la sustitución de los motivos asirios y egipcios originales por modelos grecorromanos que acaban imponiéndose e inspirando las grandes construcciones del periodo nabateo clásico. La anexión por los romanos en tiempos del emperador Trajano (año 106), no afectó en un principio a la prosperidad de la ciudad, que sólo empezó a declinar hacia el siglo III. En la época bizantina, Petra sobrevivió y fue sede de un obispado, pero con un perímetro reducido y los grandes edificios del centro de la ciudad usados como cabañas, dividiendo sus salas en pequeños espacios. El siglo VII y la irrupción del Islam llegaron a una ciudad completamente arruinada, en la que los habitantes de la zona perdieron toda memoria del pasado, y sellaron su ignorancia dando nombres pintorescos a los viejos edificios. Así hasta el descubrimiento de la ciudad por Johann Burckhardt en 1812.

Qasr el Bint

El área urbana construida (no excavada) de Petra concentraba la actividad comercial y religiosa, y era al mismo tiempo la zona residencial de la ciudad. Todo giraba en torno a una calle con columnas que terminaba al norte en un hermoso pórtico, al otro lado del cual se extendía el *témenos** de un gran templo situado a la izquierda, probablemente dedicado a Dusares, el dios principal de los nabateos. Este impresionante edificio (conocido en la actualidad como

* El *témenos* es el espacio sagrado que se extiende en ocasiones alrededor de los templos clásicos.

Qasr el Bint, pues su nombre beduino es *Palacio de la Hija del Faraón)* ha resistido el paso de los siglos y los terremotos, y eleva todavía su mole con un colosal arco de descarga resistiendo en la fachada, pero del resto del centro urbano queda en pie sólo lo suficiente para hacernos soñar un poco con la vida animada y cosmopolita de la vieja capital de los nabateos. Es aquí donde lo que vemos de Petra se asemeja más a unas típicas ruinas grecorromanas, pero sólo tenemos que mirar alrededor, a las zonas donde la arquitectura de la ciudad se excava en las montañas vecinas, para comprender que estamos ante algo muy distinto, ante una conjunción única.

Las áridas montañas del entorno de Petra son ellas mismas ya algo insólito. Para empezar, están talladas en una arenisca cámbrica rosada en la que muchas veces vemos bandeados ocres, blancos, rojos o amarillos, que dibujan formas bellísimas. El relieve se quiebra, además, en cañones y desfiladeros que llegan casi al centro de la ciudad. Excavados en esta naturaleza soberbia encontramos la mayor parte de los restos que el tiempo ha dejado en pie de la vieja metrópoli: un hermoso teatro con capacidad para ocho mil espectadores, y un completo muestrario de templos y tumbas. La acción humana se extiende por una amplia zona y dibuja dominantemente líneas rectas que tratan de decorar, de civilizar el torrente de energía natural. En ocasiones este empeño consigue efectos asombrosos. A la salida de un desfiladero, el viejo Siq que era y sigue siendo el acceso habitual a la ciudad, nos damos de bruces con el Tesoro (Khasneh), una de las joyas de Petra, un probable templo del siglo I a. de C. Contemplar sus armoniosas formas clásicas recortadas por las paredes irregulares del barranco es una experiencia única. En una altura próxima a Petra, otro edificio soberbio, el llamado Monasterio (Deir, una

El Siq

tumba templo del siglo I) está esculpido en una altura con vistas sobre todo el entorno desértico: el foso abrasado del Wadi Araba y el Jebel Haroun, un roquedo rojizo en cuya cima se distingue minúsculo el santuario en el que está enterrado el hermano de Moisés. Aparte de lugares como estos donde arte y naturaleza enfrentan sus argumentos sin que ninguno menoscabe al otro, en una competencia que consigue además crear perspectivas insólitas, la impre-

Tumbas reales

sión general que el visitante de Petra tiene es la de estar en una ciudad que va quedando reintegrada lenta pero inexorablemente en la misma naturaleza cuyas formas y motivos se atrevió a violar y alterar. Aquí la ruina no es aniquilamiento sino restitución. Las Tumbas Reales, por ejemplo, excavadas en un alto farallón de roca que es la principal vista hacia el sur desde el centro de la ciudad, se encuentran muy deterioradas. Existe incluso una tumba, la llamada Tumba Corintia, que tiene una arquitectura similar a la del Tesoro y permite adivinar cuál sería sobre él el efecto del paso del tiempo. Por todas partes, la erosión del viento se impone implacable sobre las fachadas, desdibujando sus contornos. Sin embargo, también en estas zonas en ruinas de la vieja ciudad excavada surgen a veces resultados fascinantes del contraste entre las formas clásicas y las naturales que irremisiblemente las sustituyen, igualmente bellas y de una belleza además incontrolada y salvaje. En monumentos como la tum-

ba de Seda, la Fachada Carmín o la tumba de Sextius Florentinus, esta lucha es espectacular. En la última tumba citada, la jamba de una puerta, carcomida por la erosión, muestra una explosión de bandas atigradas que terminan bruscamente hacia arriba en el dintel de tono austero, perfectamente conservado. En este caso es como si la ruina se recreara en su acción destructiva como algo capaz de descubrir una esencia oculta más rica y más libre. La imagen de esta puerta tal vez esconda también una metáfora budista. El desenmascaramiento del agregado circunstancial que somos, su erosión simbólica, acaso no implique la oscuridad que presentimos tras él. Lo que se esconde tras la renuncia a reivindicarnos no es tal vez la oscuridad de la muerte, sino algo luminoso y bello más allá de cualquier codificación.

En Petra admiramos algo irrepetible. Columnas, fachadas y frontones triangulares que los hombres tallaron trabajosamente en la roca, se resisten a morir en un marco imponente, yermas cumbres que vigilan la larga llanura abrasada del *rift*.

JERASH, LA CIUDAD BLANCA

Desde Petra, partimos hacia el norte rumbo a Jerash, la otra perla de Jordania. Después de atravesar el desierto, paramos a ver la iglesia bizantina de monte Nebo y sus hermosos mosaicos. Allí nos asomamos un momento al valle del Jordán, una enorme llanura cuyos detalles se perdían en la neblina. Al norte de Ammán, la bulliciosa capital del país edificada sobre colinas, el paisaje cambia. Crestas calcáreas dominan el horizonte y la abundancia de vegetación indica que en esta zona hay bastante agua.

Enclavada en el norte de lo que hoy es Jordania, la antigua Jerash comenzó a prosperar en la época helenística con una economía basada en el cultivo de las fértiles tierras que la rodean, regadas por un tributario del Jordán. En esta época, era una de las ciudades que constituían la Decápolis. El año 63 a. de C. fue anexionada a Roma por Pompeyo y pasó a formar parte de la provincia de Siria. Jerash alcanzó su máximo esplendor en la época romana, aunque siguió siendo importante durante el imperio Bizantino para declinar posteriormente hasta desaparecer. La ciudad actual del mismo nombre, que se encuentra al lado de las ruinas separada de ellas por un pequeño río, tuvo su origen en un repoblamiento con circasianos por parte de las autoridades turcas a finales del siglo pasado.

Con los ojos aún llenos de Petra, Jerash supuso para nosotros contemplar

otra vez la antigüedad clásica con su aspecto acostumbrado y esta vez, además, en uno de sus rostros más hermosos, pues esta ciudad casi ignorada no desmerece al lado de Pérgamo o Corinto. Está construida Jerash de calizas blancas, y toda ella tiene algo luminoso. Hay además bastantes construcciones muy bien conservadas. El teatro y el templo de Zeus que hay al lado, el arco triunfal que conmemora la visita del emperador Adriano o el gran templo de Artemisa, patrona de la ciudad, elevan aún gran parte de su fábrica entre el laberinto de columnas y muros medio derruidos. No obstante, la zona más encantadora de la ciudad es sin duda el *cardo maximus*, la elegante calle principal con columnas a ambos lados, que deja ver todavía los surcos que el trajín de los carros marcó en el empedrado. Se conservan en ella además un hermoso *nymphaeum* o fuente monumental y dos tetrápilos en los cruces de las principales calles laterales. Este ambiente urbano selecto y agradable invitaba sin duda, y sigue invitando, a callejear. El *cardo* desemboca hacia el sur en un foro en forma de plaza ovalada que proporciona la imagen más inconfundible de Jerash. En él discurría la mayor parte de la vida comercial. El gran espacio que hoy vemos vacío, rodeado en toda su extensión por un pórtico con hermosas columnas jónicas, parece añorar todavía las tiendas de los mercaderes y todo el bullicio de la urbe.

El *cardo* tiene un sistema de drenaje subterráneo que se limpió en 1980

para que pudiera volver a funcionar. Entre el barro aparecieron todo tipo de cosas de las que se pierden en la calle. Pudimos contemplarlas en una exposición provisional en el museo. Desde la vitrina nos miraban varias monedas, una fíbula de oro, el minúsculo aro de un pendiente de plata cuyo extravío provocó sin duda lágrimas a su pequeña propietaria.

Templo de Zeus (Jerash)

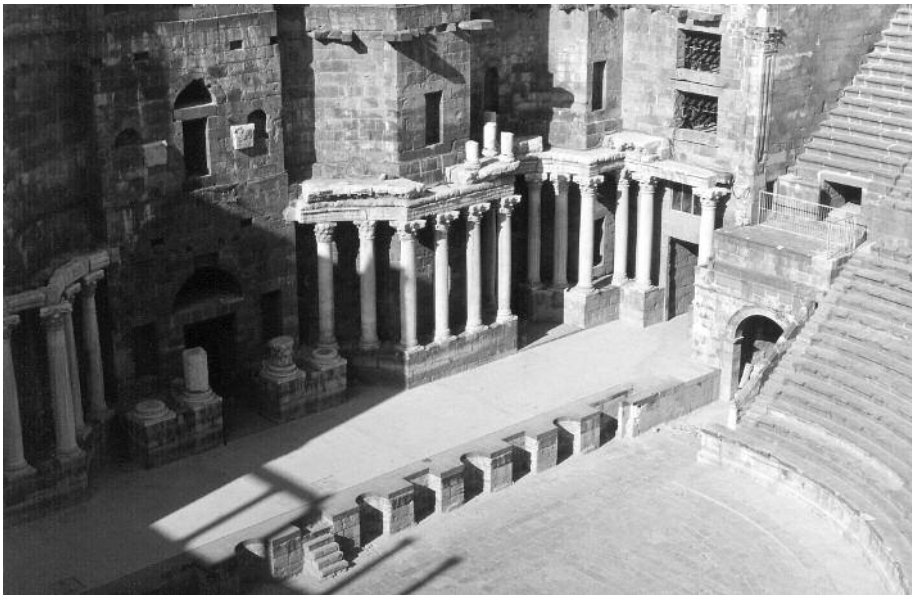
La visita a Jerash nos permitió vislumbrar el vivir cotidiano de una ciudad de provincias romana en los primeros siglos de nuestra era.

LA TIERRA DE NADIE

Llegamos a la frontera. Nos miran los pasaportes, rellenamos papeles y nos dejan salir de Jordania. Atravesamos despacio la tierra de nadie. ¿Y si ahora no nos dejan entrar en Siria…? Llegamos a la frontera siria y seguimos rellenando papeles. Por fin nos dejan pasar. Nuestro nuevo guía, Yasser, habla un español cubano que nos recuerda que Siria y Cuba estuvieron muchos años en la órbita de Moscú. El atardecer nos sorprende atravesando las fértiles llanuras basálticas del sur de Siria.

Bosra es una vieja ciudad que comenzó a florecer cuando los nabateos instalaron en ella su capital en el siglo I a. de C. Un par de siglos después, la anexión del reino nabateo por Trajano (106) no disminuyó su esplendor, pues pasó a convertirse en la capital de la provincia romana de Arabia. Las épocas romana, bizantina, gasánida y de las sucesivas dinastías musulmanas no dañaron el esplendor de Bosra, que sólo empezó a decaer a finales del siglo XVII. Construida de basalto, la vieja Bosra, nabatea, romana y musulmana a la vez, eleva sus inconfundibles sillares negros en medio de una fértil llanura. Paseando por ella, sorprende su amplitud y su magnífico estado de conservación, en el que debe influir no poco la dureza y consistencia del basalto. También resulta chocante encontrar juntos edificios de épocas tan distintas. Hay un arco con capiteles nabateos, y son frecuentes las construcciones típicamente romanas como una basílica del siglo III, que posteriormente fue transformada en iglesia cristiana. Este templo, muy bien conservado con su ábside y los restos de un patio con columnas, se asocia al nombre del sacerdote nestoriano Bahira, que según la tradición instruyó a Mahoma en los principios del cristianismo, y por lo visto, le dio muchas ideas. Un importante vestigio bizantino es la catedral (del siglo VI), que aunque hoy día se encuentra bastante arruinada presume de haber poseído la primera cúpula sobre pechinas del mundo, dando la idea para un edificio tan fundamental en la historia de la arquitectura como Santa Sofía.

Todas las perspectivas de la ciudad están dominadas por una oscura fortaleza. Cuando llegamos junto a ella nos explican que, aunque comenzó a construirse en el siglo XI, su estructura actual es fundamentalmente de la época de Saladino (siglo XII). Se trata de una muestra soberbia de arquitectura militar, dotada de todas las argucias defensivas que se usaban en el medievo, como las puertas en ángulo para evitar los arietes. De hecho los cruzados nunca consiguieron conquistarla. En su interior hay lóbregos pasadizos y estancias, alegrados a veces por la gracia de un arco o el pedazo de azul que se recorta en una ventana. Al fondo de un pasillo, una puerta da vistas a un patio interior y al asomarnos no podemos creer lo que vemos. Nunca se plasmó tan perfectamente en piedra el deslizarse caótico de un sueño. El patio interior de la fortaleza es un enorme y hermoso teatro romano con todas sus gradas impecables, decorado por una columnata que cierra elegantemente su perímetro superior, y con un escenario en perfecto estado en el que contrastan el negro basalto de los sillares y la caliza blanca de las columnas corintias que lo adornan. El teatro romano de Bosra, con capacidad para unos quince mil espectadores, y que fue



levantado en el siglo II sobre una vieja ciudadela nabatea, era en el siglo XI un sólido edificio que los arquitectos musulmanes decidieron utilizar como base para la fortaleza que planeaban construir. Esta creció alrededor del teatro respetando sus rasgos esenciales, y al mismo tiempo reforzó su fábrica, permi-

tiendo que llegara a nuestros días casi intacto. Quedaba así salvado y protegido un hermoso edificio civil que con la ayuda de la *Pax Romana* había roto durante algunos siglos la tradición militar que va de la ciudadela nabatea a la fortaleza ayubita.

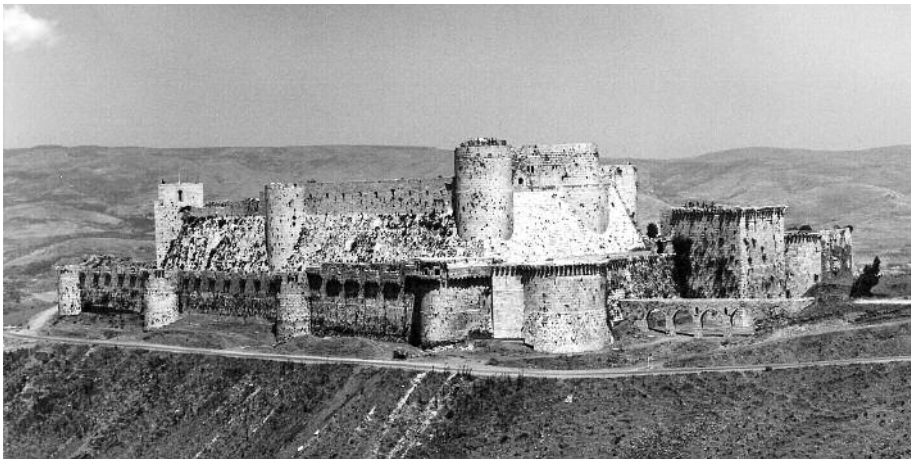
Hay que decir también que la vieja ciudad sigue estando habitada. Paseando por las ruinas sorprendemos escenas de la vida normal de un pueblo. Una señora que tiende la ropa, niños que juegan en la calle y se acercan sonrientes a nosotros. De un soberbio edificio secular se elevaba insolente y anacrónica una antena de televisión.

HACIA EL NORTE, CAMPOS DE BATALLA

Después de visitar Bosra, emprendimos viaje hacia el norte rumbo a Ugarit, que era nuestro próximo objetivo. Atravesamos Damasco donde planeábamos pasar unos días al final, y flanqueados a la izquierda por la mole calcárea del Antilíbano, seguimos hacia el norte acercándonos a Homs. Siria es rica en tierras fértiles donde se desarrolla una intensa agricultura, y tanto es así que forma la parte centro-occidental del famoso *Fertile Crescent* de J. H. Breasted, la franja de tierras cultivables que dibuja una forma de media luna desde Egipto hasta Mesopotamia y engloba algunos de los núcleos más importantes donde se originó la civilización. Si hubiera que definir Siria con una palabra, creo que la más oportuna sería "encrucijada". Encrucijada sin duda, y por ello, campo de batalla también. Cercana a muchos de los poderes que han existido en el mundo, con frecuencia le ha tocado a Siria ser el escenario donde estos dirimieran sus diferencias. Cerca de Homs ya, pasábamos al lado del lugar donde en el año 1275 a. de C. Ramsés II estuvo a punto de caer en una emboscada del ejército hitita de Muwatallish. Aquí fue la batalla de Qadesh, que terminó más bien en tablas y obligó a Ramsés II a renunciar a sus pretensiones de hegemonía sobre Siria. A unos doscientos kilómetros al sur de allí, en los altos del Golán, los bizantinos perdieron definitivamente Siria, que quedó en manos musulmanas después de la batalla de Yarmuk en el año 636. Encrucijada y campo de batalla, esta tierra fértil ha visto el alba y el declinar de muchas civilizaciones.

Al llegar a Homs, nos desviamos al oeste hacia la costa, internándonos en la zona montañosa que prolonga hacia el norte las montañas del Líbano. Aquí nos aguardaba otro recuerdo de la atormentada historia de este país, nada menos que el bastión principal de los cruzados, el Krak de los Caballeros (*krak*

es castillo en kurdo), del que T.E. Lawrence, que estudió en su juventud las fortalezas de Siria, dijo que es "quizás el castillo mejor conservado y más admirable del mundo". Entre los siglos XI y XIII el Krak fue una pieza fundamental de las pretensiones cristianas sobre estas tierras hasta que cayó en manos musulmanas en 1271. No obstante, este cambio de dueño no fue el resultado de un asalto, sino de una capitulación, y esto permitió que se produjera sin demasiado menoscabo ni de su prodigiosa arquitectura ni de la leyenda de su inexpugnabilidad.



El castillo es una de las muestras de arquitectura militar más impresionantes que existen en el mundo. Su exterior impone con su volumen. El infranqueable muro exterior da acceso solamente a un foso inundado y a otro baluarte todavía más alto. Las puertas están diseñadas para resistir los arietes y poner a cualquier atacante a merced de los ocupantes del castillo. El interior permitía a cuatro mil hombres resguardarse cómodamente durante meses. Después de leer la historia de las cruzadas de Amín Maalouf uno entiende bien todo esto. Los cruzados invadieron a sangre y fuego este territorio que siempre les fue hostil, y su única política era el exterminio. Sobrevivir en estas condiciones significaba crear recintos como este desde los cuales poder arrasar y saquear los territorios próximos. En el centro del castillo, un salón cubierto con hermosas bóvedas góticas nos recordó que cualquier barbarie tiene siempre sus galas y refinamientos.

El Mediterráneo nos esperaba al final de la tarde, y nos saludó con su rostro más amable y unas frágiles nubes rosadas en la lejanía. Seguimos hacia el norte para dormir en Latakia, el principal puerto de Siria.

LATAKIA

Latakia es la antigua Laodicea y tiene probablemente el triste récord de ser la ciudad del mundo que ha sufrido más devastaciones y terremotos. Hoy día es una ciudad populosa y dinámica, de aspecto moderno. Después de cenar aún tuvimos humor para dar una vuelta por el paseo marítimo. Mucha gente hacía lo mismo. Había gran cantidad de puestos callejeros que ofrecían casi de todo, y resonaba música autóctona a pleno volumen. Paseamos tranquilos hasta que Concha y Mario, insaciables, decidieron que les era imposible soportar la idea de marchar de Latakia sin ver los restos del templo de Adonis que anunciaban las guías. Emprendimos el camino a pie y acabamos cogiendo un taxi. El taxista no hablaba una palabra de inglés pero en seguida comprendió cual era nuestra debilidad y nos llevó sonriente no sólo a las pocas columnas que quedan en pie del susodicho templo, sino también a ver un hermoso tetrápilo. Nosotros intentábamos sacarlo todo en vídeo y el hombre no se cansaba de sonreír.

UGARIT

En Ras Shamra, un paraje próximo a la costa a diez kilómetros de Latakia, un hallazgo fortuito realizado por un campesino dio lugar a excavaciones sistemáticas a partir de 1929 que pusieron de manifiesto que este era el emplazamiento de Ugarit, la antigua ciudad cananea que en su momento fue uno de los principales emporios del Mediterráneo. Existe constancia de pobladores en este lugar desde fechas tan remotas como el neolítico, pero el máximo esplendor de Ugarit se produjo entre 1450 y 1200 a. de C., momento en que la floreciente cultura de la urbe tuvo un brusco final por las invasiones de los pueblos del mar. El mayor legado de estas excavaciones son sin duda los miles de textos de todo tipo que aquí se han encontrado, escritos en cuatro lenguas (ugarítico, acadio, sumerio y hurrita) y con siete escrituras diferentes (desde jeroglíficas hasta cuneiformes). Algunos de estos textos, así como el primer sello que muestra un alfabeto completo, también hallado aquí, pueden verse en el museo de Damasco.

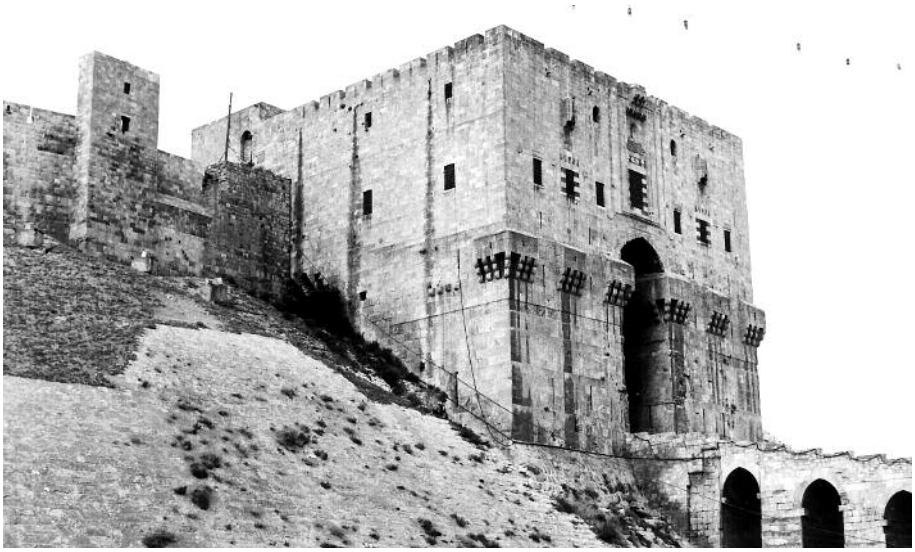
El aspecto general de las ruinas es el de un laberinto de paredes medio derruidas. En detalle, se distinguen calles y edificios bastante diversos. Son frecuentes tumbas abovedadas, muchas veces debajo de las propias casas. Las guías ensalzan las virtudes del palacio real con su dédalo de archivos y depen-

dencias, y de la acrópolis que domina el conjunto, donde algo se conserva de los templos de Baal y Dagón. De todas formas, una vez admirados estos edificios nobles, lo que a mí me apeteció, como suele ocurrir en estos casos, fue tratar de perderme en la ciudad; buscar un rincón donde entornando un poco los ojos pudiera ver lo mismo que ellos vieron, y pudiera así esperar también ese barco que no acaba de llegar, o temer las intenciones de los egipcios o los hititas, poderes amenazantes siempre. En estos despojos de Ugarit, las calles (¿por qué esta obsesión por las calles?) muchas veces conservan un trazado perfectamente reconocible; una de ellas hacía una curva con una pequeña cuesta y me quedé absorto pensando en todas las vidas para las que esa cuesta fue una parte importante. Si somos un conjunto de agregados, compartir uno de esos agregados nos lleva directamente a compartir algo de la misma vida, del destino indescifrable que nos mueve. ¿Cómo no estremecerse siendo un poco aquellos hombres lejanos? Los archivos del palacio fueron cantera inagotable de textos mitológicos, religiosos, legislativos... ¿Qué oculto y poderoso milagro se manifiesta en nosotros cuando somos capaces de transcribir esos textos, de pronunciarlos, de comprenderlos? Miraba las paredes derruidas de la ciudad derruida, y sus hombres muertos me seguían hablando al oído, me seguían contando sus esperanzas, sus angustias, sus sueños más oscuros.

Partimos hacia el noroeste en dirección a Alepo, y tras atravesar la franja montañosa de la costa, descendimos al valle del Ghab, inmensa planicie con regadío intensivo y una agricultura riquísima. Vimos frutales de todos los tipos, tabaco, remolacha... Visitamos Apamea, ciudad helenística y romana con un larguísimo *cardo maximus,* y a media tarde llegamos a Alepo, segunda ciudad de Siria y capital del norte del país. Desde lejos divisamos la ciudadela que reflejaba la luz dorada del atardecer.

La gran mezquita de Alepo repite a menor escala la estructura de la gran mezquita de Damasco y tiene un hermoso minarete del siglo XI, aunque cuando nosotros la visitamos estaba en obras con escombros amontonados por todas partes. En el patio vimos a una hermosa mujer vestida de negro al lado de un santón ciego que salmodiaba una oración. La mujer permanecía de pie en actitud respetuosa con las manos en esa postura que adoptan los musulmanes para rezar, como si sujetaran y leyeran un libro.

La fortaleza de Alepo se eleva sobre una amplia colina y ofrece otro buen ejemplo de reducto con pretensiones de inexpugnable que pudimos añadir a los que ya llevábamos vistos en esta tierra tan disputada siempre. La muralla que protege todo el recinto, junto con los terraplenes que caen a sus pies y la fortificada puerta sur, definen un conjunto imponente. Imaginamos las pesadillas de los muchos a los que tocó ver la guerra desde la base de estos terraplenes.

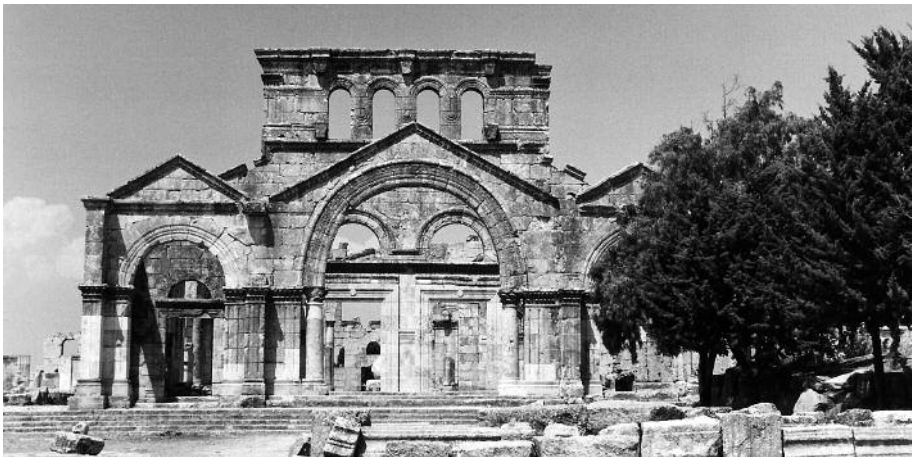


Terminamos la tarde dando vueltas por el zoco, embriagándonos con los colores y los sonidos de una vida que no era nuestra pero que nos dejaban generosamente contemplar. Pasaban mujeres con velo, mozalbetes cogidos de la mano, hombres con bigote. Nos fijamos un buen rato en todos ellos y llegamos a la conclusión de que sus rasgos eran, salvo contadas excepciones, prácticamente los mismos que se pueden encontrar en cualquier calle de cualquier ciudad de España.

Después de cenar nos pegamos una escapada al hotel Barón, que mantiene el mismo aspecto que tenía a principios de siglo cuando T. E. Lawrence, más conocido después como Lawrence de Arabia, se hospedó en él. En una vieja vitrina de madera conservan una factura con su firma. El pequeño comedor del hotel nos permitió asomarnos un poco a aquella ciudad de provincias del imperio turco que también fue Alepo.

SAN SIMEÓN Y LAS CIUDADES MUERTAS

El pequeño Simeón no era un niño normal. Mientras sus amiguillos corrían por los campos como bestezuelas felices, su juego favorito consistía en imaginar que era un mártir, y diseñar y practicar sobre sí mismo un amplio catálogo de torturas. Cuando ingresó en un monasterio a los dieciséis años no era feliz, aunque le dejaban llevar un buen cilicio y enterrarse hasta la barbilla para mortificarse. Las relaciones en el monasterio no eran buenas, y acabó marchando y retirándose a las montañas. Finalmente, como esto no fuera suficiente aún, se instaló en la parte superior de una columna que progresivamente



Qala'at Samaan

fue haciendo más alta. En ella vivió treinta y seis años, los últimos treinta a quince metros de altura. Una barandilla evitaba que se cayera durante la noche, y para aumentar su mortificación, llevaba una argolla al cuello atada con una cadena. Allí arriba, sin ninguna protección, resistía todas las inclemencias del tiempo, del verano y el invierno. No dejaba por esto Simeón de tener una intensa vida social. Dos veces a la semana celebraba misa desde lo alto, y como quiera que la gente se agolpaba alrededor de la columna, que llegó a convertirse en la principal atracción turística de Siria, todos los días Simeón arengaba a las multitudes. Por lo que se sabe, sus discursos eran un modelo de intolerancia. Este era el hombre.

A la muerte de Simeón, que ocurrió el año 459, toda la región se vio inundada de ascetas sobre su correspondiente columna, los famosos "estilitas", y se decidió edificar una iglesia alrededor de la columna ya vacía del padre de la idea. Se construyó de esta forma un templo de gran tamaño y diseño original, que pasó a convertirse en uno de los monumentos más venerados del mundo cristiano. Los restos de este edificio se conocen hoy día como Qala'at Samaan, y se encuentran unos cuarenta kilómetros al noroeste de Alepo.

En detalle, la iglesia de S. Simeón es un edificio complejo con cuatro basílicas que confluyen en un octógono central. De ellas, la basílica occidental tiene tres hermosos ábsides y funcionaba como una iglesia, mientras que las otras tres eran más bien lugares de reunión para los peregrinos. En el centro del octógono a nadie se le escapa que está la columna de Simeón, o más bien lo que queda de ella, ya que sus fragmentos eran reliquias muy cotizadas y se encuentra reducida a un gran pedrusco informe. Aparte de la desaparición de toda la cubierta, la iglesia no ha sufrido grandes daños, y resulta muy atractiva porque la combinación de las distintas formas usadas se resolvió bien y el conjunto resulta armonioso. De todas formas, a pesar de estos primores arquitectónicos, durante nuestra visita yo no podía dejar de pensar en el pedrusco en que toda la geometría del edificio confluye, y en el personaje que sobre él pasó tantos años de su vida. El alma humana es insondable. La insensibilidad al dolor es frecuente entre los yoguis, pero no perseguir la propia mortificación (al menos entre los yoguis serios). Alejarse de la gente es aconsejable en muchos casos, pero hasta Ramana Maharishi acabó accediendo a los deseos de sus amigos y habitando en un pequeño *ashram* donde recibía visitas. ¿Cómo era en realidad Simeón? Oliver Sacks hubiera hecho sin duda un interesante trabajo sobre él. El Buda, después de probarlo todo, aconsejó el camino medio: "ni exceso de rigor ni exceso de complacencia". Alguien que ama tanto el sufrimiento difícilmente se resistirá a hacérselo probar a los demás.

Qala'at Samaan

Desde la iglesia de S. Simeón hay una buena vista sobre el abrasado paisaje calcáreo de la región, y a lo lejos se distinguen los restos de una ciudad abandonada, la vieja Telanissos, que fue centro de peregrinación. Yasser nos explicó que esta es sólo una de las en torno a setecientas ciudades bizantinas deshabitadas que se encuentran por todo el norte de Siria. Con el triunfo del Islam, el centro político y económico de la región pasó de Antioquía a Damasco, y en la zona que visitábamos muchas villas y pequeñas ciudades no consiguieron sobrevivir al cambio. No fueron destruidas ni arrasadas, sino sencillamente abandonadas. Hay iglesias soberbias, como la gran basílica de Qalb Lozeh o la de Resafeh, con deliciosos ábsides y una hábil manera de combinar arcos y dinteles; hay tumbas de formas diversas, monasterios… Muchas veces a todas estas construcciones sólo les falta la techumbre. En esta región es posible pasear por pequeñas ciudades y aldeas que conservan sin cambios la arquitectura rural del imperio bizantino en Siria.

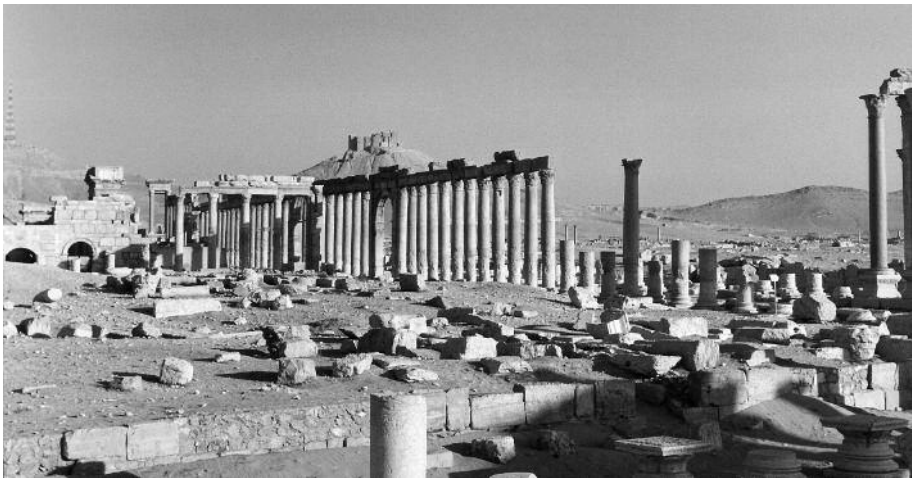
En el camino de regreso nos detenemos en Serjilla, unos ochenta kilómetros al sudoeste de Alepo. Por la meseta calcárea se extienden las villas de la pequeña ciudad, cuyo quehacer cotidiano se respira intacto. Las casas y sus graneros, las calles y la iglesia permanecen tal como sus habitantes las dejaron al partir hace mil cuatrocientos años. La vieja taberna es un pequeño edificio en cuyo pórtico, elegante y acogedor a la vez, se escuchan todavía las risas y las voces de otro tiempo.

PALMIRA

El regreso a Damasco lo hicimos dando un rodeo para internarnos en el desierto y visitar Palmira. Nosotros, como todos los neófitos en estos temas, echábamos de menos todos esos rasgos que estamos acostumbrados a asociar con el término desierto: abundancia de arena, dunas… Ya nos había ocurrido en el desierto de Jordania y aquí era lo mismo. Transitábamos por una zona bastante plana con algunas colinas suaves en el horizonte. De vez en cuando nos sorprendía ver tiendas de beduinos. El territorio es básicamente un desierto, pero los rebaños aprovechan áreas con algo de vegetación en el fondo de los *wadis*. Llegamos a Palmira con el tiempo justo para observar la puesta de sol desde el castillo de Fakhr ud-Din, fortaleza árabe que domina la zona.

Un frío viento nos asalta mientras caminamos apresurados para contemplar la maravilla. Hoy somos nosotros los afortunados, y compartiremos el privilegio con dos ingleses que preparan cuidadosamente el trípode y la cámara para captarlo todo. Mirando hacia el sur, lo que vemos a nuestros pies es un desierto, un inmenso desierto que circunda dos recintos diversos y hermanados: un oasis y las ruinas de una gran ciudad. Más distante de nosotros, el lago verde, un palmeral formidable con contornos irregulares, pero netamente marcados. Más cerca, hileras de columnas que dibujan todavía las calles de la vieja Palmira. Esto es lo que queda de la gran ciudad, la Tadmor de los semitas, que creció a la orilla del oasis como parada y refugio de las caravanas, la reina del desierto que disputó con Roma y llegó a imponer su voz sobre ella.

Ahora se repite ante nosotros el milagro cotidiano. El sol arranca a la ciu-



dad muerta tonos rosados de carne y de vida, como si algo en ella quisiera despertar de nuevo. El templo de Bel a lo lejos, en el límite del palmeral, semeja una imponente fortaleza, y tiene un brillo cálido y sedoso, como si el viejo dios se asomara también de su tumba a contemplar una vez más el ritual del ocaso, el ciclo de los días, de la vida y la muerte.

El desierto se prolonga en montañas hacia poniente, donde el sol hunde ya su quilla rojiza en la línea de las cumbres. A sus pies, en un anfiteatro desolado, el valle de las tumbas se sumerge en la noche. Los monumentos funerarios se distinguen como mojones negros diseminados por el valle. Cuando la ciudad vivía, cuando Palmira era un asombro de lujo y de luz, los vivos guardaban los cuerpos de sus muertos en esas torres. Hoy que de la ciudad no quedan más que piedras que ya muerde el viento de la noche, el valle de las tumbas es

Valle de las Tumbas

sólo un barrio más de la ciudad. Nuestros ojos no ven la diferencia entre los muros que albergaron la vida y los que siempre han protegido el sueño de los muertos.

El sol se ha puesto ya, y la ciudad se precipita en la noche. Contemplando las ruinas, la desolada geometría de hileras de columnas y paredes escuálidas y torres funerarias, tengo la firme convicción de que veo sólo un espejo que devuelve los rasgos indecisos de mi rostro.

DAMASCO

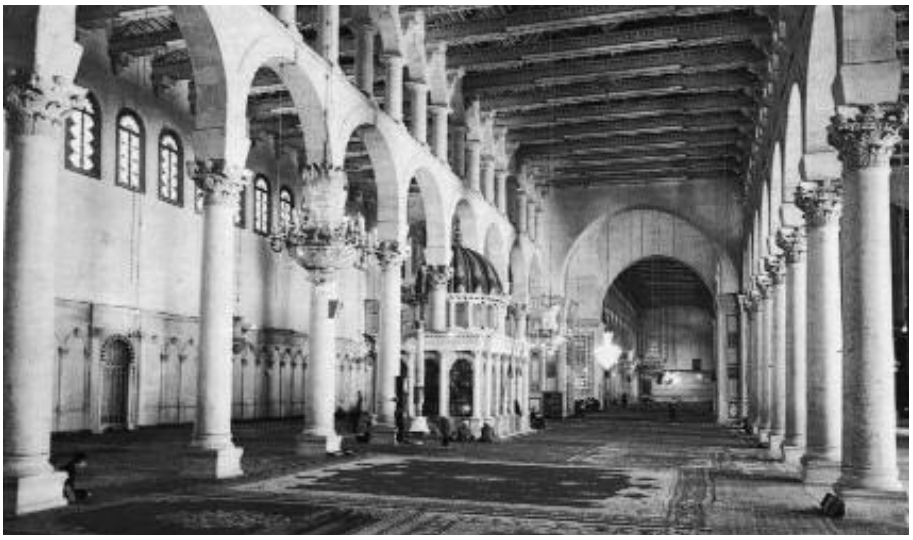
Habíamos organizado el viaje con cuatro días al final en Damasco, que nos debían permitir conocer la capital sin demasiada estrechez de tiempo. Además Nasser, el amigo sirio de Mario en París, que es profesor de francés en la universidad y cristiano ortodoxo, nos esperaba un día a comer en su casa.

El primer día lo dedicamos a entrar en contacto con la ciudad, una gran capital situada al pie de una montaña calcárea que las casas se empeñan en escalar. En las calles, sorprende la barahúnda del tráfico y la variedad de atuendos de las mujeres. Aunque el velo es lo más normal, no faltan cristianas con la cabeza descubierta o musulmanas más radicales con el rostro tapado y la clásica vestimenta que "no enseña las curvas del cuerpo". Al igual que ocurría en Alepo, también aquí había por todas partes retratos de Hafez al-Assad, muchas veces acompañado de sus hijos. Nuestro hotel estaba próximo al centro histórico de la ciudad y allí nos encaminamos a pie. Las tiendas de discos tienen asignada la obligación de llenar de ruido la ciudad, y la cumplen a rajatabla, con la desinteresada colaboración de los automovilistas, que usan generosamente sus cláxones. Pasamos al lado del callejón donde se sitúan los que escriben cartas para la gente que no sabe hacerlo. Y de repente nos dimos cuenta de que partiendo de nuestro mundo convencional y sabido, habíamos sido transportados, sin saber muy bien cómo, a algo prodigiosamente distinto, a algo así como el corazón mismo de una gran ciudad musulmana. Nos rodeaban gentes que rezan cinco veces al día, que esconden a sus mujeres, que abominan del jamón serrano, que ahorran para hacer un viaje a La Meca, y que están firmemente convencidos de que un tal Mahoma viajó desde Jerusalén al cielo montado en un caballo con alas. Habíamos sido absorbidos al interior de cien mil prodigiosas novelas de Naguib Mahfuz que transcurrían simultáneamente a nuestro alrededor en tiempo real. Alá es grande.

Entramos en la ciudadela, en cuya puerta occidental comienza el zoco Al-

Hamadiyya, y seguimos su calle principal, cubierta por una bóveda metálica con numerosos agujeros de ¿disparos? Al fin de esta calle, el plano nos prometía que encontraríamos la gran mezquita y esta nos atraía como un imán, de forma que ni mirábamos para las tiendas que a ambos lados nos ofrecían todo tipo de objetos. Sí, al fondo se adivinaba la mezquita, pero antes nos aguardaba una sorpresa. El tramo final de la calle que estábamos siguiendo es la entrada de un templo de Júpiter del siglo III, de forma que el zoco discurre allí entre dos arcadas que se elevan orgullosas sobre los puestos callejeros, entre cables, bombillas y toldos. Antes de entrar en la mezquita hicimos una visita al mausoleo de Saladino, un sobrio edificio restaurado con la ayuda del káiser Guillermo II, que cuando lo visitó en 1898 quedó sorprendido del abandono en que se encontraba. En una tumba orientada hacia la Meca como ordena la tradición, duerme su último sueño el príncipe kurdo que arrebató Jerusalén a los cruzados, el gran Salah ad-Din, cuyo nombre quedó como un destello de humanidad y grandeza en una época demasiado difícil.

La gran mezquita de los Omeyas de Damasco es uno de los grandes edificios de la historia de la arquitectura. Sigue modelos y reutiliza materiales romanos y bizantinos, pero la ambición de su diseño y la prodigiosa estética que consiguió poner en pie, perfectamente adaptada a las necesidades del culto islámico, hicieron que se convirtiera en un modelo de lo que habría de ser el lugar de oración de los musulmanes a partir de entonces. El edificio es un gran rectángulo orientado en dirección este-oeste, que levanta al cielo tres minaretes, dos en los vértices del sur y el otro en el lado norte. Tres puertas en los lados este, oeste y norte dan acceso a un patio bordeado de pórticos, y desde este se accede a la sala de oración, que ocupa el lado sur del rectángulo, y es una basílica con tres naves sustentada por grandes arcadas. En las paredes que dan al patio hay deliciosos mosaicos que representan follajes y moradas paradisíacas. El interior de la sala de oración seduce por su espaciosidad y elegancia. Allí la gente deja pasar tranquilamente las horas sentada o echada sobre



las alfombras. Una jovencita con velo se nos acercó. Nos había oído hablar español y nos preguntó de dónde éramos. Le hablamos un poco de nuestra vida y nuestro viaje por Siria, y ella nos contó que vivía y estudiaba en Barcelona y que sus padres tenían una tienda en Sants. Hablaba con un encantador acento catalán.

Fuimos al barrio cristiano, y vimos la ventana desde la que supuestamente descolgaron a San Pablo. Después visitamos el palacio Azem y el Bemaristán de Nur ed-Din, un hospital del siglo XII que ahora alberga un museo de medicina. Damasco es una ciudad tan vieja que asusta, y al mismo tiempo es encantadora y entrañable. Al final de la tarde conseguimos localizar el largo *decumanus* de la antigua ciudad, la "calle llamada recta" que es citada en la Biblia porque en ella vivió San Pablo mientras estuvo ciego (*Hechos*, 9, 11). Se llamaba entonces todavía Saúl, y estaba a punto no sabemos bien si de hacerse cristiano o de hacer el cristianismo. Esta calle sigue siendo hoy una arteria principal en el corazón de la capital y su nombre es Alí Al-Jammal en un tramo y Midhat Bashá en otro. Resulta curioso observar un ajetreo que se ha sucedido sin interrupción, día tras día, durante miles de

años. El tiempo y las guerras fueron arruinando los edificios, pero siempre fueron reconstruidos. Hubo hambrunas, pestes, invasiones, revoluciones, pero Damasco era el centro del mundo, y la "calle llamada recta" era el corazón de Damasco, y cuando llegaba el nuevo día amanecía dispuesta a alimentar a los hombres como una buena madre. Miro a los hombres que se afanan en la vieja calle: el tendero que acude solícito a abrir la puerta a una mujer de buena posición, aquellos niños que cantan una alegría cuyas palabras no entiendo, esa muchacha que teme su feminidad recién estrenada y no sabe que es sólo un vestido nuevo. Todos ellos llevan aquí miles de años. Y yo también mirándolos.

SEIDNAYA

Quedamos en que Nasser pasaría a recogernos por el hotel, y allí estamos nosotros esperando con los juguetes que hemos comprado a primera hora para sus hijos. Mario nos comenta que en su época de París, Nasser era un jovencito delgado y moreno, serio y muy estudioso. Pero de eso hace ya más de veinte años. ¿Qué habrá hecho la vida de él? Nuestro amigo aparece puntual. Sigue siendo moreno, aunque tiene la tez muy clara. Sonriente y obsequioso, sin duda desde los viejos tiempos ha engordado notablemente. Se enfada al ver los paquetes de los regalos. Hay una cierta tensión siempre en estos encuentros después de tanto tiempo, pero aquí la idiosincrasia de los personajes hace que al poco rato todo sean bromas. Salimos del hotel, tiene el coche aparcado cerca y ahora nos toca a nosotros circular ufanos por la calzada tocando el claxon a los peatones que se obstinan en cruzar la calle con la disculpa de que tienen el semáforo verde. Mario va en el asiento del copiloto, y Concha y yo detrás. Salimos de Damasco hacia el norte, cruzando barrios populares. En seguida las crestas calcáreas del Antilíbano se perfilan orgullosas a la izquierda. El sol luce radiante. Nasser nos explica el programa del día. Vamos hacia Seidnaya, un pueblo en las montañas donde pasa el verano con su familia. Comeremos en su casa, y por la tarde da la casualidad de que bautizan a su sobrino, así que podremos asistir a la ceremonia y a la pequeña fiesta que la seguirá. Después visitaremos el monasterio, y a última hora de la tarde, si todo sale bien, nos devolverá sanos y salvos a Damasco. Nos parece perfecto y el resto del viaje transcurre con Nasser y Mario hablando largamente en francés de sus recuerdos parisinos.

Seidnaya *(nuestra señora)* es una pequeña ciudad muy agradable, domina-

da por un gran monasterio elevado sobre una roca, que parece ser que conserva algunos restos de su origen bizantino. Layla nos esperaba en casa con los tres niños, dos mozalbetes que se dirigieron a nosotros en un inglés bastante juicioso, y un chiquitín algo mustio. Layla no hablaba una palabra de francés, así que acabamos todos entendiéndonos en inglés. Los niños desenvolvieron sus regalos, y mientras unos nos dedicábamos a montar el *Scalextric*, otras se fueron a la cocina a jugar a las comiditas. Después del almuerzo, que resultó delicioso, la larga sobremesa la pasamos hablando de nuestro viaje por Siria y lo mucho que nos había gustado todo. Comentamos a Layla y Nasser lo fácil que sería que vinieran a España, y en un momento les organizamos el viaje. Así se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta.

Llegó la hora del bautizo. Toda la familia lucía sus mejores galas en torno al pequeño Hamad de siete años, que iba a recibir el bautismo en una ermita dedicada al profeta Elías, y situada en lo alto de un farallón rocoso sobre la llanura de Damasco. La vieja ciudad se distinguía a lo lejos entre la neblina. La ceremonia se celebró frente a un icono que representaba el bautismo de Jesús en el Jordán, y fue larga y complicada, incluyendo chapuzones diversos de cintura para arriba que el joven sobrellevó risueño. Al final Hamad se puso ropa nueva que simbolizaba su estado recién estrenado, y todos acabamos con una vela en la mano marchando en procesión por una zona interior de la ermita entre viejos iconos. El final de la ceremonia fue celebrado por la abuela, una anciana venerable, con gritos rituales de satisfacción.

La pequeña fiesta tuvo lugar en casa del hermano de Nasser y consistió básicamente en un ligero condumio con picoteo y refrescos en el que fuimos agasajados como invitados de honor. Layla y Concha conversaban por un lado, y Nasser, Mario y yo por otro. Cuando nuestra conversación recayó sobre el hecho de que yo estoy soltero, Nasser cambió unas rápidas palabras en árabe con Layla.

A la salida de la fiesta, Nasser y Layla me comentaron que tenían que pasar un momento por la farmacia del pueblo. Como quien no quiere la cosa, agregaron que la farmacéutica, amiga suya, era una chica muy guapa y soltera, y todo se convirtió en una serie de bromas que me tocó aguantar estoicamente. Caminando hacia la farmacia comenzó a sonar la llamada a la oración del atardecer desde el minarete de una mezquita próxima, y estos sonidos fueron respondidos por un repicar de campanas desde el monasterio que casi nos dejó sordos. En el camino hacia la farmacia, Concha me dijo en un aparte que tal vez nuestra visita se había producido en un mal momento. Layla le había comentado que su hijo pequeño, Kamal, estaba enfermo, y todavía no sabían

muy bien qué tenía. Aquella semana habían recibido resultados un poco esperanzadores de los primeros análisis, pero todavía no se habían quitado el susto del cuerpo. La noticia me deprimió.

La farmacéutica resultó ser una morenaza en la treintena, y como no sospechaba lo que se le venía encima, se deshizo en amabilidades inocentes con los amigos de Layla. La cosa no pasó de ahí, y casi de noche llegó la hora de visitar el gran monasterio que había presidido toda nuestra jornada, y que ya aparecía adornado en el exterior con luces que perfilaban la silueta de los muros. En el interior, todo brillaba impoluto y cuidado, como suele ocurrir siempre que hay monjas de por medio.

Tuvimos que descalzarnos para penetrar en el *sancta sanctorum*, la capilla donde se custodia la joya de Seidnaya, un icono de la Virgen cuya autoría se atribuye a San Lucas. Bastante gente se disponía también a venerar la imagen, y nos pusimos a la cola. Al cabo de un rato nos llegó el turno. La capilla era un recinto estrecho y oscuro, iluminado sólo por unas pocas velas dispuestas sobre una mesa, y con una atmósfera densa de incienso. Las paredes estaban abigarradamente cubiertas de iconos en la parte superior, mientras que debajo cientos de figuras de plata conmemoraban las actuaciones milagrosas de nuestra señora de Seidnaya. Había manos, cabezas, pequeños cuerpos, ojos, todo un muestrario de dolores aliviados, de angustias aplacadas. Las monjas entraban y salían cada poco vigilando que todo estuviera perfecto. En medio de una de las paredes, una pequeña oquedad mostraba en su fondo el icono milagroso, la imagen del rostro de Nuestra Señora que trazó el pincel del mismísimo San Lucas. Enfrente de la imagen, un reclinatorio era ocupado sucesivamente por los fieles. Se oía sólo un sordo murmullo de rezos.

Ideas contradictorias me asaltaban. La fascinación de la presencia de lo sagrado, tan hábilmente creada; la ironía ante lo que no dejaba de ser una puesta en escena; la crítica a una religión tan utilitaria. Sin embargo… Uno ha dado muchas vueltas a estas cosas. Todas las preguntas se reducen a una. La evolución, la prodigiosa actividad que se despliega en la naturaleza y de la que somos herederos en este aquí siempre lacerante; toda esa historia que vemos con los ojos de la razón, y que sabemos existente; el cosmos… ¿Tienen sentido? ¿Manifiestan una finalidad? ¿Esconden una fuerza prodigiosa que busca contemplarse a sí misma en el gozo del ser? ¿O son sólo un despeñarse ciego de leyes físicas aleatorias y sin alma, de las que la conciencia es sólo un subproducto innecesario, aunque terco y tenaz? Yo creo en la primera opción simplemente porque me parece más racional, aunque su racionalidad a veces sea

paradójica o difícil de expresar. Sin embargo, esa misma racionalidad niega las bases mismas de las religiones tradicionales, lo que nos lleva a un callejón sin salida. La tentación de expresar un ruego por la salud del pequeño Kemal era invencible. Pero, ¿a quién dirigir ese ruego? No a un cartón pintado, sin duda, ni a una hornacina orientada a La Meca, ni a una estatua dorada del Buda. ¿A quién entonces? A otro médico que sepa más, la cosa es clara. De todas formas, si los primeros análisis eran esperanzadores, todavía había razones para mantener la confianza. Paciencia y esperar.

Mientras tanto Mario, disimuladamente, tomaba toda la escena en vídeo aprovechando que no había ninguna monja al acecho.

Seguimos con la visita al monasterio y nos invitaron a tomar café en una habitación muy bien dispuesta donde parece ser que las hermanas reúnen y agasajan a algunos visitantes. Aquí empezó la despedida, porque Layla quería regresar a casa con los chicos. Nasser se dispuso a devolvernos a Damasco.

Al final la vuelta se complicó un poco. El coche de Nasser se averió, y entre los intentos infructuosos de arreglarlo y la búsqueda de otra forma de regresar, se nos fueron las horas. Llegamos a Damasco de madrugada en una especie de furgoneta taxi que iba haciendo paradas por toda la ciudad. Recorrimos calles mal iluminadas de los arrabales más apartados de Damasco, barrios marginales con callejones oscuros y edificios descuidados en los que sólo estaban abiertas unas pequeñas tiendas muy iluminadas que vendían todo tipo de bebidas alcohólicas. Había muchas de ellas, luminosas expendedoras de sueños en la noche profunda y silenciosa de la gran ciudad.

El día siguiente transcurrió tranquilo. Visitamos el Museo Nacional, maravillándonos con los frescos del siglo III de la sinagoga de Dura Europos, en el Éufrates, las representaciones pictóricas de imágenes del antiguo testamento más viejas que se conocen. También nos impresionó una gran tumba hipogea traída de Palmira. Nos cansamos de ver tablillas con escritura cuneiforme, cotas de mallas medievales y todo tipo de objetos extraños y evocadores. A la salida, como siempre, fuimos a tomar algo a la vieja heladería Bagdad, en el centro del zoco Al-Hamadiyya. Echando un vistazo al mapa, nos dimos cuenta entonces de que el Líbano está a tiro de piedra de Damasco, así que consultamos en una agencia la posibilidad de ir allí en una excursión de un día. No hubo problema. Los visados podían arreglarse en la misma frontera y un taxista pasaría a recogernos al hotel a primera hora de la mañana.

Nuestra jornada libanesa fue un éxito. Salimos muy temprano y en poco tiempo ascendimos las pendientes calcáreas del Antilíbano. El paso de la frontera libanesa, sin embargo, nos tuvo entretenidos más de una hora por culpa de los visados, con colas, empujones y lío. Al final Concha con un par de sonrisas consiguió más que Mario y yo en una hora, y nos vimos por fin descendiendo a todo trapo hacia el valle de la Bekaa, que es como el Ghab que habíamos visto en Siria pero más al sur. En realidad, se trata de la misma falla transcurrente del Wadi Araba y el valle del Jordán. Se nos había hecho bastante tarde, así que desistimos de bajar a Beirut, y decidimos seguir el valle de la Bekaa hacia el norte y visitar Baalbeck. Fueron cuarenta kilómetros de viaje por la fértil llanura del valle, atravesando pequeños pueblos, y con controles cada poco. Todo tipo de controles: el ejército libanés, el ejército sirio, y unos paisanos armados hasta los dientes que no sabíamos bien quiénes eran y le preguntamos a Ahmed, el taxista. Nos contestó con una sola palabra: *Hizbullah*. Llegamos por fin a Baalbeck, que es una ciudad de más de cien mil habitantes con dos obispos cristianos, pero mayoría de población musulmana. La ciudad estaba literalmente empapelada con carteles de organizaciones islámicas radicales. En la época romana hubo aquí una importante ciudad llamada Heliópolis, que era la que nos disponíamos a visitar.

Se considera que el templo de Júpiter en Heliópolis fue el templo más grande y suntuoso que existió en toda la antigüedad clásica. Las seis únicas columnas que quedan en pie de él atestiguan la veracidad de lo primero con sus veinte metros de altura y más de dos de anchura. Respecto a lo segundo, la decoración del entablamento que todavía sostienen las columnas y que puede observarse de cerca en algunos fragmentos caídos por el suelo, es realmente admirable y combina armoniosamente toda clase de motivos ornamentales, desde cabezas de león hasta adornos geométricos y vegetales.

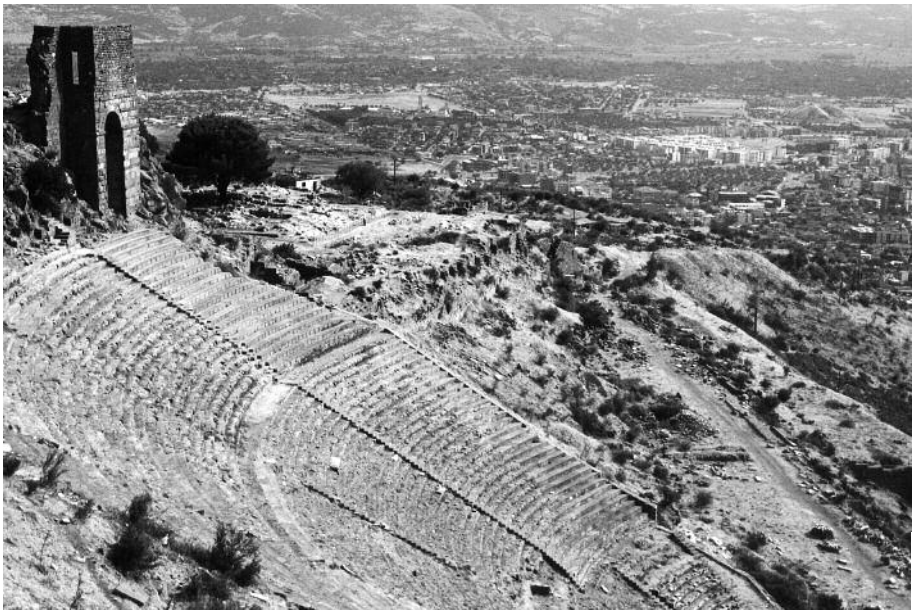
De todas formas, lo más destacable de Baalbeck es el templo de Baco, sin duda el más bello y mejor conservado de todos los templos clásicos de Oriente Próximo. Varias son las razones que confluyen para que ello sea así. Por un lado, aparte de la ruina de la cubierta de la *cella*, el templo ha llegado magníficamente hasta nosotros, con todos sus muros y gran parte de las columnas en pie. Por otra parte, la decoración que cubre muchas partes del templo es espléndida. Algunas de las grandes losas de la cubierta entre el entablamento de las columnas y los muros de la *cella* se encuentran en su sitio, y muestran una labor de auténtica orfebrería.

Templo de Baco (Baalbeck)

Ya bien entrada la tarde, Ahmed nos llevó a comer a un paraje inolvidable en un jardín a la orilla de un río. Allí nos atiborramos de deliciosa comida libanesa, que por otra parte no se diferencia demasiado de la que se cocina en otras orillas del Mediterráneo. Estábamos eufóricos por haber tenido la feliz idea de cruzar la gran cresta calcárea que presidía el horizonte, y haber bajado a contemplar un hermoso valle, un país terriblemente complicado, los restos de una historia soberbia.

El regreso se produjo sin más incidentes que los consabidos papeleos y colas en la aduana, y al atardecer nos vimos de nuevo circulando por las amplias avenidas de entrada a Damasco, que nos parecía ya un poco nuestra ciudad. Al día siguiente regresábamos a España.

Turquía

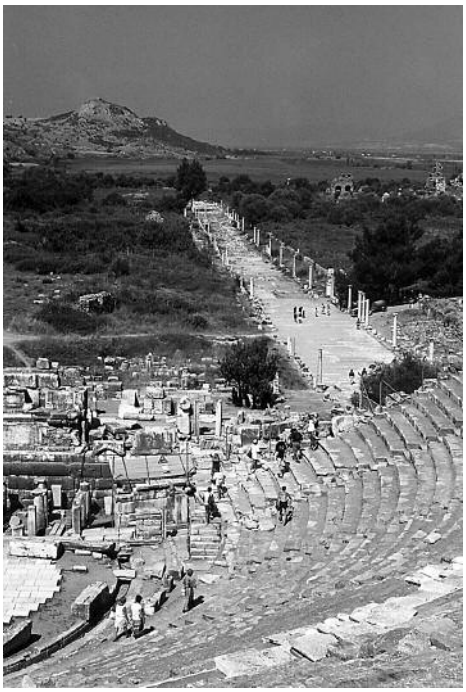


Pérgamo

LA COSTA JÓNICA

Bajamos el valle del río Meandros después de visitar Hierápolis, y regresamos a nuestro hotel en Kusadasi, al lado de la antigua Éfeso. Concha conduce el coche alquilado y yo voy delante con los mapas. Mientras tanto, Mario detrás nos lee historias de la vieja Grecia, de Roma y de Bizancio. Mientras suenan sus palabras miro por la ventanilla, y recorro el paisaje que el sol de agosto abrasa, las montañas desnudas, el valle con campos cultivados. Este era el país, la vieja Grecia de Tales y de Heráclito. Montañas junto al mar y unas ciudades de mármol blanco hermosas como un sueño.

En las ruinas de Éfeso. Ascendiendo por la vía de los Curetos me asalta la sensación viva de la vieja ciudad. Mirando alrededor, el entorno no es lo que estamos acostumbrados a ver en otras urbes arruinadas. Muchos edificios se elevan esbeltos: las termas de Escolastiquia, el templo de Adriano, la biblioteca de Celso, la casa que hasta hace poco se pensaba que fue un burdel… Además el entorno montañoso impone recodos, cuestas, plazas. El gran teatro está excavado en una colina calcárea muy próxima al centro de la ciudad. Hay en Éfeso una geografía urbana entrañable que se graba en la memoria. ¿Y cómo



Éfeso

era esa ciudad? Teatros, termas, gimnasios. Una vida exquisita y voluptuosa, con un lugar destacado para la belleza y el arte. En este ambiente de libertad, hubo unos hombres que se atrevieron a mirar la naturaleza con ojos independientes e inquisidores. Estas colinas vieron crecer a Heráclito, que tuvo el coraje de pensar la naturaleza y la vida como enigmas que se creía capaz de resolver. El universo entero tenía su ley para él, como la *polis,* como esta hermosa ciudad que eleva aún sus edificios orgullosa entre las montañas. Aquí empezó todo.

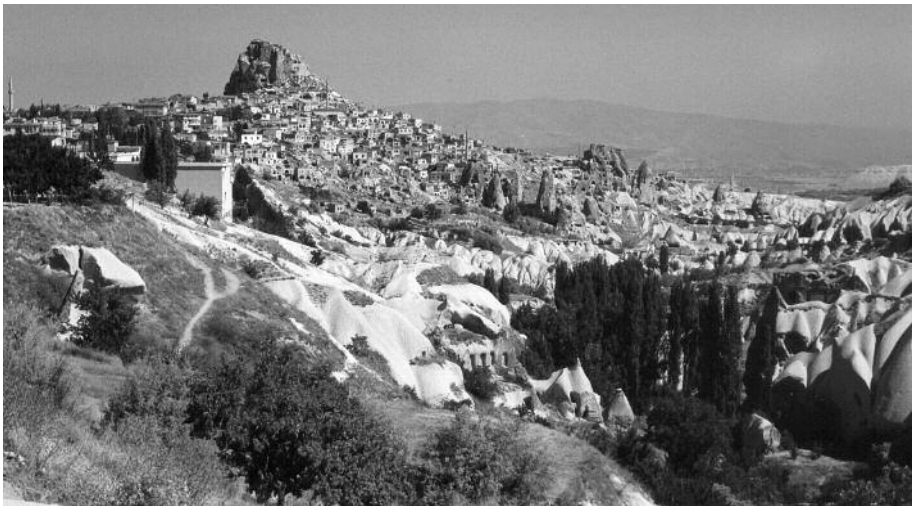
Aparte de la experiencia única de Éfeso, hay que decir que Hierápolis y Pamukkale forman un conjunto irrepetible. Las ruinas de la ciudad clásica con un hermoso teatro, fragmentos de la muralla y puertas monumentales, y una curiosa necrópolis, aparecen justo al lado del palacio de algodón de Pamukkale, con sus terrazas y cascadas de caliza blanquísima. El tiempo se nos pasó entre visitar las ruinas, y remojar los pies en las aguas azules atrapadas en los rellanos calcáreos de Pamukkale.

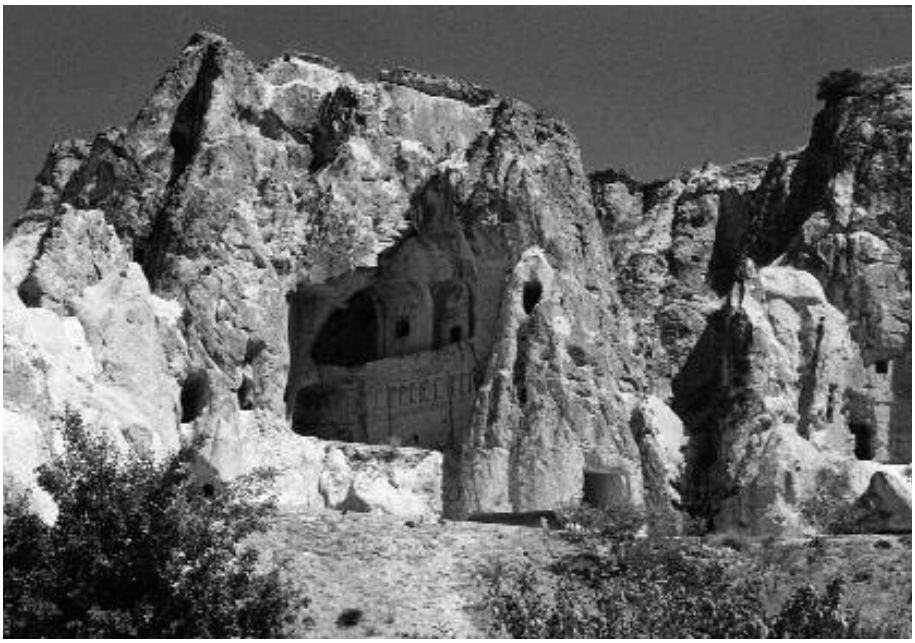
El recorrido por la costa jónica fue el comienzo de nuestro viaje, y aparte de ver maravillosas ruinas, nos sirvió también para entrar en contacto con la Turquía moderna. Kusadasi es una pequeña ciudad costera en la que en 1996 se estaba construyendo un emporio turístico. Solíamos parar también en algunos pueblos pequeños al lado de la carretera. Recuerdo que nuestro comentario era siempre que aquello era exactamente igual que la España de los años 60. La gente, amable y sonriente, sentía aquella misma curiosidad por los turistas que se estilaba entonces en nuestra tierra.

Después de Kusadasi, fuimos hacia el norte y dormimos una noche en Izmir, que tiene casi dos millones de habitantes y es el segundo puerto de Turquía después de Estambul. La vieja Esmirna es hoy una ciudad extensa y

populosa, con los barrios periféricos edificados sobre colinas. Nos sorprendía ver muchas casas con los pilares asomando en la parte alta como en cualquier casa en construcción, pero con la parte baja habitada. Luego supimos que con la inflación que hay, la gente prefiere invertir sus ahorros en ir levantando poco a poco nuevos pisos en la misma casa en la que viven. Como no llueve demasiado, el sistema funciona bastante bien. En Asturias sería otro cantar. Al norte de Izmir pudimos contemplar lo que el tiempo ha dejado de la noble y culta Pérgamo. Las ruinas se extienden por una zona bastante amplia y no teníamos tiempo para mucho, así que visitamos sólo la acrópolis, que domina el soberbio paisaje montañoso de la zona. El teatro, con un pequeño templo de Dióniso al lado, y los restos del templo de Trajano, de mármol blanquísimo, son grandiosos. No obstante, a mí me conmovió más la biblioteca. Aunque sólo se conserve la parte baja de los muros y algún agujero de los que servían de anclaje a las estanterías, no podía dejar de pensar que estaba ante una de las mayores bibliotecas de la antigüedad clásica. Pérgamo mantuvo una dinastía propia durante la época helenística, y su último representante, Atalo III, dejó el reino en herencia a los romanos. Es este un dato bastante sorprendente, y significativo. Había un maravilloso altar de Zeus en Pérgamo, pero el que quiera verlo tendrá que ir al museo de Berlín.

CAPADOCIA



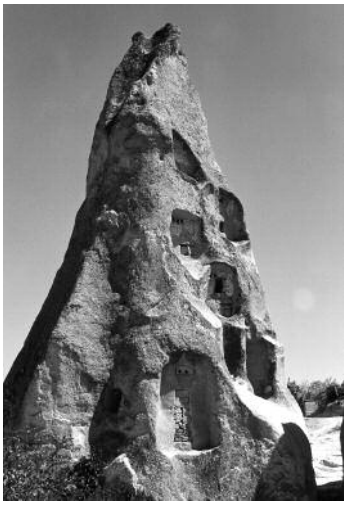


Desde Izmir volamos a Ankara, y allí emprendimos el viaje por carretera hacia Capadocia. En el camino, hicimos la visita de rigor al lago Tuz, el gran lago salado hundido entre las áridas tierras de la Anatolia central. Como siempre en el verano, al lago lo rodeaba una extensión blanquísima y desolada cubierta por una costra de sal.

En Capadocia la erosión ha preservado fragmentos piramidales o cónicos de toba volcánica que dan al relieve un aspecto fantástico. Además, esta roca es muy blanda, y en la más remota antigüedad los hombres ya descubrieron que aquí la forma más fácil de hacerse un alojamiento no es construirlo, sino excavarlo. Habíamos visto fotos y sabíamos lo que nos íbamos a encontrar, pero, como siempre, la realidad está llena de detalles y matices que desbordan lo que imaginamos. Tengo un recuerdo muy especial de Göreme, donde visitamos varias iglesias y un monasterio rupestres, todo de época bizantina (siglos XI y XII). Las iglesias reproducen las formas de los edificios de la época e incluso trazan un dibujo imitando hiladas de piedras. A veces hay hermosos frescos muy bien conservados.

Las ciudades excavadas de Capadocia son algo impresionante. Aquí no es ya una vivienda o una iglesia lo que se excava en la toba, sino un laberinto de

salas subterráneas comunicadas por estrechos pasadizos y distribuidas en varios niveles, auténticos hormigueros para hombres en los que podían vivir miles de personas. Lo que queda de las habitaciones, despensas, iglesias y cementerios de estas ciudades nos permite imaginar aquella vida sin sol. Abundan rasgos insólitos, como las piedras colosales que usaban de puertas para protegerse, fácilmente manejables desde dentro, pero imposibles de mover desde fuera, o las chimeneas de ventilación, profundas simas perforadas en pleno corazón de la ciudad.



ANKARA

Desde Capadocia, regresamos por carretera a Ankara para pasar allí un día. Nos encontramos la ciudad completamente engalanada con banderas turcas por todas partes, y resultó ser que ese día, 30 de agosto, el país celebraba la fiesta de la República, que conmemora la victoria de 1922 sobre los griegos. Aunque es una historia muy reciente, poca gente sabe que al final de la Primera Guerra Mundial, Turquía, que estaba alineada con las potencias perdedoras, estuvo prácticamente a punto de desaparecer como nación. Fue entonces cuando Mustafá Kemal, un general que ya se había distinguido en varias campañas de la guerra, tomó las riendas de la situación desde Ankara, que era lo único que se mantenía independiente, y en varias campañas brillantes consiguió expulsar a las tropas extranjeras que invadían el país. Las reformas que emprendió a partir de 1922 supusieron incluso la sustitución de la escritura árabe por el alfabeto latino para el idioma turco, y vieron nacer la Turquía moderna, un estado laico que mira más a occidente que a oriente. Ankara se convirtió entonces en la capital del país. Bajó el tremolar de las banderas omnipresentes, nos encontramos una hermosa ciudad moderna y bulliciosa, dominada por una roca que conserva las ruinas de la vieja ciudadela, y la suave colina que sirvió para construir el mausoleo de Mustafá Kemal, al que

se conoce como Atatürk (padre de los turcos), una imponente construcción con masivos volúmenes rectangulares. Al lado de la ciudadela está el museo de las civilizaciones de Anatolia, que permite bucear entre antigüedades tan interesantes como las halladas en el yacimiento neolítico de Çatalhüyük (probablemente el primer asentamiento conocido que merece el nombre de ciudad), o magníficos restos hititas y de la época clásica. Hay también algunos vestigios romanos próximos a esta zona, entre los que nos emocionó especialmente la columna que conmemora el paso por la ciudad de uno de nuestros emperadores romanos favoritos, Juliano, que pasó por aquí el año 362 cuando se dirigía a la campaña contra los persas en la que dejó la vida. Quería emular a Alejandro y al menos lo consiguió en la muerte prematura. Es una hermosa columna con acanaladuras horizontales, y rematada por un capitel bizantino y un nido de cigüeñas.

Esperando la hora de encaminarnos a la estación para coger el expreso de Estambul, cenamos en un bar unas deliciosas tapas de comida turca, y nos entretuvimos dando vueltas por el centro de la ciudad. Cerca de una mezquita había gran animación, y creíamos pasar desapercibidos entre el bullicio, cuando un anciano de luengas barbas blancas debió de oírnos hablar raro y se dirigió a nosotros sonriente. Nos extendió la mano y nosotros se la apretamos también sonrientes. Sólo hablaba turco, pero entendimos claramente que nos preguntaba de dónde éramos. Al fin conseguimos hacerle entender que éramos españoles. El nos seguía apretando la mano y nos sonreía salmodiando algún saludo incomprensible. Su mirada era transparente y expresaba un voto inefable por la hermandad de los pueblos.

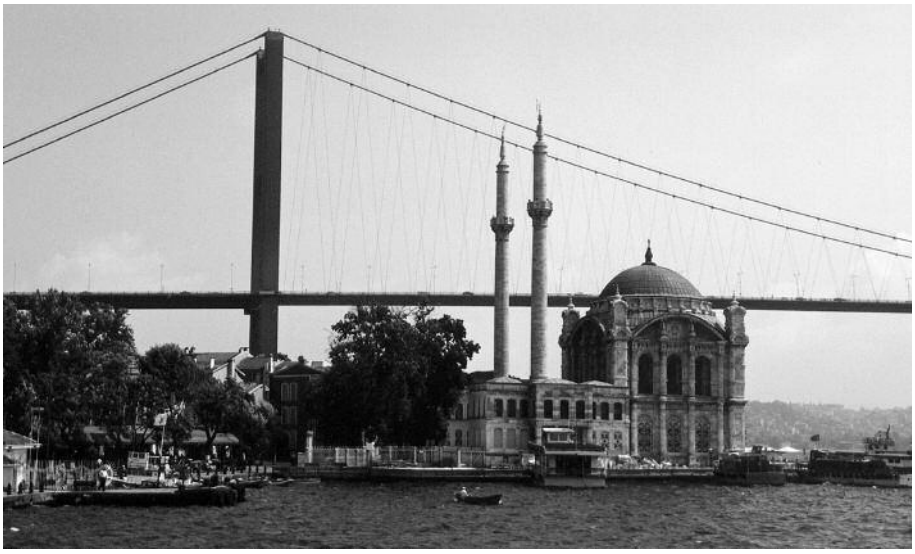
La visita a la vieja Constantinopla fue la culminación del viaje. Es bien sabido que Estambul fue varias ciudades distintas, pero hay que decir también que en la actualidad hay más de una ciudad en Estambul. Y no hablamos sólo de las divisiones que provoca el emplazamiento geográfico tan especial, con el mar y una gran ría (el Haliç o Cuerno de Oro) atravesando la ciudad casi por el medio. Dejando aparte el barrio asiático de Üsküdar, en la parte europea hay ya zonas muy diversas. En los varios días que estuvimos allí conocimos la diferencia entre las calles populosas del centro histórico al lado de las viejas mezquitas y la zona más cosmopolita del norte en torno a la plaza Taksim. Otra ciudad es la que conserva los restos de la presencia de francos y genoveses en la zona, en el barrio de Gálata, donde está la famosa torre que ofrece una panorámica maravillosa. El ambiente marinero en torno a las orillas del Haliç es otro mundo que cabe también dentro de Estambul. Un día fuimos hacia el oeste, al barrio de Eyüp, por visitar el café Pierre Loti, y ese barrio acabó siendo nuestro rincón favorito y nuestro retiro mientras estuvimos en la capital. Allí acudíamos siempre al atardecer para cenar en algún restaurante popular y tomar un café después tranquilamente en la pequeña plaza enfrente de la mezquita. Esta plaza tiene el ambiente acogedor de ese pueblo que es muchas veces un barrio de una gran ciudad.

Nos dedicamos a recorrer sobre todo el centro histórico de la vieja Constantinopla. Las viejas murallas de Teodosio todavía imponen respeto. El museo Kariye conserva el mejor conjunto de mosaicos bizantinos que he visto

nunca. La gente amable siempre nos indicaba cortésmente la dirección en que debíamos buscar la antigualla que nos preocupaba en cada momento. También recuerdo como una experiencia curiosa la visita a la basílica cisterna. Es un precioso ejemplo de arquitectura bizantina con sólidas columnas soportando la cubierta de una espaciosa sala subterránea. Era el depósito de agua del palacio de los emperadores bizantinos, y es además lo único que se conserva de él. La impresión que produce este conjunto es como si unas lluvias torrenciales hubieran inundado la mezquita de Córdoba (¡Dios no lo consienta!). Unas pasarelas de madera permiten pasear por el interior del recinto.

Santa Sofía es el monumento fundamental de la ciudad. El asombro ante su cúpula, sostenida en el aire por la magia matemáticamente rigurosa de las pechinas es una sensación única. La elegancia de las columnas y las bóvedas de horno laterales tiene un impulso ascendente que crea un gran espacio interior, cerrado en el remate milagroso de la cúpula. Edificada como iglesia, fue luego mezquita y en la actualidad es un museo. Se conservan en ella preciosos mosaicos bizantinos y también inscripciones en árabe que recuerdan la época en que fue mezquita.

Las grandes mezquitas de Estambul repiten el modelo de Santa Sofía con ligeras variaciones. Entre ellas destacan las edificadas por Sinán, el gran arquitecto del siglo XVI, como la que lleva el nombre del sultán Süleyman I. La estética de estas grandes mezquitas con sus enormes cúpulas cubiertas por



La orilla europea

Mezquita Azul

planchas de plomo y sus afilados minaretes, es el rasgo más característico en cualquier perspectiva de la vieja Estambul.

La gran ciudad musulmana que es hoy Estambul no consigue hacer olvidar la gran urbe cristiana que fue. La tensión entre las dos realidades es el recuerdo más imborrable que nos quedó de nuestra estancia en la vieja Constantinopla. Con la disgregación del Imperio Romano de Occidente, esta ciudad pasó a ser la más importante del mundo cristiano, frente a la atribulada Roma. La caída de la capital de Constantino el Grande en poder del Imperio Otomano fue un cataclismo que conmovió al mundo. En España tenemos ejemplos de ciudades como Córdoba o Granada a las que ocurrió algo parecido aunque a la inversa, pero Constantinopla era prácticamente la capital del mundo cristiano, y era griega desde tiempo inmemorial.

Estambul es una ciudad para meditar sobre los cambios violentos que revela la historia, y nos muestra un buen ejemplo de cómo los vencidos pueden influir en los vencedores cuando observamos la cúpula de Santa Sofía convertida en el motivo fundamental del arte otomano.

Al poco de regresar, escribí un poemilla que trata de expresar la angustia y la agonía de aquel momento terrible que fue la caída de Constantinopla. Estos versos son también una declaración de amor a una de las ciudades más bellas que he conocido.

Santa Sofía

NOCTURNO DESDE LA TORRE DE GÁLATA

Hermosa, mi hermosa, te entregas a mí radiante,
tú, prodigio de los siglos, presa siempre codiciada,
y te escucho en la noche, noble ciudad tomada,
hendida por el mar que te ama demasiado
(el romance es muy viejo, y yo te lo perdono).
Tu corazón es mar, y a la izquierda, a lo lejos
Üsküdar me saluda, al otro lado, en Asia.
Frente a mí el viejo Haliç, como un río de oro,
lame la ciudad vieja, reducto inexpugnable
que un cruel viento abatió, y el tiempo, y el destino.
Adivino las cúpulas, las torres orgullosas,
perdidas en la sombra, de las viejas mezquitas.
Veo la pequeña Yeni, sólo ella iluminada,
junto al puente de Gálata. Las delicadas torres
de la mezquita azul asoman a lo lejos

junto a la mayor joya, la orgullosa Sofía
que saluda a la Luna con su cúpula roma.

Aquella tarde tiembla todavía en el aire.
Con el sol declinando el oficio concluye,
y tres hombres cabalgan a la Puerta de San Romano.
Constantino, Giustiniani y Francisco de Toledo
organizan la defensa suicida en la muralla.
La ciudad se estremece cuando rugen los cañones;
mujeres que sollozan bajo la enorme cúpula;
la vieja Grecia muere, termina el sueño, gestos
de impotencia cobarde en las gradas doradas.
Mañana es un abismo que nos tragará a todos.

Adivino aquella noche tras el rumor del tráfico,
en anuncios luminosos que hablan en cada esquina
usando el mismo idioma de Mehmet el salvaje.

Pero ya nadie duerme en el palacio del sultán,
y mañana los turistas se asomarán bromeando
a las salas secretas del harén que fue suyo.
Sólo tú permaneces, mi hermosa, como un sueño
donde el mar y la tierra se enlazan amorosos;
la brisa te acaricia, y estrenas para mí
ese manto de estrellas que te sienta tan bien.

La orilla asiática

Primeras impresiones de la India: Maharashtra y Rajastán

Jaipur (Rajastán)

Mucho más que un país es la India. Llamarla continente sería acertar más. Y un continente fue. La colisión con Asia hace cincuenta millones de años levantó cordilleras que aún enmarcan el continente indio. Este es hoy un mosaico de culturas, de razas, de religiones. Tratándose de un mundo tan complejo, nuestro viaje a la India nos sirvió sólo para captar las imágenes más triviales. La de las grandes aglomeraciones urbanas, por ejemplo; o la de la natalidad disparada con niños que cuidan de niños más pequeños por doquier; la de la pobreza de muchas zonas también, y la de la belleza que resplandece a cada paso. Las fortalezas del Rajastán, las cúpulas blancas de los mogoles, los barrocos templos hindúes, la montaña excavada para construir el templo Kailasa en Ellora. Sentimos que todo ello se ha convertido en parte de nosotros y que su belleza prodigiosa nos acompañará siempre.

BOMBAY (MUMBAY)

Nuestro lugar de desembarco en la India fue Bombay, capital del estado de Maharashtra. Llegamos a la ciudad de madrugada después de una larga noche estibados en un martirizante asiento de clase turista. Recuerdo el calor

asfixiante y pegajoso en que nos vimos sumergidos nada más salir del aeropuerto. En el camino hacia el hotel tuvimos el privilegio de contemplar cómo la vieja ciudad se asomaba a la luz todavía indecisa del amanecer. Nos era dado participar por una vez en la vieja liturgia, y tal nos parecía que contemplábamos un espectáculo fuera del tiempo. En las calles mal pavimentadas y encharcadas por la lluvia de la noche, hombres menudos y de tez oscura celebraban sus primeros rituales cotidianos entre los edificios descuidados y la vegetación tropical. Nos daba la impresión de que muchos habían pasado allí mismo la noche. Desde el paseo marítimo que contornea la amplia bahía, veíamos en el horizonte la colina y el barrio de Malabar, uno de los puntos prósperos de Bombay, con grandes edificios presidiendo el verde de la vegetación.

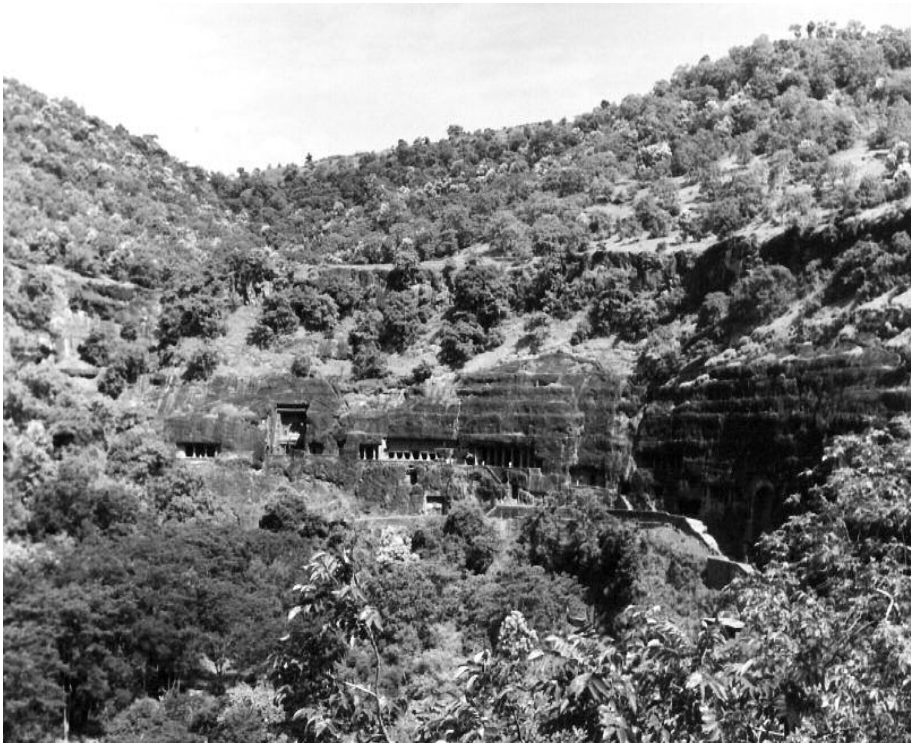
Después de asearnos en el hotel, estábamos ansiosos por dar nuestros primeros pasos por la ciudad, y cogimos un taxi para que nos llevara a un templo del Fuego parsi. Queríamos rastrear uno de los pocos focos que sobreviven en el mundo de la vieja religión irania que aún venera a Zaratustra. De camino íbamos ilusionados por las avenidas que ya bullían bajo un sol radiante, pero al bajar del taxi tuvimos la sensación de haber invadido sin permiso un territorio completamente ajeno a nosotros. Luego anduvimos mucho por el amplio centro de la ciudad y nunca volvimos a experimentar nada similar, pero esta vez nos habíamos salido de los circuitos habituales y estábamos

perturbando la vida de un barrio tranquilo. Habíamos ido buscando una experiencia y nos dimos cuenta perfectamente de que nosotros éramos la experiencia. Las gentes del barrio nos miraban. Todos nos miraban. Hasta un ancianillo que vestía un elegante traje de algodón, pasó a nuestro lado muy serio, pero al cabo de un rato no pudo resistirse y se dio la vuelta dirigiéndonos una miraba que expresaba claramente: ¡Qué hacen aquí estos! Era la extraña sensación de ser un marciano. La gente parecía amable, y en otras condiciones estoy seguro de que lo hubieran sido sin restricciones, pero ahora estaban fundamentalmente extrañados. ¡Qué hacen aquí estos! El acceso a los templos del Fuego está prohibido a los que no son parsis, así que tuvimos que conformarnos con contemplar desde fuera la decoración persa de los edificios. En uno de ellos vimos una representación en relieve del propio Zaratustra. Los parsis, como su propio nombre indica, emigraron de Persia cuando las cosas allí se les pusieron difíciles, y constituyen una próspera comunidad en la India. Los Tata o Zubin Mehta, por ejemplo, son parsis; el marido de Indira también lo era, y parece ser que el *pándit* Nehru, el padre de Indira, a pesar de su reconocido carácter liberal, no veía con buenos ojos el asunto hasta que Gandhi se ofreció a adoptar al chico. De ahí viene el apellido de Indira. Aparte de los templos, las Torres del Silencio de los parsis, donde dejan los cadáveres de sus muertos para que sean devorados por los buitres, son también famosas en Bombay. Por supuesto, no dejan acercarse a ellas a nadie que no sea parsi.

En Bombay paseamos por las amplias avenidas ajardinadas que surcan la ciudad, flanqueadas por viejos edificios coloniales invadidos por la vegetación. En estas avenidas se han instalado muchas personas que acuden a la capital a buscarse la vida, atraídos por la prosperidad industrial de la región. Familias enteras viven por todas partes en la calle en Bombay. Hacen toda su vida allí, protegidos en el mejor de los casos por un toldo escuálido.

No pudimos ir a la Isla de Elephanta, donde está lo que más nos atraía de Bombay, los viejos templos rupestres hinduistas y sus famosas esculturas.

En Bombay rastreamos recuerdos del Imperio Británico en la arquitectura colonial que cubre la ciudad, y también de Mahatma Gandhi en Mani Bhavan, la casa donde solía alojarse y han organizado un museo con las cosas que nos hablan de él. Pero la estancia en Bombay supuso sobre todo contemplar por primera vez el rostro sonriente y descarnado de la India.

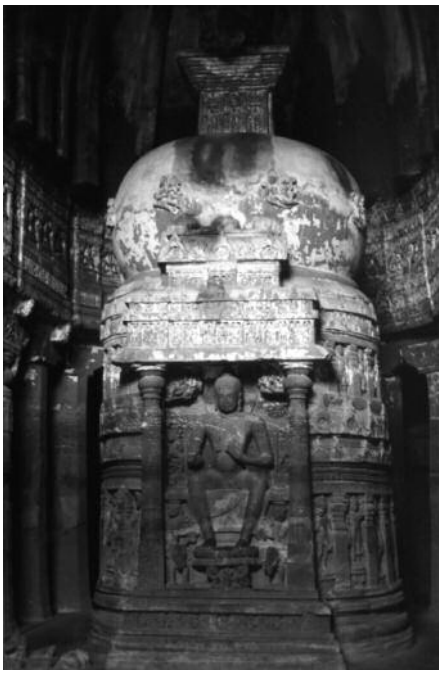


Ajanta

Desde Bombay volamos a Aurangabad para visitar los santuarios rupestres cercanos de Ajanta y Ellora. El viaje en autocar para llegar a las cuevas nos permitió tener un primer contacto con la India rural. Atravesábamos los suelos fértiles de la meseta del Decán y veíamos pequeños pueblos al lado de la carretera que después de lo visto en Bombay nos parecían bastante normales.

Visitamos las cuevas de Ajanta por la mañana. Se trata de grutas excavadas en un desplome basáltico que se curva siguiendo un agudo meandro encajado del río Waghore. Todas las cuevas son santuarios budistas con edades entre el siglo II a. de C. y el siglo VII y hay tanto *chaityas* (templos) como *viharas* (monasterios). Los *chaityas* son excavaciones de planta alargada dividida longitudinalmente por dos hileras de columnas que definen una nave central,

al fondo de la cual se sitúa el *stupa** que constituye la parte más sagrada del recinto. Esta nave termina por arriba en una imitación de bóveda con una decoración que simula una cubierta de madera, y se cierra al fondo en un ábside semicircular con las dos hileras de columnas uniéndose para formar un deambulatorio alrededor del *stupa*. Los *viharas* suelen tener un amplio recinto rectangular con pequeñas habitaciones laterales adosadas, que debían ser las viviendas de los monjes, y un pequeño santuario en la pared frontal. Todas las grutas tienen una rica decoración con esculturas que representan principalmente al Buda tanto sentado como en postura de meditación o echado, y también pinturas deliciosas que suelen narrar escenas de los *játakas*, textos con historias de las reencarnaciones anteriores del Buda.



En el siglo II a. de C., algunos monjes contemplaron un recodo del río, resguardado y de excepcional belleza, y pensaron que era un buen lugar para construir un monasterio excavando la roca. Detrás de estos vinieron otros muchos y así fueron apareciendo con el tiempo un gran número de templos y monasterios. Durante varios siglos, cientos de monjes desarrollaron toda su vida en este lugar, en torno a la curva del río, al pie del acantilado de basalto. Hoy, casi dos mil años después, vemos con ojos admirados estas grutas que nos hablan de una época lejana en la que el budismo era una religión común en la India. El hecho de que no se trate de santuarios construidos sino excavados en una roca de la solidez del basalto, ha permitido además que hayan llegado a nosotros con muchos de sus detalles prodigiosamente intactos.

* El *stupa* es el monumento budista por excelencia desde los orígenes del budismo. Consiste en una semiesfera que alberga reliquias en su interior y se sitúa en general sobre un soporte cuadrado.

Ellora

Las grutas de Ellora toman el relevo de las de Ajanta en el siglo VII, y algunas de ellas son budistas también, aunque hay otras hinduistas y jainistas. Contemplando la evolución de la arquitectura rupestre en esta zona, asistimos al declinar del budismo en la India. La joya indiscutible de Ellora es el templo Kailasa de Shiva, un templo hinduista del siglo VIII que constituye sin duda la obra maestra de la arquitectura rupestre india. El Kailasa es el monte de los Himalayas donde se supone que está la morada de Shiva, y el templo Kailasa se plantea como una representación de ese monte. En este caso, la estructura completa de un gran templo que alcanza treinta metros de altura se ha tallado en la roca. El acceso al recinto del templo se realiza por un *gópura* *, y ya en el interior, lo primero que encontramos son dos obeliscos y estatuas de elefantes a los lados del primer elemento elevado, una sala con la estatua del toro Nandi, el vehículo de Shiva. Desde esta sala puede accederse al segundo recinto, un amplio *mandapa* o sala de baile con columnas que custodia la entrada del pequeño santuario en el que se venera un *linga*. Este santuario o *garbagriha* va cubierto como suele ocurrir en los templos hindúes por un *shíkhara* o torre, que en este caso es de los que se estilan en el sur de la India, piramidal, dividido en varios pisos con figuras de dioses menores, y rematado por una pirámide de ocho caras a modo de cúpula. Las paredes exteriores del templo están decoradas en la parte baja con elefantes tallados que figuran sostener el templo, es decir, la montaña que alberga a Shiva, y también con representaciones en relie-

* Los *gópuras* son los altos pórticos que dan acceso a los templos del sur de la India. Ampliamente decorados, frecuentemente culminan en una bóveda semicilíndrica. Son los elementos mas altos de estos templos, y simbolizan las cordilleras que rodean la ciudad sagrada.

ve de las grandes epopeyas hindúes, el Mahabhárata y el Ramayana. Los restos de estuco y pintura que se conservan en algunas zonas protegidas indican claramente que al igual que otros templos más modernos del sur de la India, el Kailasa de Ellora estaba ya decorado con vistosas pinturas.

El templo Kailasa de Ellora es una proeza insólita, y de hecho puede considerarse una de las mayores esculturas que el hombre ha sido capaz de realizar. Aprovechando la existencia de un escalón en la planicie basáltica, batallones de operarios siguiendo planos precisos se lanzaron a excavar un amplio pozo en la altura próxima al escalón. Las paredes de esta excavación eran verticales, pero en el centro de ella, a medida que profundizaban, iban tallando todos los elementos del templo. La cúpula que remata el *shíkhara* debió ser lo primero que surgió a la luz. Podemos imaginar ese momento. Cerca del gran escalón asoma en las alturas el pináculo de una cúpula. El gran templo está debajo esperando que sean cincelados y se hagan visibles sus contornos, como en cualquier trabajo de escultura.

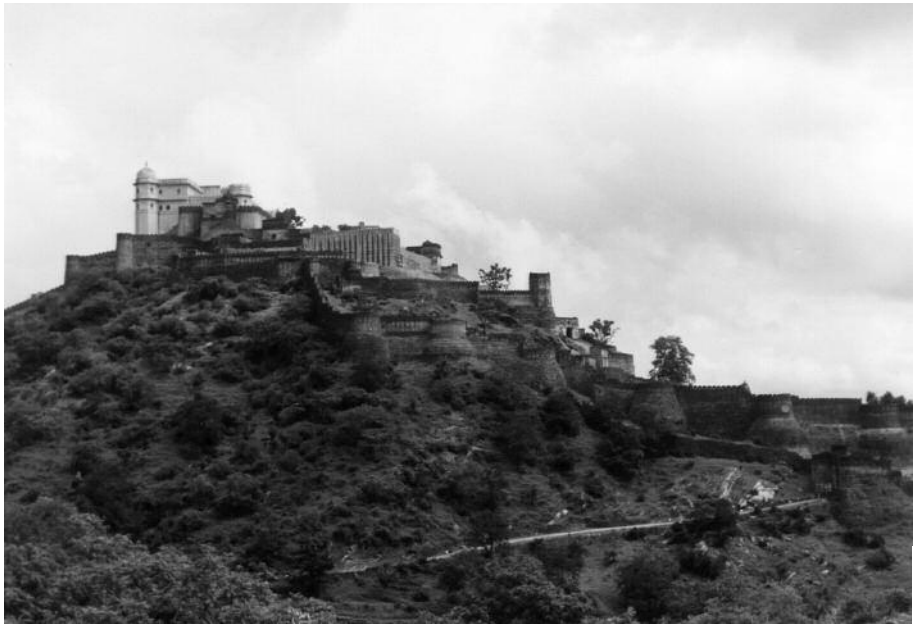
Un templo construido de esta forma queda necesariamente encajonado en un recinto angosto. No obstante, observada desde abajo, la colosal escultura con su rica decoración nos pareció realmente espléndida. Con las paredes pintadas contrastando con el oscuro basalto del entorno, debió ser más imponente todavía.

Jaipur (Rajastán)

Esta es la tierra de los guerreros *rajputs*, prototipo de valor y fiereza, que llegado el momento practicaban el *jauhar*. Ante fuerzas muy superiores encendían una gran hoguera a la que ¿se? tiraban mujeres y niños. Los hombres vestían entonces una túnica azafrán, el color de la vestimenta de los *saddhus** y de la carne humana cuando arde en la pira funeraria, y se lanzaban contra el enemigo a una muerte segura. Este proceder era común en el país y definía un modelo a seguir. El prestigio de un pueblo se medía por el número de *jauhar* que habían practicado. El Rajastán es también la tierra de los grandes maharajas inmensamente ricos y a los que Indira Gandhi en los años 70 abolió títulos y pensiones, obligándolos a buscarse la vida. En la mayoría de los casos, lo que hicieron fue adaptar sus inmensos palacios como hoteles de lujo.

El Rajastán fue nuestra siguiente etapa en el viaje, y sirvió para reconciliarnos un poco con el país entre el susto de Bombay y lo que nos esperaba en Benarés. Si en Bombay nos había deprimido observar una situación que nos parecía insólita y terrible con miles de personas viviendo en las calles, en Rajastán captamos algo que se correspondía más bien con el concepto que teníamos de algunas épocas pasadas de la historia de Europa. Simplemente eso. Abundaban detalles extraños como alcantarillas nauseabundas circulando al descubierto en medio de un pueblo; en las aldeas rurales era frecuente ver niños en el campo con el ganado, lo que quería decir que no estaban donde tenían que estar; la sociedad parecía rígidamente estructurada en algo parecido a gremios; había muchas veces todo tipo de mierda y basura por las calles. Nos sentíamos transportados a alguna época pasada; la Edad Media tal vez… Hubo una historia curiosa con los cerdos. Cuando llegamos a la India nos aconsejaron que no comiéramos carne de cerdo. Preguntamos si había alguna razón sanitaria y nos dijeron que no. No nos quisieron aclarar más, y dijimos: "bueno". Todos los días en el desayuno acompañábamos los huevos rituales con unas sabrosas lonchas de beicon. Ya he dicho que hay mucha mierda y basura por las calles. Puede pasar mucho tiempo y ahí sigue. Pero una vez cada no se sabe cuánto, la pasta pútrida que resulta de la fermentación de todo ello se

* Santones



Kumbhalgarh

recoge en cajones de madera. Vimos la operación en una ciudad de Rajastán que no recuerdo cuál era. Un coche tirado por un flaco rocín llevaba los cajones de madera a las afueras del pueblo. Allí eran vaciados, y una piara de cerdos escarbaba vorazmente buscando su comida en el contenido de los cajones.

Anécdotas escatológicas aparte, el Rajastán es una tierra maravillosa. Viajamos por carretera entre Udaipur y Johdpur, atravesando los montes Aravallis y cruzando paisajes montañosos. En los pueblos más apartados, las mujeres que cuidaban los rebaños en el monte llevaban todas un elegante *sari* perfectamente ajustado. En el camino, visitamos el fuerte de Kumbhalgarh, donde se refugiaba el *maharaja* de Mewar cuando la cosa se ponía fea. Es un enorme recinto fortificado en lo alto de una montaña y parece ser que sólo fue tomado una vez, por el emperador mogol Akbar. Las puertas están erizadas de picas que servían para que los elefantes no tuvieran fácil acometerlas. Allí cerca visitamos también el templo principal del complejo jainista de Ranakpur. Edificado en mármol blanco, este templo es notable por la amplitud y elegancia de su bosque de columnas, y por la riqueza de la decoración que lo cubre completamente. El jainismo es una religión muy parecida al budismo, aunque algo más radical en el tema de los bichos. Los jainistas por ejemplo no pueden

Ranakpur

dedicarse a la agricultura, porque la sola idea de matar accidentalmente a un insecto los horroriza. Es una religión que fue fundada por Mahavira, un contemporáneo del Buda, y las figuras que se veneran en los templos jainistas pertenecen a este personaje o a alguna de sus reencarnaciones anteriores, llamados *tirthánkaras*, nombre que literalmente significa "constructores de vados".

Hacia el noroeste, el Rajastán se convierte en un desierto, el desierto de Thar, que es la frontera natural con Pakistán. En esta zona hay grandes ciudades fortificadas y entre ellas destaca Jaisalmer, que tuvimos un día para visitar. Hace varios siglos, Jaisalmer estaba en la ruta de las caravanas que cruzaban el desierto y así llegó a ser una ciudad próspera hasta que el tráfico marítimo a través de Bombay empezó a hacerle la competencia. En la actualidad revive por el turismo y las bases militares próximas que vigilan la frontera. Jaisalmer seduce ya desde lejos con sus murallas y su fortaleza soberbias, construidas de arenisca dorada. Dentro de ella, el laberinto de sus calles nos sorprende continuamente con templos jainistas y *havelis* que muestran una decoración de auténtica orfebrería en piedra. Los *havelis* son residencias construidas por los comerciantes más prósperos en las épocas de esplendor de Jaisalmer, y tanto

sus fachadas como los patios interiores presentan varios niveles de balcones de forma distinta que combinan arcos y formas rectas consiguiendo raros efectos de simetría. Aparte de esto, todos los elementos de los *havelis* están esculpidos en una labor de miniatura en arenisca dorada. Durante siglos los hombres de Jaisalmer luchaban para enriquecerse, y cuando lo conseguían, transformaban sus fortunas en estas piedras prodigiosas que cautivan para siempre al que las contempla.

Otros recuerdos imborrables del Rajastán. Jodhpur, la "ciudad azul" con su gran fortaleza levantada sobre una montaña próxima. Udaipur, la "ciudad blanca" con sus lagos y palacios. Al norte de Udaipur, visitamos Nágada, que tiene un interesante complejo de santuarios hinduistas. Había un pequeño templo en medio del estanque producido por una presa reciente. La estructura medio derruida apenas se elevaba, rodeada de flores de loto. Al lado, una tapia del pueblo utilizaba fragmentos de sillares esculpidos, mezclados con todas las otras piedras. Allí cerca, en Eklingi, compramos guirnaldas a la entrada del templo de Shiva, grande, viejo

Haveli

Jaisalmer

y oscuro, y nos acercamos descalzos con todos los fieles a dejarlas frente al *linga* de Shiva. Era a última hora de la tarde, y la lluvia que empezaba a caer trazaba finos rasgos en los rostros sonrientes de los dioses.

Nágada

Los nombres de Benarés

Ghat de Harishchandra

Llegamos a Benarés una tarde lluviosa. Entrando en la ciudad, el paisaje que atravesábamos era el habitual en muchas ciudades de la India: bicicletas, *rickshaws* y motos atropellándose en un caos casi absoluto, pocos coches y alguna vaca sesteando impasible en medio de la calzada; a ambos lados, pequeñas tiendas en las que a veces se veía a compradores y vendedores amigablemente sentados en el suelo. Nada de lo visto permitía adivinarlo, pero sabíamos que estábamos entrando en una ciudad que es a la vez el santuario más venerado por los hindúes, la que consideran eterna morada de Shiva. Unas niñas se pararon al lado de nuestro autocar aprovechando un semáforo; bailaron risueñas y luego, extendiendo un dedo, pedían *one rupee*. Arrancamos de repente para seguir recorriendo la ciudad de Shiva en dirección al hotel. Shiva de muchas caras, dios contradictorio, violador de convenciones, el forastero que conquistó el panteón hindú. Un día decidió abandonar su morada en el Himalaya, y habitar para siempre entre los humanos con su esposa Párvati. Para ello escogió una ciudad situada en la orilla izquierda del Ganges entre sus afluentes el Várana y el Asi, la sagrada Varánasi o Benarés, también llamada Kashi *(la luminosa*). Tomó así este lugar también el título de Avimukta *(nunca abandonado)*. La capacidad seductora del hinduismo es casi infinita. Sus leyendas hablan a lo más profundo del ser humano. Recordé una frase de un erudito indio: "Este es el único país del mundo en el que los esclavos disfrutan

su esclavitud, y los reclusos vigilan las puertas de la prisión y exhiben sus grilletes como si fuesen joyas." Por lo menos es el país donde esto es más exageradamente cierto. Con sus maravillosas historias, los brahmanes han conseguido convencer a toda la población hinduista del país de que como resultado de su maldad en existencias anteriores, se ven condenados en esta vida a ser prácticamente esclavos suyos. El montaje es prodigioso, y Benarés es la piedra angular del edificio. El hinduismo es rico en todo tipo de simbolismos y martingalas, pero ha hecho de Benarés su espacio sagrado o *tirtha* más importante. Este es el lugar en el que horadó el cosmos en el momento inicial de la creación el *linga* de fuego *(jyotirlinga)* de Shiva, o mejor el *linga* de fuego que es Shiva; el *linga* o falo, emblema de su capacidad generadora. Este es pues el *axis mundi*, el lugar central sagrado del cosmos. Nuestros ojos evidentemente no ven esto, pero lo estremecedor del caso es que nada del comportamiento de los hindúes se explica sin el hilo rector de estas leyendas. Habíamos conocido ya muchos casos de alienación religiosa aquel día que visitamos

Linga

Benarés, habíamos visto casos muy perfectos de acumulación de símbolos sobre un espacio, entendíamos ya lo religioso como fuente habitual de exclusiones y conflictos, pero nunca habíamos visto nada como lo que nos esperaba en Benarés. Nada simbólicamente tan rico, ni tan perfectamente cristalizado en una ciudad, ni tan atentatorio contra la sana razón. Pero para captar todo esto, teníamos que acercarnos al río, santuario y corazón de Kashi.

EL GANGES

El *ghat* (muelle con escaleras) de Manikarniká es uno de los sitios donde se hacen cremaciones en Kashi. Esto requiere una explicación. Un campo de cremaciones (*shmashana*) es el sitio más impuro para un hindú, y habitualmente estos lugares se sitúan fuera de la ciudad. Sin embargo, la santidad de Kashi y el carácter de transmutador de valores de Shiva consiguen no sólo que se realicen cremaciones aquí dentro de la ciudad, y esta sea conocida como "el gran campo de cremaciones" *(Mahashmashana)*, sino incluso que los lugares de cremación sean considerados como lugares propicios, especialmente Manikarniká. Al anochecer emprendimos nuestro camino para visitar este *ghat*.

Llegar a Manikarniká por tierra no es sencillo, y requiere un largo paseo por los estrechos callejones de la vieja Kashi en los que pequeñas tiendas, templos minúsculos y viviendas nos muestran sus fachadas sombrías. También aquí hay bullicio, y no nos abandona la sensación de estar invadiendo algo viejo, muy viejo; alguna vida oscura y primordial que sólo habíamos intuido en los libros de historia. Los rostros grotescos de los dioses que vemos por todas partes, los impenetrables santones que nos miran extrañados con una mirada lejana, las orgullosas mujeres enfundadas en bellos *saris*, todo nos empuja hacia un pasado misterioso; así debía ser hace mucho; tal vez soñamos, tal vez recordamos. Avanzamos casi en la oscuridad, pisando con cuidado porque las vacas hacen su vida aquí también. Un leproso exhibe los muñones de sus dedos y pide una limosna. En un portal juegan dos niños; al vernos sonríen y nos alargan las manos. Nos atropella y adelanta un cortejo que conduce sobre angarillas de bambú un cadáver envuelto en un sudario de seda. Sin duda vamos en la dirección correcta.

Salir de la maraña de callejuelas y asomarse al gran río en Benarés siempre sorprende y fascina al que no está habituado a la ciudad, pero si es de noche, y lo hacemos en el *ghat* de Manikarniká el espectáculo es sobrecogedor. Varias piras arden en una plataforma junto a la orilla. Sus luces iluminan el río, las escalinatas, los edificios, los *shíkharas* de los templos con una luz fuliginosa y rojiza. Algunos cadáveres esperan envueltos en sudarios y sumergidos en parte en el agua del Ganges. En una pira que no arde aún, el primogénito del difunto, con el cráneo afeitado, trata de que prendan unas ramas en las que brilla el fuego sagrado, traído del templo donde se custodia. Mientras tanto un *dom** rocía el montón de leña con algún líquido inflamable, y otro esparce sobre el cadáver virutas de sándalo. En las piras que arden ya, los cuerpos se recortan negros y anaranjados. En una, un intocable devuelve con un palo a la hoguera un brazo carbonizado que quería escapar de ella. En otra la esfera sombría de una cabeza revienta con un crujido y la masa encefálica en ebullición se derrama sobre el fuego. Es lo que suele ocurrir si antes no se golpea el cráneo fuertemente con una caña de bambú, en un ritual (*kapalakriya*) que teóricamente tiene por fin dejar en libertad el alma del difunto. A la puerta de un templo, varios santones contemplan el espectáculo impasibles fumando *ganja***. Nos permiten verlo todo desde una plataforma, pero no fotografiarlo. No necesito hacerlo para no olvidar nunca el juego de la piedra, el aire, el fuego y el agua, el oscuro resplandor, el terrible baile de los vivos y los muertos.

Shira y Párvati

En el mismo *ghat*, cogemos una barca que nos transporta río arriba. Reman un muchacho y un anciano que podría ser su abuelo. Trabajosamente,

* Intocables que tienen a su cargo el desarrollo de las incineraciones.
** Marihuana.

el ritmo rápido de los remos hace que el *ghat* con su luz fantasmal y su bullicio se pierda misterioso en la noche. En poco tiempo el único sonido es el de los remos cayendo pesadamente en el agua.

Una visita turística que se precie incluirá también un paseo en barca por el Ganges al amanecer. De noche todavía, el camino hacia el embarcadero nos muestra algo que ignorábamos. Muchas personas duermen en la calle en Kashi. Esta ciudad sagrada es también un lugar de peregrinación, y un lugar donde la gente viene a morir, porque morir en ella significa conseguir el *moksha*, es decir, la liberación, escapar al ciclo de reencarnaciones. Que no haya sitio para tanta gente no importa; morir en la calle en Benarés es un privilegio.

Nuestro punto de embarque fue el *ghat* de Dashashvamedha, donde Brahma sacrificó diez caballos. Una tradición asegura que cualquiera que se bañe en este *ghat* adquiere los méritos de aquella ceremonia. Llegamos cuando las primeras luces del alba iluminaban el horizonte al otro lado del ancho río, en la orilla deshabitada. El muelle ya estaba atestado a esa hora (apenas eran las cinco de la madrugada), y una multitud abigarrada competía por vendernos ofrendas para colocar sobre las aguas del río sagrado, flores en cuyo centro se enciende una pequeña bujía. Un hombre me extendió su mano; se la estreché sorprendido, entre amistoso y desconfiado; entonces comenzó un hábil masaje de mis dedos, que siguió por mis brazos y piernas; todas mis articulaciones crujían, y a mis risas y protestas el hombre replicaba con comentarios incomprensibles. Al poco rato, comenzamos a navegar río arriba, trabajosamente porque el río bajaba con fuerza, pero los remeros conocían su oficio, y rápidamente los *ghats* se sucedieron con su geometría de palacios,

templos y escalinatas que bajan hasta el agua. Atrás quedaban oscilantes las minúsculas luces de nuestras ofrendas a Ganga *(el que va),* el viejo dios fluvial, las aguas primeras que descendieron a la tierra enredadas en el cabello de Shiva.

Es normal que en este momento del amanecer, la aurora y la salida del sol ofrezcan un espectáculo inolvidable. La aurora comienza lentamente a iluminar la prodigiosa fachada de la ciudad que mira casi exactamente al este, pero el momento sublime se produce cuando el sol aparece llenando el río de destellos, y deslumbrando en las banderas y medias lunas doradas que rematan los templos de Shiva. Es este el momento de derramar lentamente en ofrecimiento al sol que nace el agua contenida en una pequeña vasija. Se diría que por unos instantes todo el prodigioso anfiteatro de la ciudad reluce y vibra como un viviente templo de Surya, el viejo dios solar de los Vedas. En la época del monzón, sin embargo, no es raro que las nubes estropeen el espectáculo, y eso fue lo que nos ocurrió a nosotros. Además, los observadores de la maravilla no podíamos dejar de interferir en ella. Turistas en barcas e hindúes en los *ghats* éramos la fauna del río en aquel momento. Cada grupo, un espectáculo pintoresco para el otro. Nosotros, armados de todo tipo de cámaras, tratábamos de no perdernos nada desde las barcas. Los hindúes, impasibles, se bañaban o se lavaban la ropa. Sólo en el Raja Ghat vimos una ceremonia elaborada de saludo al sol con la exposición de una lámpara ritual con fuego sagrado y el sonido acompasado de tambores y una campanilla. No lejos de allí nos sobrecogió la imagen terrible de un cadáver enredado en las cuerdas de unas barcas junto a la orilla. Aunque ya hay hornos crematorios en el *ghat* de Harishchandra, que incineran un cuerpo por un precio módico, no es raro ver un cadáver flotando en las aguas del Ganges. La acumulación de trabajo en las piras una noche de lluvia, el cadáver de un indigente encontrado en las calles, o un suicidio ritual son algunas explicaciones posibles de la terrible realidad que vimos.

EL TEMPLO DORADO

No lejos de Manikarniká está uno de los templos más importantes de Shiva en Kashi, el templo de Shiva Vishvanatha *(Shiva como Señor del Universo)*, también llamado templo dorado por el revestimiento de oro que recubre

uno de sus *shíkharas*, y que fue costeado por el maharaja de Lahore en 1839. De los innumerables *lingas* que se veneran en este templo, uno de ellos es el que se puede considerar el más importante de Kashi. Se trata de un *svayambhu linga*, es decir, un *linga* que no fue emplazado por manos humanas, sino que surgió milagrosamente de la tierra como una hierofanía de Shiva. Al lado del templo se encuentra el *jnana vapi*, pozo de la sabiduría, excavado por el mismo Shiva para enfriar el *linga* de Vishvanatha. El agua de este pozo se considera agua pura, una forma líquida de sabiduría anterior al momento en que las aguas descendieron a la tierra. En la actualidad el pozo se encuentra encerrado en un pabellón rodeado de columnas, y está tapado por una verja metálica para evitar los suicidios que parece ser que eran frecuentes. El acceso al templo está prohibido a los no hindúes, pero recuerdo la extraña animación que se observaba en las estrechas callejuelas que lo rodean. En numerosos tenderetes se vendían libros religiosos, rosarios de madera de sándalo y guirnaldas de flores. No lejos de allí, un destacamento del ejército vigilaba la zona. La razón la comprendimos en seguida. El actual templo de Vishvanatha fue construido en realidad a finales del siglo XVIII, y emplazamientos anteriores del templo fueron destruidos por los musulmanes para edificar mezquitas sobre ellos. Así, la gran mezquita de Aurangzeb, que levanta su cúpula y sus minaretes orgullosos a pocos metros de allí conserva uno de los muros de un viejo templo hindú del siglo XVI. No quisimos dejar de ver esta vieja pared que tan fielmente refleja los vaivenes de la historia. El contraste entre la filigrana de la vieja piedra labrada y la simple capa de estuco blanco de la mezquita nos hubiera parecido sólo un efecto chocante, si hubiéramos podido dejar de pensar en la pesada carga de sufrimiento y muerte que han traído siempre a la humanidad estas disputas entre fanáticos. La presencia del ejército quedaba perfectamente justificada porque la zona ha sido y es uno de los puntos calientes del país, continuo foco de tensiones entre las dos comunidades. Recordé entonces a Kabir, que viviendo en Benarés en la época de dominio musulmán fue capaz de rechazar por igual las insensateces de unos y de otros, desdeñoso siempre con la religión organizada. Sin embargo, ¡qué poco hemos avanzado en quinientos años!

Aunque el acceso al interior del templo también está prohibido a los no hindúes, el templo de Durga, al sur de Benarés es otro de los monumentos de la ciudad que no se puede dejar de visitar. El intenso color rojo de que está pintado todo el edificio nos recuerda que nos encontramos ante la diosa que simboliza el aspecto fiero y guerrero de la consorte de Shiva. La construcción actual es del siglo XVIII, pero la veneración de Durga en esta zona es muy vieja, y data de la época en que Kashi era aún Anandavana *(el bosque de felicidad),* otro de los nombres de Kashi, un idílico paisaje de bosques y lagos. Algunos de estos lagos todavía existen convertidos en estanques, como el que vimos al lado del templo. Durga, la que empuña armas con sus múltiples brazos y cabalga a un león, es venerada aquí en la imagen de una máscara de plata de la que cuelga un paño rojo con adornos de oro. Es un templo extraordinariamente concurrido, y cuando nosotros lo visitamos una música atronadora cantaba himnos a la diosa. El repique de las campanillas que se hacen sonar después de cada ofrenda se sumaba constantemente al estruendo de la música. Lo que veíamos no tenía nada que ver con el silencio y recogimiento a que estamos acostumbrados en los templos de occidente. Las ofrendas de los fieles que venían al *dárshana (visión)* de Durga parecían las habituales, flores, comida, agua del Ganges, pero en el patio frontal vimos una estaca con forma de Y, que según nos explicaron, se usa para sujetar los cuellos de las cabras que se sacrifican en las grandes ceremonias rituales.

Al volver al hotel para comer, me pasó una historia curiosa. Es sólo una anécdota, pero me parece que revela algo acerca de cómo educan los hindúes a la gente. Me acerqué un momento a una de las tiendas del *hall*, donde había echado el ojo a unas preciosas figuras de jade. Mientras el dependiente las

sacaba de la vitrina, hubo un momento en que me rozó sin querer en un brazo. Era algo absolutamente sin importancia, pero vi que su rostro se descomponía completamente, y que hacía una reverencia instintiva de sumisión y súplica de perdón. Aquello no tenía nada que ver con las disculpas que se piden en una relación entre iguales. Fue sólo un segundo, pero este acto reflejo descubrió para mí todo un mundo de tabúes.

EL BUDA EN EL PARQUE DE LOS CIERVOS

No sólo para los hindúes es sagrada Benarés, Sarnath, tan sólo diez kilómetros al norte, es uno de los lugares más venerados por los budistas, ya que tras recibir la iluminación en Bodhgaya, unos doscientos kilómetros al este, fue aquí donde el Buda vino en busca de sus antiguos compañeros de ascesis y expuso por primera vez su doctrina. En el lugar conocido como Parque de los Ciervos en Sarnath se puso en movimiento la rueda del *dharma*. En los tiempos de esplendor del budismo en la India, había aquí monasterios e importantes monumentos, como la columna de Ashoka, de veinte metros de altura y culminada por un hermoso capitel, y numerosos *stupas*. Con el declive del budismo y las invasiones árabes, Sarnath quedó prácticamente abandonado. Recientemente se ha comenzado a excavar sistemáticamente el lugar y hay un excelente museo que recoge los hallazgos más importantes de las excavaciones.

Visitamos en primer lugar el museo y nos deleitamos viendo imágenes vivas de la historia del budismo en la India. El capitel de Ashoka, por ejemplo, del siglo III a. de C., es maravilloso y está perfectamente conservado. Remataba la columna que citábamos antes, y representa cuatro leones que simulan rugir hacia los cuatro puntos cardinales. Su voz es *shakyasimha*, el rugido de león del *dharma*. Debajo aparecen un elefante, un caballo, un toro y un león, animales ligados al Buda, separados por representaciones de la rueda del *dharma* (la que se encuentra también en la bandera de la India). La imagen del museo que más nos conmovió fue la del llamado Buda de Sarnath. Es un relieve en arenisca que representa al Buda en postura de meditación con los ojos cerrados y sonriendo ligeramente, mientras que sus manos se entrelazan para dibujar la *mudra* o gesto ritual que simboliza la exposición de su doctrina. Un

par de círculos concéntricos en el fondo parecen irradiar de la cabeza del Buda y centran en ella todo el interés del espectador. La imagen expresa de forma perfecta la esencia trascendente del budismo. Los planos inferiores, geométricamente complicados, que representan el cuerpo del hombre, convergen hacia arriba en la asombrosa serenidad de la sonrisa radiante. No se podía expresar de forma más transparente que el Buda nos ofrece un sólido camino hacia la paz interior y la compasión por todos los seres.

A última hora de la tarde visitamos las excavaciones bajo nubes sombrías que amenazaban lluvia. La base de la columna de Ashoka y las ruinas que trabajosamente van apareciendo nos hablan de una época en la que en Sarnath florecía el budismo. ¿Qué pasó después? Esta pregunta está lejos de poder ser resuelta. Cuando el Buda empezó a predicar, los brahmanes controlaban férreamente las riendas de la sociedad india. El triunfo del budismo se debió a su capacidad para sumar voluntades en torno a una doctrina que seducía a la razón y dibujaba claramente el programa de una sociedad más justa y más libre, y esto fue así hasta el punto de que muchos de los primeros conversos fueron brahmanes. ¿Qué produjo un nuevo cambio de la situación? Hay dos teorías extremas, la que habla de persecuciones y un golpe de gracia por las invasiones musulmanas del siglo XII, y la que habla de la asimilación del budismo por un brahmanismo floreciente. Las dos tienen argumentos. Los que defienden la primera acumulan datos históricos verídicos pero que no lo explican todo. Los partidarios de la segunda dicen por ejemplo que la aceptación por el budismo de la doctrina de la reencarnación fue un error, ya que es incompatible con la base misma de la sicología budista, la teoría de los agregados. Evidentemente, los brahmanes no dejaron de sacar provecho a esta incoherencia. La deificación de la persona del Buda fue otro error trágico. Se le cargó con tal cantidad de poderes maravillosos que los brahmanes sólo tuvieron que aceptarlo como una nueva reencarnación de Vishnu para que todo encajara en su maravilloso edificio.

El gran *stupa* Dhamekh domina todo el conjunto arqueológico de Sarnath con su mole. Su fábrica actual es del siglo VI, pero la tradición dice que está edificado sobre monumentos de menor tamaño que marcaban el lugar exacto del primer sermón del Buda en el Parque de los Ciervos. Tal vez el *stupa* nos indique realmente lo esencial de toda esta triste historia. En el mismo lugar señalado por él, hace ya dos mil quinientos años, un hombre se sentó a conver-

sar con sus amigos una tarde que bien pudo ser turbia y amenazante como la que nosotros pasamos allí, pues se dice que todo esto ocurrió al comienzo del monzón. No serían muy distintas las nubes que se perfilaban en el horizonte, ni los árboles, ni la hierba que el viento acariciaba dulcemente. Aquel que habló a sus amigos no era un dios, ni tenía poderes extraordinarios. En ello reside todo su mérito. Era un hombre simplemente, un príncipe indio que había renunciado a todo para convertirse en un santón mendicante, y que había buscado desesperadamente la verdad y el sentido de la existencia. Tal vez lo único en definitiva importante de toda esta triste historia es que en el mismo lugar que aún señala el *stupa*, un hombre sonriente comunicó a sus amigos un descubrimiento cuya profundidad todavía nos fascina.

Stupa Dhamekh

La India más musulmana: Lucknow, Agra, Delhi

Lucknow es la capital del estado de Uttar Pradesh y en nuestro viaje visitarla supuso entrar en la zona de la India con fuerte influencia musulmana. La ciudad nos sorprendió con sus amplias avenidas y su aspecto limpio y mucho más cuidado que cualquier ciudad de las que llevábamos vistas. En siglos pasados, en esta zona había también gobernantes todopoderosos equivalentes a los *maharajas,* sólo que aquí eran musulmanes y se les denominaba *nawabs*. En Lucknow hubo una dinastía muy importante de estos en los siglos XVIII y XIX, a cuyo patrocinio se debe la construcción de los suntuosos *Imambaras* y mezquitas de la ciudad. El edificio más espectacular de Lucknow es el Bara Imambara o gran Imambara (el *Imambara* es la tumba de un santo musulmán), un monumento chiíta consistente en un gran edificio rectangular al que se accede por tres grandes arcos, y que alberga una espaciosa sala abovedada (una de las mayores del

Torre del Reloj

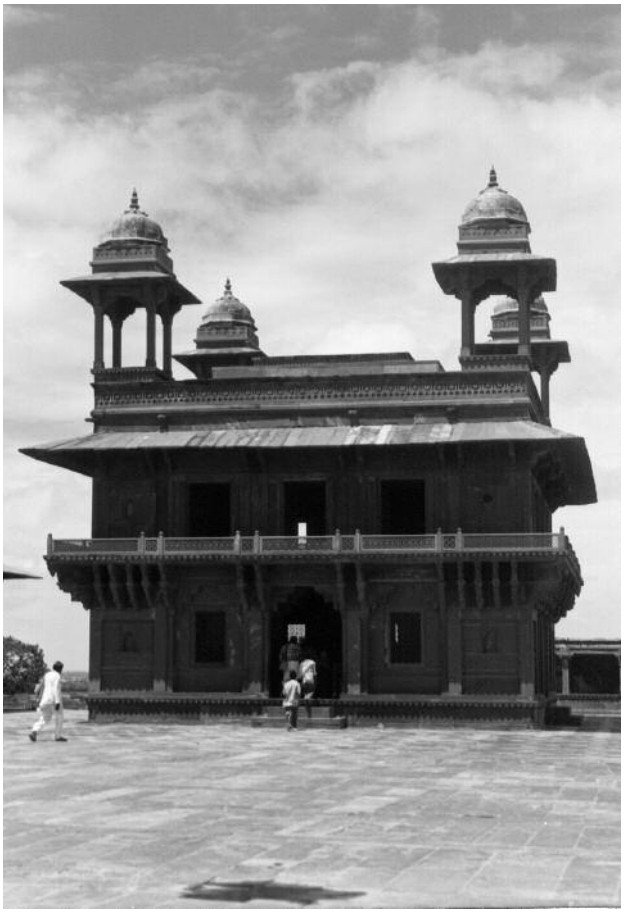
La Martiniere

mundo, según dicen). En la puerta del Imambara había grupos de hombres sentados descansando y hablando animadamente. Me sorprendió que uno de ellos que estaba escribiendo lo hacía en caracteres árabes. Hablan el mismo idioma pero lo escriben así, igual que ocurre en Pakistán.

Aparte de algunos otros Imambaras y varias mezquitas, en Lucknow suelen enseñar a los turistas la torre del Reloj, que es una esbelta y hermosa obra de ladrillo edificada a finales del siglo pasado. También enseñan las ruinas de la residencia donde los ingleses resistieron la revuelta de 1857, y la Martiniere, un suntuoso palacio de finales del XVIII con una curiosa mezcla de estilos arquitectónicos en el que el general Claude Martin invirtió todos sus ahorros, y que después de su muerte fue convertido en escuela.

Lucknow es una ciudad mayoritariamente musulmana, y los naturales le explican a uno sonrientes que uno de los platos esenciales de su gastronomía es un guiso de carne de ternera. También es famosa Lucknow porque a la Martiniere mandaron a estudiar a Kim, "el amigo de todo el mundo", el inolvidable personaje de Kipling.

Cerca de Agra se encuentra Fatehpur Sikri, una hermosa ciudad de arenisca roja que fue construida por el emperador mogol Akbar para ser capital de su imperio. Hay una historia curiosa sobre la fundación de la ciudad. Parece ser que Akbar no conseguía tener descendencia masculina y andaba el hombre muy preocupado. Fue entonces en peregrinación a la colina de Sikri para ver a un santón musulmán llamado Salim Chisti, y este le predijo el nacimiento de un hijo. Así vino al mundo el que sería con el tiempo el emperador Jehangir. Akbar entonces, fascinado por lo auspicioso del lugar, edificó una magnífica ciudad en Sikri y trasladó allí su capital en 1570. Sin embargo, en 1586 y parece ser que debido a problemas con el suministro de agua, el emperador y toda la corte abandonaron la ciudad repentinamente. Fatehpur significa Ciudad de la Victoria, y fue añadido por Akbar al nombre de Sikri tras una importante victoria conseguida en 1573. La ciudad conserva casi intactos muchos de sus espléndidos palacios, aunque lo más impresionante es tal vez la gran mezquita con sus enormes pórticos y un mausoleo en el interior con la tumba de Salim Chisti, que es un importante lugar de pere-



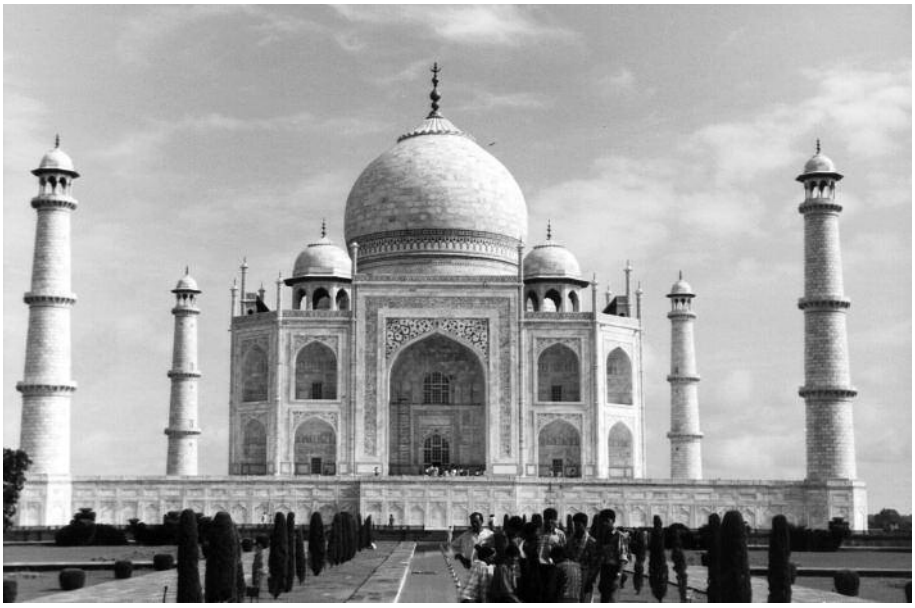
Fathepur Sikri

grinación. El mausoleo es una obra de mármol admirable, y sus celosías delicadísimas están cubiertas de hilos y cintas anudadas que simbolizan otras tantas esperanzas confiadas a la memoria del santo varón.

Agra fue capital de la India en la época de los emperadores mogoles, y hoy día es una gran ciudad en torno al millón de habitantes, con importante población tanto hindú como musulmana. Aparte del Taj Mahal tiene otros monumentos de los mogoles como mezquitas, tumbas y palacios, aunque todos palidecen al lado de la maravilla de las maravillas.

¿Qué hace del Taj Mahal el edificio más bello del mundo? Ardua cuestión es esta sin duda, pero trataremos de desbrozarla un poco. Empecemos con algunos aspectos que en sí no justifican el hecho, pero que contribuyen a hacerlo posible. Por ejemplo, el mármol blanco del que está revestido todo el edificio es una roca bellísima. Su blanco es perfecto a pleno día, y a otras horas refleja delicadamente las variaciones de la luz ambiental. Una noche de luna llena, el Taj tiene un resplandor irreal. Al atardecer, los tonos del ocaso se reflejan en los muros y la cúpula, y dan un aura al edificio como de piadosa inmolación, un rosado de hoguera pálida o de piel encendida. Otro aspecto, la decoración que cubre el edificio es soberbia, y consiste en la incrustación por doquier de piedras semipreciosas que dibujan motivos geométricos a todas las escalas. Más, el edificio se eleva a la orilla del Yamuna, rodeado de jardines

Fuerte Rojo (Agra)



con estanques que lo reflejan delicadamente en sus aguas. ¿Qué se ha hecho con todo eso? Pues con esos elementos, se ha elevado un edificio que es un prodigio de elegancia, de serena quietud, de enamorado dolor también. Mumtaz Mahal, esposa del emperador Shah Jahán, fallece al dar a luz a su decimocuarto hijo en 1631. En su lecho de muerte pide a su marido que no la olvide. Shah Jahán le promete que ni él ni el mundo la olvidarán nunca porque construirá para ella un mausoleo que será siempre admirado, un edificio que expresará todo el amor y todo el dolor que hay en su corazón en ese momento.

En la parte inferior, grandes arcos custodian los accesos al edificio. Es un nivel con una dimensión horizontal dominante, que contrasta con el impulso vertical de los minaretes que hay al lado. Sobre este nivel se sitúan cuatro pequeños *chatris** que enmarcan la gran cúpula central. Toda la complejidad de la parte inferior con sus arcos, sus dos subniveles superpuestos y el juego de líneas horizontales y verticales, da paso en la parte superior al puro impulso ascendente que provoca la gran cúpula. La complejidad del mundo es trascendida en una forma perfecta y simple que simboliza el impulso hacia la unidad.

* Los *chatris* son templetes con una cúpula sostenida por columnas y cumplen una amplia variedad de funciones decorativas en los edificios mogoles.

En 1658 Shah Jahán fue derrocado por su hijo Aurangzeb y recluido en el Fuerte de Agra, también a orillas del Yamuna y un par de kilómetros al oeste del Taj Mahal. Los últimos años de la vida de Shah Jahán transcurrieron con-

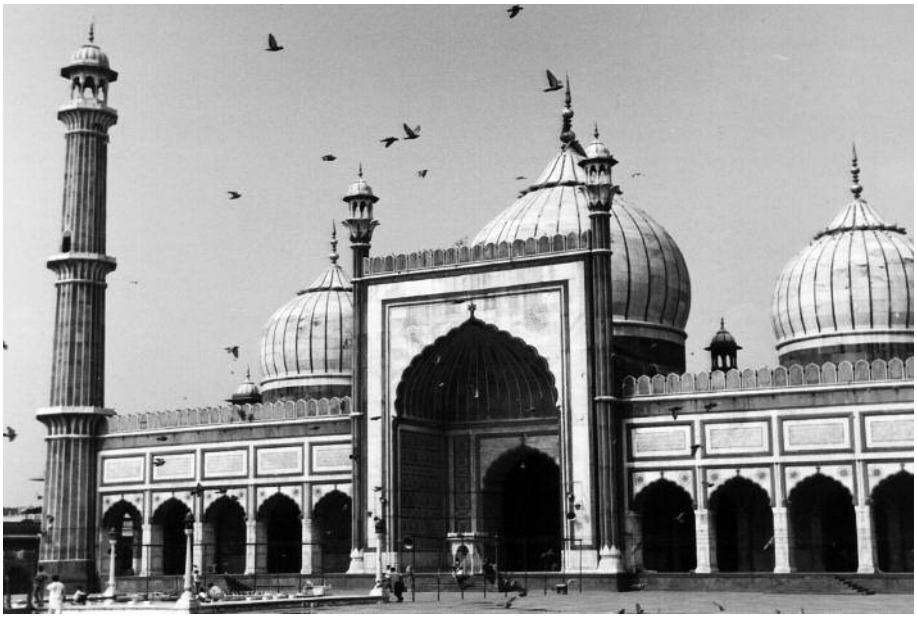
templando con tristeza el deslizarse de la lenta corriente del gran río, y contemplando también el Taj Mahal, su último beso enamorado sobre el cuerpo de la mujer que amó.

DELHI

Delhi, también a orillas del Yamuna, es una ciudad importante desde la más remota antigüedad. Las piedras y los libros hablan de ocho fundaciones sucesivas de ciudades en el área de lo que hoy es la gran Delhi. De todas estas fundaciones, los restos más notables que nos han llegado son los de la séptima fundación en el siglo XVII, debida a Shah Jahán, que levantó algunos de los más importantes monumentos de la vieja Delhi, como el Fuerte Rojo y la gran mezquita. La octava fundación la realizaron los ingleses a principios de este siglo, y corresponde a la nueva Delhi, de la que hablaremos luego. Antes de la partición, Delhi era una ciudad con predominio de población musulmana, pero la llegada después de muchos hindúes procedentes del Panjab, hizo que hoy día sea una ciudad con predominio hindú.

El Fuerte Rojo de Delhi es una imponente construcción de arenisca que alberga palacios, pabellones, jardines y una mezquita, construidos todos con el esplendor de los emperadores mogoles, y esto a pesar de que sólo Aurangzeb gobernó desde aquí. La puerta de Lahore, que es el principal acceso al fuerte, es un lugar emblemático de la independencia de la India, ya que era el edificio que simbolizaba el poder inglés. En las proclamas se solía hablar de poner la bandera de la India en la puerta de Lahore del Fuerte Rojo. Desde aquí se dirigía Nehru a las multitudes después de la independencia, y todavía todos los años el primer ministro hace un discurso desde este lugar.

La segunda gran construcción de Shah Jahán en Delhi es también un edificio emblemático del Islam, porque supone uno de los ejemplos más logrados de mezquita de patio. Me estoy refiriendo a la Jami Masjid o gran mezquita de Delhi, la mayor de la India. Una amplia explanada con capacidad para veinticinco mil personas y pavimentada con losas de arenisca roja ocupa la parte central del conjunto y es el espacio principal de la mezquita. Este patio alberga un estanque central para las abluciones y está rodeado por galerías, también de arenisca roja, que quedan interrumpidas por los grandes pórticos de acceso. En la parte occidental del patio, el pabellón que alberga la *kibla* y el *mihrab* domina el conjunto flanqueado por dos minaretes. Este edificio, construido en



Gran Mezquita (Delhi)

arenisca roja y mármol blanco, utiliza en su estructura elementos que ya habíamos visto en el Taj Mahal, como los arcos que recorren toda la fachada presididos por un monumental arco central, y tres hermosas cúpulas.

Tras haber visto las mezquitas turcas de cúpula, basadas en el modelo de Santa Sofía, y la gran mezquita de Damasco, inspirada también en modelos romanos y bizantinos, las mezquitas de patio nos permitieron conocer un nuevo tipo de mezquita, sobria y perfectamente adaptada también al espíritu del Islam. Los fieles se congregan en una amplia explanada descubierta y en un plano de absoluta igualdad frente a un edificio porticado que señala la dirección de la Meca. Bajo grandiosas cúpulas, entre un bosque de columnas o en un extenso patio, la reunión de los fieles y su oración comunitaria expresan igualmente bien su sumisión a la voluntad insondable del que es clemente y misericordioso, el señor de los mundos.

Nueva Delhi es una construcción inglesa, una elegante ciudad de grandes avenidas ajardinadas que se extienden al sur de la vieja Delhi. El centro comercial se sitúa en torno a Connaught Place, una amplia zona de aspecto flamante y cosmopolita con un diseño de amplias calles concéntricas y radiales alrededor de un parque central. Aquí están los Bancos, las oficinas de las grandes empresas, las mejores tiendas y restaurantes, y todo el barullo de la gran urbe. Al sur todavía de esta zona, en una gran extensión comunicada por grandes avenidas, hay una de ellas con un aspecto único. Es esta la llamada Raj Path, de tres kilómetros de longitud, y que corre en dirección este-oeste. En el extremo oriental del Raj Path está la Puerta de la India, un gran arco de triunfo donde están inscritos los nombres de los noventa mil soldados indios que murieron en la primera guerra mundial. En el otro extremo del Raj Path, el occidental, se encuentran los imponentes edificios de los ministerios y el Rashtrapati Bhavan, la que antes era la casa del virrey y ahora es la residencia oficial del presidente de la República India. La larga avenida, completamente rodeada de jardines, el colosal arco y los edificios solemnes y majestuosos del otro extremo forman un conjunto único en el mundo.

Paseando por Nueva Delhi, recorriendo sus magníficas avenidas y sus agradables calles comerciales, a nosotros, que veníamos de Bombay y Benarés, nos entraba la duda de si estábamos en el mismo país o algo raro había pasado. La evidencia de esta heterogeneidad, de esta complejidad terrible fue la última impresión que nos regaló la India.

Nos quedaban muy pocas horas en el país en el que durante quince días habíamos soñado estar. Sorprendentemente nos veíamos ya casi acostumbrados a las especias excesivas, a la variedad e intensidad de los olores, a la vistosidad de los *saris*, a los niños que cuidan a otros niños y nos piden sonrientes un *school pen*. Un mundo extraño de aceras impecables y fachadas resplandecientes nos reclamaba muy lejos. El sueño tocaba a su fin y, como siempre, hacíamos planes para nuevos viajes. "Nos queda el sur", decía Mario. "Y el noroeste", decía Concha. Y discutíamos sobre este universo asombroso que es la India. Un gran marcador, en algún sitio de la ciudad, indicaba la población del país, que estaba entonces a punto de alcanzar los mil millones de personas. Mirando fijamente el cartel se veía el ritmo imparable con el que nuevos seres humanos iban siendo incorporados a ese gran caos que es la India. Aproximadamente, uno cada segundo. Un enorme país que tiene recursos y un capital humano formidable no es capaz de salir adelante porque la superpoblación lo ahoga. La dominación británica fue funesta y la partición fue otro desastre no menor, pero después de todo eso había posibilidades reales de salir adelante. Lo cierto es que esa posibilidad halagüeña se enfrenta con un obstáculo poderoso llamado religión. La triste realidad es que mientras la vida de la mayor parte de los indios esté gobernada por ritos y prejuicios cuyo origen se pierde

en la noche de los tiempos, sus posibilidades reales de conseguir alimento, educación, trabajo y vivienda digna para todos, estarán muy mermadas.

Volvimos a Connaught Place a hacer las últimas compras. Buscamos música y alguna película de esas con muchos líos y una boda al final para recordar lo que veíamos por la televisión en los hoteles. Y nos tuvimos que dar prisa porque nos quedaban todavía bastantes regalos por comprar. Sin remedio posible, decíamos adiós a la India.

Nepal y Tíbet

DÍAS ANTES

Leo bastante estos días preparando el viaje, y revolviendo entre viejos libros comprados hace muchos años me maravillo del montaje que se está haciendo en occidente con el tema del orientalismo. Al final puede uno acabar dudando si hay algo en el fondo de todo eso que merezca realmente la pena. Sin embargo, acabo descubriendo un viejo libro que disuelve todas las dudas. Tengo ante mí la versión de Max Müller de la *Brihadaraniaka Upanishad*, escrita con toda probabilidad en el siglo VII a. de C. Leo algunos fragmentos:

> "El que mora dentro de todos los seres, pero que ellos no conocen, el que gobierna en su interior, él es tu ser que gobierna en tu interior, el inmortal.
>
> Allí sin conocer, conoce, pues el verdadero conocimiento es imperecedero. Allí no hay segundo alguno, pues la persona está sumergida en lo que conoce."

Realmente las *Upanishads* contienen la formulación de la *Philosophia Perennis* más vieja que conocemos. Después, estas mismas nobles verdades se escribirían muchas más veces. El Buda, Platón, Lao-Tse, Ibn Al Arabí o Francisco de Asís, por escoger unos pocos nombres al azar, no hicieron nada más que redescubrir lo mismo y traducirlo a sus ámbitos culturales concretos.

No puede negarse que los hindúes fueron los primeros en escribirlo, y este destello sin duda contribuyó al surgir de muchos otros a partir de entonces. Hay que reconocerlo.

EL VIAJE

Nos alejamos con la liturgia multicolor de los aeropuertos: un guardia civil que convierte nuestra bolsa en un Kandinski con su máquina de rayos x, sombreros indescriptibles de las azafatas de *British Airways*, muchedumbres en albornoz en el aeropuerto de Karachi. Esta vez el viaje era especialmente

complicado. Teníamos una primera escala en Londres con tres horas de espera en el aeropuerto hasta el próximo embarque, y las cambiamos sobre la marcha por una excursión en metro hasta Picadilly. En la ida íbamos eufóricos, admirando los paisajes de la campiña inglesa que eran como una especie de propina inesperada del viaje. En Picadilly seguíamos encantados, nos confundimos entre el barullo y tomamos unas pintas. Todo hubiera sido perfecto si el metro no se hubiera estropeado a la vuelta, con lo que acabamos la excursión con una loca carrera en taxi hasta Paddington para coger el Heathrow Express. Tuvimos luego una escala en Dubái, en la que no entendíamos por qué todas las mujeres musulmanas que viajaban con nosotros a Karachi descendían del avión. Bajamos nosotros también, y descubrimos que aquel es uno de los sitios del mundo donde es posible comprar joyas de oro más baratas. En Dubái embarcaron con nosotros hacia Pakistán muchas personas que por sus rasgos físicos parecían del sur de la India. En Karachi les perdimos la pista, pero a cambio coincidimos en el aeropuerto con un avión de *hajis*, es decir, de peregrinos a la Meca. Llevaban todos para el evento una vestimenta blanca de algodón que no se diferenciaba en nada de un albornoz. Por fin, con un poco más de cultura mundana, aterrizamos en el aeropuerto de Katmandú.

NEPAL

Como siempre nos suele ocurrir, llegamos a Katmandú en pleno monzón, y lo primero que tuve que hacer fue comprarme un paraguas. Katmandú recuerda a la India en el barullo o en el aspecto de las gentes, pero hay detalles que nosotros nunca vimos allí. Las puertas y las ventanas de las casas, por ejemplo, mostraban por todas partes un espectacular trabajo en madera. Además, cuando nos acercamos a los grandes centros urbanos del valle de Katmandú, descubrimos que, además de los clásicos como China o Japón, Nepal es también un país de pagodas. Las que construyen los nepalíes son grandes edificios con varios tejados enormes superpuestos y un asombroso trabajo de la madera en puertas, ventanas, soportes de los techos. Son construcciones que habitualmente presentan planta cuadrada, y constituyen el mayor logro de la arquitectura de los *newares*, los primitivos habitantes del valle de Katmandú, que forman todavía un poco menos de la mitad de su población. Físicamente,

Bodhnath

los *newares* presentan unos rasgos tan variados que los especialistas no saben muy bien dónde situarlos. La *Encyclopaedia Britannica*, por ejemplo, los considera indoarios unas veces y otras mongoloides (cf. 18, 977 y 24, 772). La lengua que hablan tiene mucha mezcla también, pero se suele clasificar dentro del grupo tibetano-birmano. Esto nos da una idea de la complejidad de estas tierras, colgadas entre dos mundos. Los *newares* originalmente eran budistas, aunque ahora son predominantemente hindúes, como el resto del país. Son formidables artesanos y practican con igual habilidad la orfebrería que la pintura y la escultura en madera. Las plazas principales (aquí las llaman plazas Dúrbar) de las grandes aglomeraciones del valle como Bhaktapur, Patán o el propio Katmandú, están llenas de pagodas, palacios y templos, y son lugares privilegiados donde uno puede dejar pasar tranquilamente el tiempo rodeado de gentes encantadoras. Los arquitectos *newares* no sólo fueron geniales, además, a la hora de idear nuevos edificios, en estas plazas Dúrbar hay abundantes templos hindúes con típicos *shíkharas*, pero que incorporan también en su estructura elementos mogoles, como columnatas o *chatris*. El efecto final es magnífico. Esto es algo que nunca habíamos visto hacer en la India.

Bhaktapur

Los clásicos santuarios budistas del valle de Katmandú son Swa-

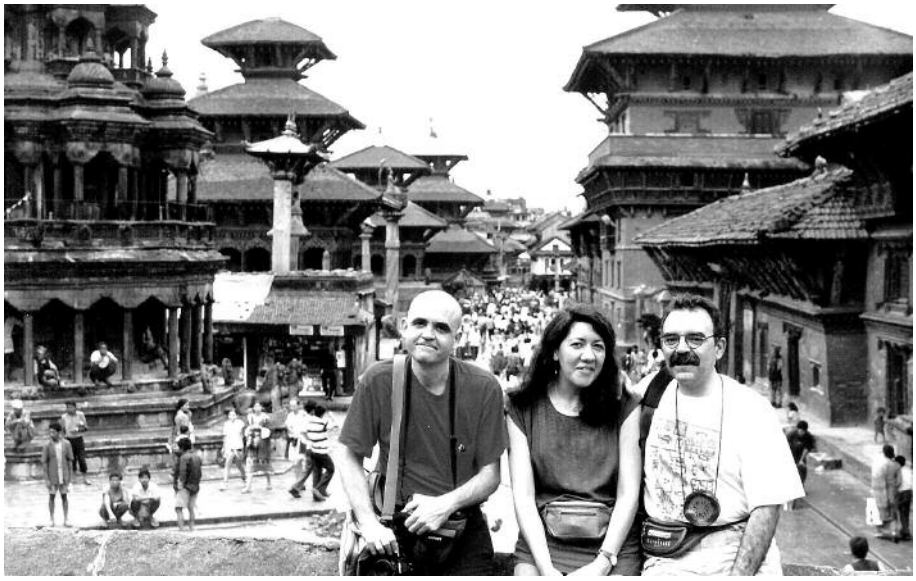
Pashupatinath

yambhunath y Bodhnath, donde encontramos casas, pagodas y símbolos budistas en torno a grandes *stupas* que los fieles veneran paseando ritualmente a su alrededor (siempre en el sentido de las agujas del reloj, para poder tocarlos con la mano que no hace cosas sucias). Los *stupas* están coronados por una serie de tejadillos de tamaño decreciente hacia arriba que van montados sobre un soporte cúbico en el que están dibujados los ojos del Buda. Estos ojos, mirando hacia los cuatro puntos cardinales, simbolizan su sabiduría y omnipresencia. De lo alto del *stupa* cuelgan en todas direcciones largas sartas de banderas de oración. Swayambhunath *(el protector siempre existente)* se eleva en lo alto de un monte y conserva el ambiente de un pueblo. Cuando nosotros lo visitamos, la alegre comitiva de una boda recorría todas las calles próximas al *stupa* con su charanga. Bodhnath *(el protector despierto)* nos pareció un lugar más cosmopolita, lleno de refugiados tibetanos que hacían el paseo ritual alrededor del monumento.

El gran centro hinduista del valle es Pashupatinath, que es una especie de Benarés en pequeño dedicado a Pashupati (Shiva en su aspecto de señor de todos los seres), un lugar fuera del tiempo, lleno de santuarios y pagodas, pero cuyo centro es como siempre el río, en este caso el Bágmati. Los niños se bañaban felices mientras en una orilla se realizaban cremaciones y en la otra nosotros lo mirábamos todo junto a una larga batería de templetes de Shiva

con grandes *lingas* negros, y estatuas de Nandi enfrente. La vida y la muerte se tejían y destejían misteriosamente en aquel paraje consagrado a Shiva entre los gritos de los niños, el resplandor de las piras y las aguas verdes que se deslizaban silenciosas.

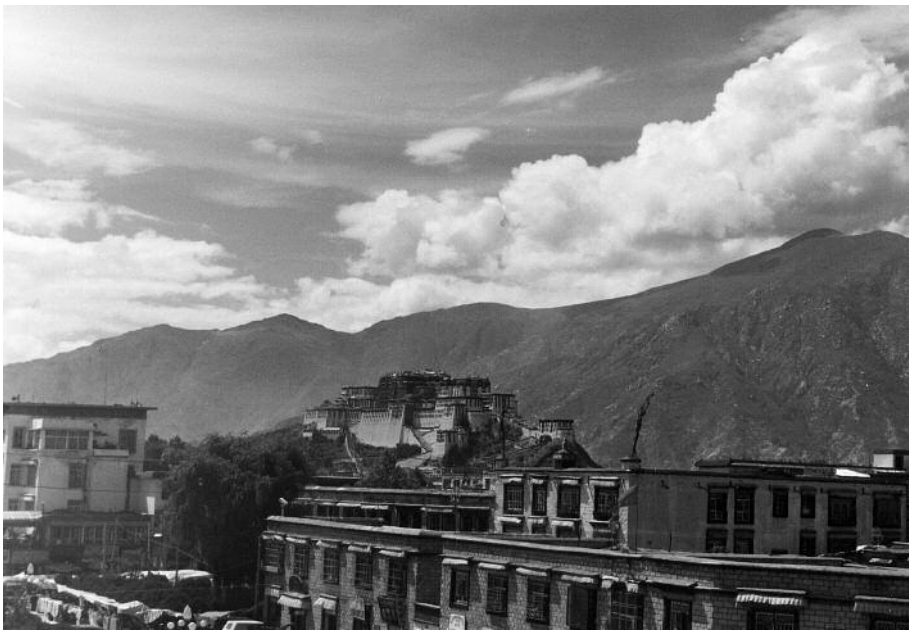
El paisaje del valle es fascinante, verdor tropical sobre un relieve joven de laderas angulosas. En las partes bajas con menor pendiente, hay muchas terrazas en las que se cultiva arroz. Para consolidar los bordes de los bancales, plantan siempre una hilera de matas de soja. Por primera vez vi curvarse en el horizonte ese árbol especial y hermoso que es el bambú. Los Himalayas estaban cubiertos de nubes, y tuvimos que conformarnos con las montañas próximas a Katmandú que los del país llaman despectivamente colinas. Por todas partes había anuncios de cerveza San Miguel.



En Patán

EL ATERRIZAJE

Al despegar el vuelo Katmandú-Lhasa, no perdemos detalle de las explicaciones que las azafatas chinas nos dan sobre la forma de utilizar correctamente los chalecos salvavidas, cosa extraordinariamente útil cuando uno se dispone a sobrevolar el Himalaya. Y otra vez la frustración de saber que pasamos junto a las montañas más altas del planeta y no ver casi nada. Del impo-



nente Everest, sólo atisbamos su cima, una minúscula pirámide de nieve que apenas asoma del mar de nubes. En seguida volamos sobre el Tíbet, y sorprendemos aquí y allá entre las nubes un paisaje de montañas áridas con las cimas nevadas, colgadas sobre valles amplios y fértiles.

Habiendo leído lo terrible que puede llegar a ser el "mal de altura", al bajar del avión me preocupaba si mi organismo se conformaría con el recorte que le iban a hacer en la dosis de oxígeno. De todas formas, al descender por la escalerilla era difícil dejar de sentirse eufórico; estábamos en un aeropuerto moderno, pero con un aspecto deliciosamente pueblerino (algo así como el aeropuerto de Asturias), soplaba una brisa fría, y el sol radiante iluminaba un horizonte prodigioso de montañas peladas. No se podía pedir más. Respiré hondo varias veces y no noté absolutamente nada anormal. Habíamos aterrizado sin novedad en el techo del mundo.

Tras las formalidades de la aduana, conocimos a nuestro guía, Yuja, menudo y sonriente, y a nuestro conductor, Wan De, que podría haber pasado por un luchador de *sumo* y suplía perfectamente su ignorancia del inglés con una simpatía y una vitalidad desbordantes. Debo dejar constancia aquí de que su pericia de conductor salvó nuestro viaje. Recibimos de ellos nuestro primer presente de bienvenida, la blanca bufanda ritual, que con el viruji que soplaba

nos pareció algo muy apropiado, e instalados por fin en nuestra impecable furgoneta protegida por fotos de diversos lamas, partimos hacia el este, en dirección a Zêtang, la primera ciudad de nuestro itinerario.

Circulábamos por una carretera bien asfaltada que seguía el amplio valle del mayor río del Tíbet, el Yarlung Tsangpo, que no lejos de allí dobla hacia el sur para dirigirse a la India y pasar a llamarse Brahmaputra *(el hijo de Brahma)*. Toda la llanura aluvial, con una anchura de varios kilómetros, estaba inundada, y el agua terrosa llegaba al lado de la carretera, al pie de las montañas. No podía dejar de pensar que la altura del fondo de aquel valle era más o menos la de la cima más alta que tenemos en la Península Ibérica. Atravesábamos un paisaje desierto, entre montañas ocres y desnudas con frecuentes dunas encaramadas por todas partes. La vida estaba en los valles: verdes campos de cebada y rebaños. El Tíbet se nos presentaba como un país con amplios valles muy fértiles, y apenas habitado. Nos sorprendió la prestancia de los pueblos tibetanos; las casas eran amplias construcciones rectangulares con las esquinas rematadas por torrecillas cuadradas que levantaban al cielo banderas de oraciones. Las paredes de las casas muchas veces estaban cubiertas de boñigas de yak puestas allí a secar, pues las usan como combustible (aquello no es Nepal, en el Tíbet un árbol es algo bastante raro). Las ventanas casi siempre mostraban molduras ricamente decoradas. En una cuneta de la carretera, una máquina limpiaba un argayo en un ritual que nos pareció demasiado moderno para el techo del mundo. Aparte de unos pocos camiones, por la carretera sólo circulaban coches todo terreno que Yuja nos explicó que eran coches alquilados por turistas, muchos de ellos chinos. En 1998 la población del Tibet aún no había accedido a la motorización.

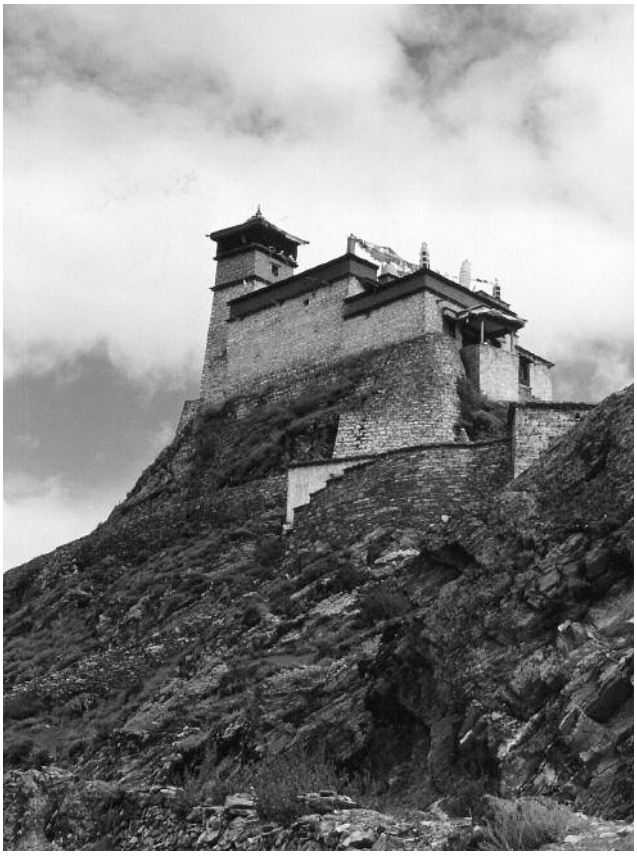
Después de comer en el hotel, un emporio chino que me recordó la experiencia de Rusia, con una encargada en cada planta custodiando las llaves de las habitaciones, salimos a callejear por la ciudad, lo que nos permitió tener una primera experiencia del medio urbano del Tíbet. No sé bien qué fue Zêtang en el pasado, pero nosotros nos encontramos con una insípida ciudad china. Calles rectas y amplias, limpias; pequeñas tiendas con rótulos en chino y tibetano; chinos y tibetanos; los chinos eran en general tenderos; los tibetanos parecían más bien campesinos. A veces nos costaba trabajo distinguirlos. Todos solían juntarse para reír al unísono frente a algunos escaparates que mostraban televisores encendidos a pleno volumen. Nuestros intentos de

comerciar fueron bastante inútiles, pues fuera de los hoteles nadie hablaba una palabra de inglés. Recién llegados del valle de Katmandú, la diferencia era abismal. El pueblo prefabricado con largas calles rectas, la imposibilidad de comunicarse con la gente, el entorno desértico. Otro mundo.

Cerca de Zêtang visitamos Yongbulagong, un hermoso edificio encaramado sobre una colina que fue palacio cuando la capital del Tíbet estaba aquí y ahora es un pequeño monasterio.

SAMYE

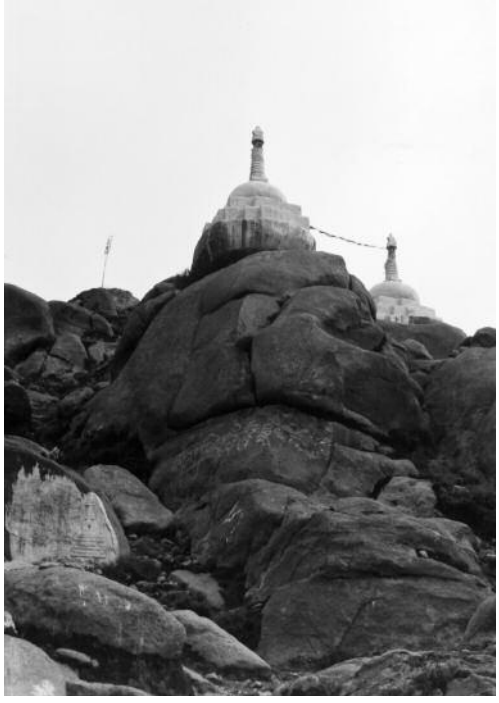
El monasterio de Samye pasa por ser el más antiguo del Tíbet, y se cuenta que fue construido por el mismo Padmasambhava, un maestro indio que contribuyó poderosamente a la expansión del budismo en el Tíbet en el siglo VIII. Aunque el edificio principal del monasterio se ve desde la carretera, llegar hasta él exige atravesar el Yarlung Tsangpo en una barcaza, y resistir un viaje de varios kilómetros en la caja de un camión por una pista bastante intransitable. Todo ello merece la pena. A diferencia de la orilla sur, donde afloran areniscas y pizarras, al norte del río la roca en la que están talladas las



Yongbulagong

montañas es granito. También aquí aparecen por todas partes mantos irregulares de arenas eólicas. En el camino hacia el monasterio, mientras resistíamos a duras penas las sacudidas del camión, pasamos al lado de varios *chörten* pequeñitos. *Chörten* es el nombre que dan en el Tíbet a los *stupas*.

Construido sobre los fértiles depósitos de la llanura del río, al pie de las montañas desnudas, Samye fue diseñado como una representación del universo, un gran mándala habitable. Una muralla recorre el perímetro circular del recinto sagrado y dentro de ella encontramos diversas construcciones que simbolizan el sol, la luna y los cuatro mundos, alrededor del templo principal, un edificio cuadrado de tres pisos que representa el centro del universo. Si en el Tíbet las simples casas de los pueblos son ya edificios soberbios, los recintos centrales de monasterios como este son obras de una solidez y una belleza incomparables. El piso inferior eleva sólidos muros pintados de blanco que le darían aspecto de fortaleza si no exhibiese una hilera de amplias ventanas. El piso superior está ceñido por un extenso corredor, y rematado por tejados superpuestos que resaltan el simbolismo central del edificio, todo ello con una soberbia decoración en tonos dorados. La monumental puerta da acceso a un patio rectangular que rodea el santuario central y alberga pórticos con largas hileras de molinillos de oraciones. Ya en el interior, la sala de reuniones de los monjes es un recinto alargado presidido por innumerables budas. Allí pasan los monjes muchas horas cada día cantando, meditando, comiendo. Cuando visitamos esta sala, altos ventanales filtraban la luz de la mañana que abajo en los largos bancos cubiertos de cojines era una penumbra difusa. Adivinábamos las hileras de cabezas rapadas, las interminables salmodias, el olor a té con manteca.



Chörten

Nos enseñaron una extraña copa; el recipiente era un cráneo humano cubierto de plata, el cráneo de Padmasambhava. Nuestra sensación era difícil de describir. Entre montañas desoladas, a la orilla del gran río que discurre a una altura impensable antes siquiera de tener el nombre por el que es habitualmente conocido, en un extraño santuario cuya forma misma se plantea como un símbolo del cosmos, en este marco de ensueño, nos mostraban unos despojos humanos del fundador del monasterio dispuestos para ser usados como recipiente ritual. Toda la magia del Tíbet estaba ante nosotros. Las viejas ideas budistas encarnaron aquí en una tierra extraordinaria por su aislamiento y su riqueza en tradiciones mágicas y rituales, y encontraron en ella el que es sin duda uno de sus rostros más abigarrados y complejos.

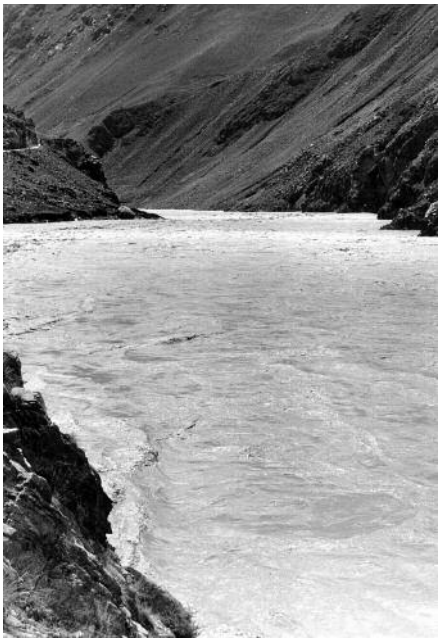
Samye

Cuando salimos del comedor, me habían dicho que llevara los restos de mi comida en una bolsa para dárselos a los niños que suele haber por allí. Le di mi bolsa a uno. Otro llegó entonces y su reacción "natural" fue intentar quitársela. Llegaron más y se formó un zafarrancho de manos sobre la bolsa que se resolvió en un momento en niños que escapaban con su exiguo botín. Uno se había quedado los panecillos y comenzaba a morderlos sin sacarlos de la bolsa transparente que los envolvía; otro llevaba orgulloso una manzana; un tercero rebuscaba en la caja de cartón que contenía la carne. Reconozco que debería haber abierto yo la bolsa y repartido todo equitativamente; mía fue la culpa, pero el comportamiento de los niños me sorprendió un poco. Recordé los versos del poeta: "Niños, niños, pequeñas bestezuelas adorables. ¿Qué haremos con ellos? ¿Qué harán ellos con el mundo?" No sé por qué, la escena me hizo acordarme del lama rector de este monasterio, cuya foto habíamos visto en la sala de reuniones de los monjes. Este santo hombre vive refugiado en Dharamsala, como muchos de los mejores cerebros del Tíbet. No quieren volver porque se resis-

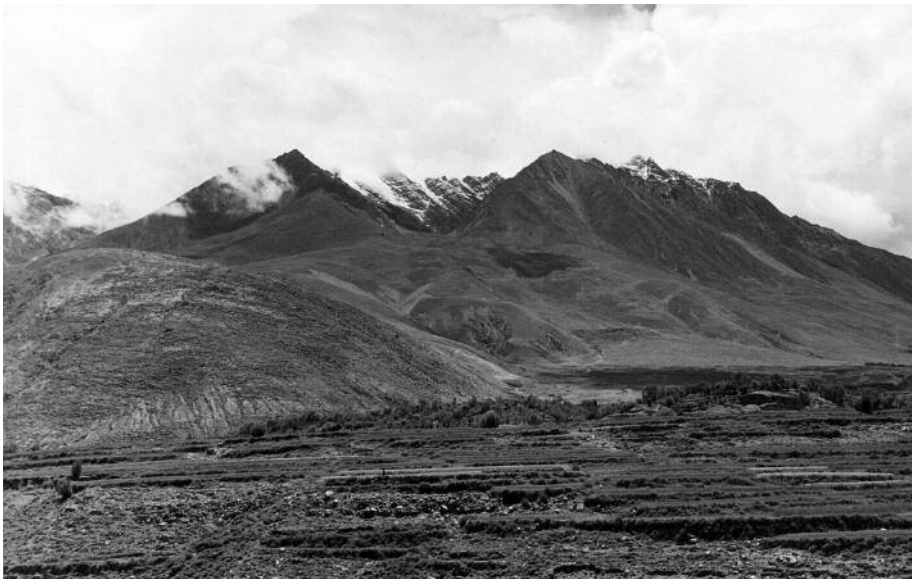
ten a que los chinos les organicen la vida; pero mientras tanto el país donde nacieron se moderniza y se convierte en una provincia de China. ¿Dónde pueden serle ellos más útiles? Arduo dilema.

GYANGZÊ

Aunque el camino para llegar a Gyangzê es una de las carreteras principales del país, tardamos trece horas en recorrer sus trescientos kilómetros. La culpa fue del monzón, que provocaba argayos, inundaba carreteras, se llevaba puentes... Sin embargo, los continuos altos nos sirvieron para saborear mejor el paisaje. Seguimos durante bastante tiempo el valle del Yarlung Tsangpo río arriba. Pasada la confluencia con el Lhasa, a cuya orilla se sitúa la capital unos cincuenta kilómetros al norte, el amplio valle se cerró, transformándose en un desfiladero custodiado por profundas gargantas de granito. Al fondo, el río crecido, constreñido en un cauce demasiado estrecho, se disparaba en rápidos que elevaban por todas partes penachos de agua embarrada. Arriba, en las faldas de los montes, se recortaba a veces la lengua blanca de un glaciar. Todo el paisaje era terriblemente árido. Ningún bosque en las laderas, sólo el tímido verdor de la poca hierba que el monzón había hecho crecer. Después del desfiladero, el valle volvió a abrirse, y vimos largas hileras de cumbres desoladas recortarse en el horizonte, con las sempiternas dunas inundándolo todo. Su nombre geológico es "dunas remontantes", y son depósitos de arena que, arrastrados por los vientos más activos de la zona, acaban dibujando formas irregulares sobre las laderas de muchas montañas. Este paisaje desértico y montañoso del techo del mundo fue para mí una revelación. Nunca



Yarlung Tsangpo

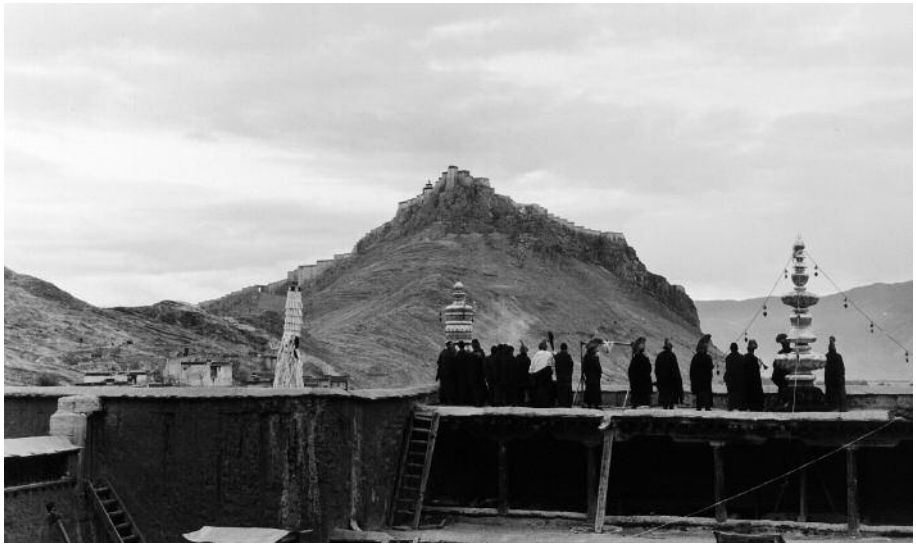


Valle del Yarlung

había visto nada parecido. Sin embargo, no todo era tan desértico. Sobre los abanicos torrenciales que cubrían la parte baja de los valles o en las terrazas del Yarlung que comenzaron a aparecer, había a veces hierba, árboles y cultivos. Varias veces nos tuvimos que desviar monte arriba para salvar vadeando un río cuyo puente se había llevado la crecida. Otra vez, un camión atascado en el barrizal interrumpía completamente el tráfico. Naturales y turistas occidentales y chinos, discutíamos alrededor qué hacer. Al final, entre todos descargamos los sacos de pienso que eran la carga del camión (con cuidado, eso sí, porque cualquier esfuerzo nos asfixiaba enseguida), y este pudo moverse al fin, acontecimiento que fue saludado en idiomas bien diversos de los grupos indoeuropeo y sinotibetano. Llegamos a nuestro destino bien entrada la noche.

Gyangzê tiene un hermoso castillo en lo alto en el que los tibetanos resistieron la invasión inglesa de 1878. Este es otro de los paisajes tibetanos que parecen de otro planeta, y en este caso además, de otro planeta habitado, con los relieves cúbicos del castillo y su muralla recortados en una altura asombrosa. La parte norte de Gyangzê está ocupada por el monasterio de Palkhor, y aquí aprendimos que estos monasterios tibetanos son muchas veces una ciudad dentro de la ciudad. Hoy sólo viven sesenta y cuatro monjes en él, pero el monasterio ocupa un amplio espacio protegido por una muralla roja que al norte de la ciudad se eleva espectacularmente por la cresta de una colina. De

los muchos edificios encerrados en el recinto del monasterio, la mayoría son casas normales donde viven los monjes, pero hay dos que destacan en el conjunto, el edificio central y la pagoda Kumbum, dos construcciones adyacentes, pero de aspecto completamente distinto. El edificio central es sólido y cuadrado, con las paredes pintadas de rojo y una cornisa negra. En su azotea sorprendimos a los monjes en pleno concierto con cánticos, trompetas de diverso tipo y una sección de percusión con tambor y platillos. Yuja nos explicó que este oficio se realiza una vez al año cuando los monjes comienzan la época en que estudian las escrituras, pero a nosotros nos pareció que tenía todo el aspecto de una exhibición folklórica para los turistas. Al lado de este edificio, la pagoda Kumbum presenta nueve pisos circulares de tamaño decreciente y pintados de blanco, que albergan más de setenta capillas llenas de pinturas murales y esculturas. Se dice que todas ellas suman cien mil (*kumbum*) imágenes, y de ahí viene el nombre de la pagoda. Muchas muestran terroríficos demonios que manejan todo tipo de armas con sus innumerables brazos, y se adornan con calaveras. En una religión de compasión y no violencia como es el budismo, no es fácil comprender el significado de tanta agresividad. Lo cierto es que el budismo tibetano muestra una gran facilidad para incorporar elementos de otras religiones. Por ejemplo, parece ser que Shiva, en su representación más terrorífica, es denominado aquí Mahakala, y venerado como un dios poderoso en las capas populares. Los lamas, sin embargo, siempre salvarán la teórica



Gyangzé

abstinencia metafísica y teológica del budismo explicándonos que Mahakala es simplemente un poderoso e irascible protector del *dharma (dharmapala)*, y nada más fuera de este significado simbólico.

Cuando salimos de visitar el monasterio, las amplias calles alrededor de la plaza principal de Gyangzê eran un bullicioso mercado en el que telas, objetos de latón, macilentas tajadas de cordero y las mercancías más variadas se ofrecían en puestos callejeros a la curiosidad de los viandantes.

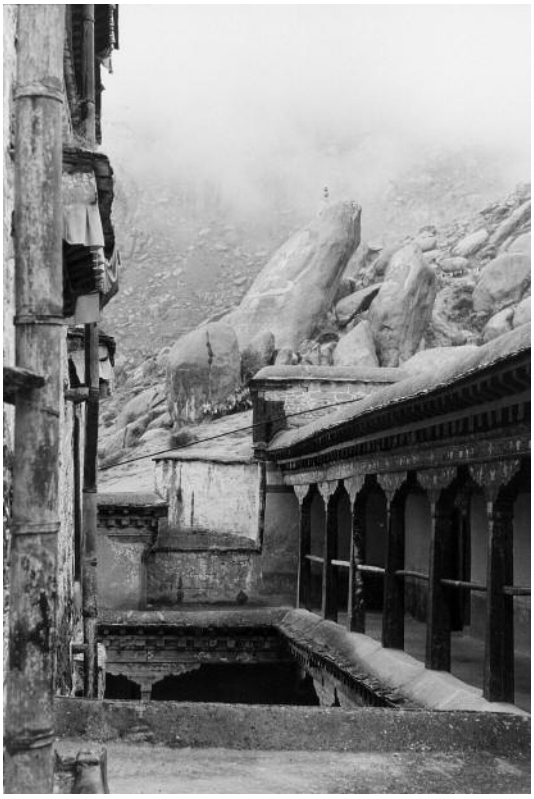
XIGAZÊ

Con apenas cuarenta mil habitantes, Xigazê es la segunda ciudad del Tíbet. También en ella la estrella de la ciudad es un enorme monasterio, que en este caso se llama Tashilunpo y era la residencia habitual del Panchen Lama hasta que los chinos decidieron anexionarse el Tíbet. El monasterio ocupa un recinto rectangular al noroeste de la ciudad, y está dominado por cuatro grandes edificios que se alinean en la parte norte del rectángulo, ya sobre la falda de una colina.

El X Panchen Lama no es tan bien conocido como su contemporáneo, el XIV Dalai Lama, al que todo el mundo ha visto alguna vez por televisión. Los dos son considerados por muchos tibetanos como reencarnaciones del Buda, y son las autoridades espirituales máximas del país. Después de la invasión china, cuando el Dalai Lama se exilió, el Panchen Lama fue llevado a Pekín, y aceptó colaborar con los chinos hasta que los desmanes de la Revolución Cultural, en que muchos monasterios fueron arrasados y sus monjes asesinados o encarcelados, le hicieron cambiar de idea y apoyar abiertamente la postura del Dalai Lama. Procesado y encarcelado por ello, en 1969 se rumoreó que había muerto en prisión. No obstante, cuando la política china respecto al Tíbet se hizo más flexible, a finales de los 70, el X Panchen Lama reapareció milagrosamente, propugnando de nuevo una política de colaboración con el gobierno de Pekín. En los años 80 realizó varios viajes al Tíbet en los que fue ampliamente aclamado. Su reciente muerte ha complicado las cosas, porque tanto los chinos como los tibetanos exiliados se han afanado en buscar su reencarnación cada uno por su lado. Por supuesto, todos han tenido éxito en sus pesquisas, y en el día de hoy, dos niños distintos, uno desde Dharamsala y otro desde Pekín

se disputan la continuidad de la secular institución. Al estar las fotos del Dalai Lama prohibidas, las imágenes del X Panchen Lama y el pequeño XI Panchen Lama (versión china) son las que se encuentran habitualmente acompañando las estatuas del Buda en todos los lugares públicos de culto del Tíbet.

En la visita a Tashilunpo, para llegar a los grandes edificios de la parte alta, tuvimos que atravesar primero la red de callejuelas empedradas que hay entre las casas de los seiscientos monjes que habitan el monasterio. Sólo la presencia de los lamas que veíamos por todas partes permitía adivinar que uno no recorría las calles de una ciudad cualquiera del país. El más occidental de los grandes edificios es una construcción cúbica pintada de rojo que custodia el mayor tesoro de Tashilunpo, una estatua de veintisiete metros de altura de Maitreya, el Buda que ha de venir en el futuro para completar la salvación de todos los seres vivos. La imagen dorada se asienta sobre un trono de loto y sonríe, transmitiendo una poderosa sensación de serenidad. Los dos edificios centrales contienen pagodas funerarias de distintos Panchen Lamas, pirámides de oro adornadas con turquesas dentro de las cuales se colocan los cadáveres momificados con sal en postura de meditación; entre ellas está el monumento del X Panchen Lama, de una gran riqueza que muestra la generosidad de los chinos con sus amigos. Las paredes de todos estos edificios están adornadas con deliciosas imágenes de todas las manifestaciones del Buda que los tibetanos veneran: Avalokitesvara, el Buda de la compasión, con sus once cabezas y mil brazos que simbolizan su omnipresen-



Monasterio de Drepung

cia; Tara, su consorte espiritual; los budas de los cuatro puntos cardinales. También hay personajes históricos, como Padmasambhava, Nagárjuna, el lógico y metafísico budista, o el místico y poeta Milarepa; y personajes de más dudosa adscripción, como los *dharmapalas*, con su aspecto terrorífico.

El gran edificio de la parte oriental alberga distintas dependencias. En una estrecha cocina de paredes ennegrecidas, unos monjes casi niños preparaban el té con sal y manteca de yak, y lo trasvasaban a colosales teteras. Al lado, en la sala de reuniones, sonaban los cantos de los monjes. Mientras esperaban en la puerta, los pequeños camareros tapaban las teteras con sus gorros de lana para que el té no se enfriara.

La sala de reuniones era amplia, y albergaba a más de un centenar de monjes sentados en la postura del loto en largas hileras. La aglomeración de personas en la penumbra de la extraña sala, con las paredes llenas de pinturas e imágenes del Buda, daba un aspecto irreal a la escena, como de algo arrancado de un tiempo lejano. Contemplábamos un paisaje humano que hace siglos no sería apenas distinto: monjes de cabeza rapada bebiendo té y cantando canciones tristes. No entendíamos la letra, pero la música era extrañamente hermosa; tonos graves con cadencias lentas en las que a veces una nota se prolongaba largo tiempo, llegando a formar un rasgo más del ambiente. Estaba alegre y me apetecía cantar; sentía que aquella reunión no era demasiado diferente de esas fiestas que se estilan por aquí, en las que también se bebe y se canta. Los monjes parecían afectados por nuestra presencia, y sus reacciones iban de la excitación y las bromas de los pequeños, a la afectada indiferencia o la curiosidad siempre sonriente de los grandes; tampoco faltaban miradas de burla de unos pocos para los extraños extranjeros absurdamente limpios y de ojos ridículos.

En los hoteles del Tíbet sólo nos habían servido hasta ese momento comida china y europea, y respondiendo a nuestros ruegos, aquella noche Yuja nos llevó a un pequeño restaurante en el que tuvimos la oportunidad de conocer por fin la típica comida tibetana. Poco a poco comenzaron a aparecer sobre la mesa las partes más insospechadas del yak, como la lengua o el estómago, no demasiado diferentes de los de la ternera, pero cocinados con una grasa animal cuyo olor no nos entusiasmó demasiado, y demasiado fríos y secos para nuestro gusto. El famoso té que comencé a beber con un respeto religioso resultó ser lo que realmente era, té con sal y manteca de yak. No pude tragar más de

dos sorbos. El *tsampa* es harina de cebada tostada, que se amasa con agua en forma de croquetas sin ningún tipo de elaboración, y los no menos famosos *momos* son como panes cuadrados de miga amazacotada a los que se hubiera quitado la corteza. Disfrutamos de verdad sólo con una sopa de vegetales, que no sabemos por qué triunfa siempre en las latitudes más insospechadas (me recordaba el sabroso *borsch*, que salvó muchas de nuestras cenas en Bashkiria), y la cerveza, una deliciosa cerveza clarita, que nos sirvieron en un vaso adornado en un borde con un pedazo de manteca. Pescado, cerdo y pollo son considerados por los tibetanos alimentos sucios.

LHASA

Ya en el valle del río Lhasa, paramos a ver unos budas esculpidos y pintados en un acantilado de caliza al lado de la carretera. Unos kilómetros más adelante, vemos un enorme y moderno cuartel del ejército chino. Edificada en la llanura aluvial del río del mismo nombre, al pie de las montañas, Lhasa, con sus apenas doscientos mil habitantes, es la mayor ciudad y la capital del Tíbet, aunque cada vez le queda menos de su viejo carácter tibetano. Para llegar al hotel, recorremos calles amplias y avenidas, entre casas bajas con tiendas donde se vende de todo. Brilla el sol y el aspecto de la ciudad es animado. Cuando en el siglo VI el rey Songtsen Gampo trasladó su capital del valle del Yarlung aquí, como no podía ser menos, la fundación de la ciudad fue explicada en términos de geografía mágica. Un demonio gigante ejercía su influencia maléfica sobre el Tíbet, y la construcción de un templo en Lhasa donde los adivinos explicaron que estaba su corazón, neutralizaría su poder. Debido a esto, Lhasa se convirtió también en un importante centro religioso y de peregrinación. Hoy día, a pesar de la progresiva e irrefrenable sinización de Lhasa, hay dos enclaves donde el carácter tibetano brilla todavía con luz poderosa: el palacio del Potala y el viejo barrio alrededor del templo Jokhang.

El templo Jokhang señala el emplazamiento exacto del corazón del demonio susodicho, y es por ello el lugar más sagrado de Lhasa; baste decir que en su puerta siempre vimos gentes de todas las edades haciendo las prosternaciones rituales. Visitamos el interior del templo la tarde siguiente a nuestra llegada, recorriendo una enmarañada sucesión de patios con pórticos, donde ardían

Jokhang

lamparillas o grupos de tibetanos discutían animadamente mientras preparaban ofrendas de *tsampa* para las imágenes sagradas; también había largos corredores con molinos de oraciones. En el recinto principal del Jokhang, alrededor de una amplia sala en penumbra, se encuentran capillas con imágenes de todos los budas posibles. Allí estaba el *Jowo Rimpoché*, una hermosa estatua que representa al buda histórico cuando era niño y fue regalada al rey Songtsen Gampo por su esposa china, Wen Cheng.

Las calles que bordean el Jokhang constituyen el Barkhor, un circuito de peregrinación en el que casi a cualquier hora puede encontrarse gente paseando, siempre en el sentido de las agujas del reloj. El recorrido está lleno de tiendas, y en las horas más concurridas hay grupos de lamas sentados en el suelo que cantan, recitan textos sagrados y piden limosna. Encontramos un taller donde hacían *thangkas*, pinturas religiosas sobre tela de algodón, y no nos resistimos a echar un vistazo. El "Tibetan thangka workshop" que se anunciaba en la calle, resultó ser una pequeña habitación con las paredes cubiertas de pinturas en la que tres muchachos trabajaban minuciosamente sentados en cojines sobre el suelo. Mientras los dos más jóvenes seguían trabajando, el mayor se levantó y nos saludó sonriente en inglés. Parecía nepalí, y nos enseñó orgulloso algunos de sus trabajos. Incluso a la lupa sorprendía la precisión y habilidad de los trazos. Regateamos un poco, y compramos una deliciosa representación de la vida del Buda.

Callejeando alrededor del Jokhang nos aguardaba otra sorpresa. Un edificio bajo de apariencia normal elevaba al cielo una pequeña torre verde rematada por una media luna que indicaba claramente que nos hallábamos ante una mezquita. Alrededor se veía a hombres con los pequeños bonetes blancos que

en muchos sitios distinguen a los que rezan mirando a la Meca. Estábamos en el pequeño barrio musulmán de Lhasa.

El palacio del Potala está construido sobre una colina alargada en medio de la capital, y es enorme y hermoso, aunque la decoración de las ventanas repite los mismos motivos que habíamos visto en todos los lugares por donde anduvimos. La construcción actual data del siglo XVII, y fue promovida por el quinto Dalai Lama; desde entonces, y hasta hace muy poco, fue la residencia oficial de los sucesivos Dalai Lamas.

En realidad el Potala son dos palacios distintos que se distinguen fácilmente porque uno tiene el exterior pintado de rojo y el otro de blanco. Son el Palacio Rojo, que ocupa la parte central y más elevada, y es más bien un santuario, y el Palacio Blanco, que flanquea a aquel, y tiene un carácter más civil. En la visita al Palacio Rojo, a base de subir y bajar las empinadas escaleras que se estilan por todo el Tíbet, recorrimos santuarios, capillas llenas de imágenes, salas de meditación... Allí están los mausoleos de los sucesivos Dalai Lamas a partir del quinto, tumbas con forma de *stupa* construidas con toneladas de oro, y turquesas, diamantes, perlas, ágata y coral. La de la sala de audiencias es también una visita inolvidable. En esta sala amplia, las esbeltas columnas, la rica decoración en madera de los techos, y las pinturas que cubren completamente las paredes, son capaces de crear un ambiente grandioso y acogedor al mismo tiempo.

En el vuelo de regreso a Katmandú, vimos por fin los ochomiles que el monzón nos había ocultado hasta entonces. Tierra en medio del cielo. Apenas un contorno borroso al principio, al acercarnos, asomaban orgullosos entre las nubes. Primero el Kanchenjunga, lejana y enorme pirámide a la izquierda, nos presentaba una ladera helada a cuyos pies las nubes dejaban ver un desierto de glaciares y roca desnuda. Poco después, Makalu, Lhotse y Everest formaron a la derecha del avión un archipiélago cuyas aristas de hielo brillaban al sol de la mañana. Durante unos minutos, surcamos un país fascinante donde dioses de piedra y hielo observaban silenciosos y condescendientes nuestro paso. Atravesábamos el techo mismo del mundo, dominios más allá de todo lo razonable, donde ni siquiera el águila se atreve a aventurarse, sólo algunos locos alpinistas.

En el vuelo de vuelta desde Karachi, tuvimos una vista espléndida de los desiertos de Irán oriental, montañas de roca desnuda, y planicies surcadas por la geometría repetida y armoniosa de las dunas. Nos sorprendía la hermosura de aquel infierno. Después comenzaron manchas verdes a iluminar el paisaje. La piedra y el agua alumbraban la vida. Y el gran cono volcánico del Demavend apareció al norte, presidiendo un horizonte de crestas abrasadas. En los

Kanchenjunga

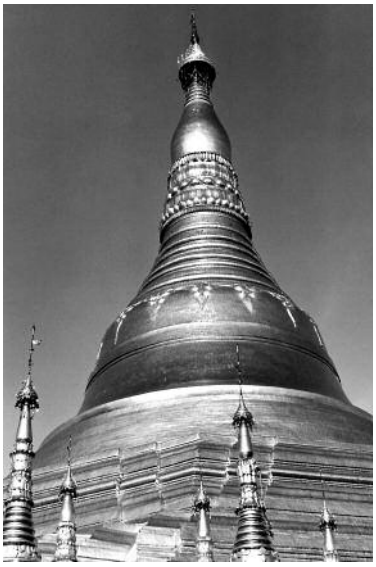
valles, sin embargo, el verdor de la vida nos mandaba destellos alegres. Al poco rato, volamos sobre Teherán, sólo una gran mancha grisácea surcada por una densa red de líneas. La suave neblina que arropaba la gran ciudad moría al pie de los montes Elburz. El mar Caspio empezó entonces a recortar su azul verdoso a lo lejos. A una velocidad imposible de digerir, después de acariciar tantos mundos insólitos, el incesante rugir de los reactores nos devolvía sin remedio a la rutina.

Birmania y Camboya

Bagán

¿Por qué Asia?, nos preguntan, y el solo nombre dibuja otra vez el ancho río, los *shíkharas* dorados, la penumbra del templo, el rostro sonriente de un dios que baila. Nada de esto nos puede ser ajeno. Como tampoco pueden serlo la doctrina de las *Upanishads*, ni las intuiciones de Zaratustra el sabio, ni los anaqueles polvorientos que guardan la esencia del *dharma*. Asia es la tierra donde todo echó a rodar, y allí necesitamos volver siempre que podemos, para mirar en el espejo lo más hondo de nosotros mismos. Entre los amplios ríos, los desiertos y las selvas, sobrevive el laberinto, abigarrado y denso, y en él perduran los politeísmos más seductores, las filosofías más profundas, los misticismos más sabrosos, aunque a veces sean sólo pálidas sombras de sí mismos. No podemos dejar de mirar hacia Asia, porque sólo las ideas son inmortales, y las más imprescindibles nacieron allí.

La capital de Birmania es una vieja ciudad colonial extensa y desteñida, abandonada al desmadre vegetal del trópico, a árboles y hierbajos que crecen irreverentes sobre añosos edificios del Imperio Británico. No deja de llover mientras recorremos las calles ruidosas llenas de bicicletas, vendedores callejeros, confusión y sonrisas. Tampoco es raro encontrar monjes que caminan descalzos con una gran vasija, mendigando su comida. Los hombres visten una especie de falda llamada *longi*, y las mujeres llevan las mejillas decoradas con *thanaka*, una pasta hecha de madera aromática. Proclives a toda suerte de complicidades, preguntamos si se nos permitirá usar este adorno. La respuesta es tajante: "sólo mujeres y niños". Bueno, por lo menos nos dejarán ponernos la falda.



Shwedagón

Shwedagón es el *stupa* más grande y hermoso del mundo, y es también el símbolo inconfundible de Yangón. Elevado sobre una pequeña colina, su destello dorado es visible desde muchos rincones de la capital. Pasear descalzo sobre el pavimento de mármol que rodea la gigantesca mole recubierta de oro es una experiencia inolvidable. La pagoda Sule y muchas otras diseminadas

por toda la ciudad, repiten el modelo a menor escala. Junto a una de ellas, se nos acercó un hombre que portaba una enorme jaula llena de pájaros. El griterío de las avezuelas, la mayor parte gorriones, era indescriptible. Los capturan para que la gente pague por liberarlos junto a los lugares sagrados. Por el equivalente de cien pesetas, media docena de ellos fueron devueltos a su hogar en las altas esquinas del éter. Nunca olvidaré el debatirse ansioso de sus cuerpecillos entre mis manos.

DESDE LA COLINA DE MANDALAY

Anochece. Contemplamos desde la colina el extenso valle inundado. Las aguas reflejan los tonos dorados del crepúsculo. A nuestros pies también, la ciudad de nombre de ensueño, Mandalay. El amplio cuadrado del estanque que rodea el palacio se distingue claramente, también edificios, avenidas rectas, pagodas. Hacia el norte, campos inundados donde madura el arroz, y el desbordado Irrawaddy en su máxima extensión anual. Del gran lago dorado asoman árboles como trazos negros, letras de un poema incomprensible de belleza infinita.

Hay un placer profundo en dejar vagar el teleobjetivo por este mar en llamas, y apretar, y apretar, y apretar el disparador de la cámara, sabiendo que de algún modo eternizamos este instante, capturamos la belleza que se pierde sin remedio en el corazón de la noche.

Mandalay, moderna ciudad envejecida, rectas avenidas por donde avanzan enjambres de bicicletas. Gentes sonrientes; hindúes y musulmanes también. El

Desde la colina de Mandalay

Lago Taung-Tha-Man (Mandalay)

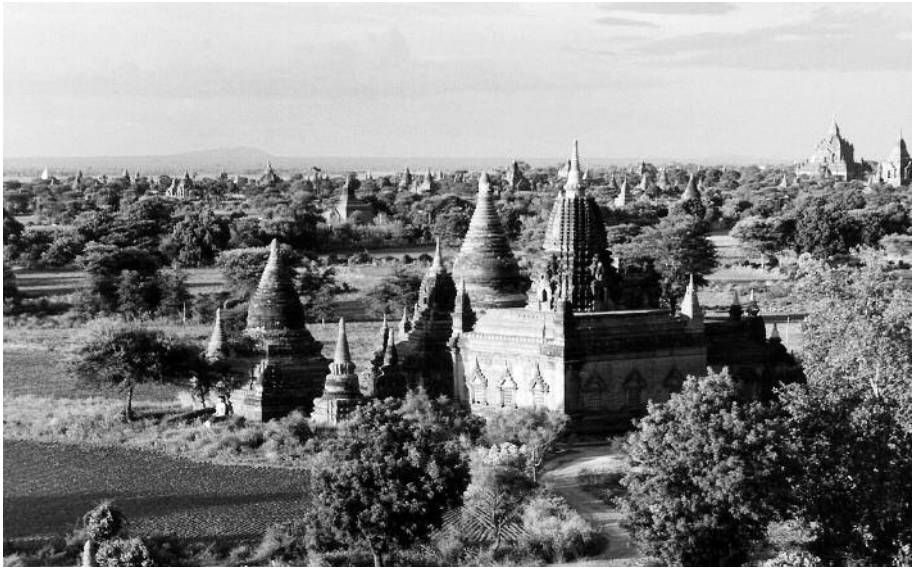
Mahamuni, un buda antiquísimo cuya parte inferior se ha convertido en una masa informe por los trocitos de pan de oro que todo el mundo le pega; nosotros no quisimos ser menos, y nos acercamos respetuosos; un militar que vigilaba la escena nos sugirió, señalando una bandeja con dinero, la conveniencia de dejar también alguna ofrenda más consistente; la multitud llenaba los pasillos que llegan a la imagen desde los cuatro puntos cardinales; rezaban fervorosos, cuidadosamente sentados en el suelo de forma que las plantas de los pies nunca se dirigieran hacia la imagen. Mandalay, un lago delicioso que cruzamos en barca. Un monasterio con una biblioteca de escrituras budistas que olía a naftalina, y otro donde largas filas de monjes se acercaban al refectorio. Mandalay, un tosco taller donde trabajan en la penumbra cuatro princesas birmanas, cuatro doncellas sonrientes que cortan con cuidado los cuadrados de pan de oro con los que los mortales nos acercamos a honrar las imágenes del señor Buda. Por 150 *kyats* diarios (unas 75 pesetas) y una comida, y sin ningún derecho laboral, las muchachas trabajan sonrientes nueve horas diarias aguzando sus ojos en la penumbra.

BAGÁN

En el aire todavía, nos saluda el primer resplandor de Bagán. Volamos a baja altura sobre el río de aguas terrosas; en un momento surge el acantilado de la orilla y aterrizamos en una sabana bastante árida donde una gran pagoda dorada refleja el sol de la mañana.

Dhamma-yan-gyi

Tras dejar el equipaje en el hotel, comienza la visita. Hay pagodas por todas partes, de todos los tamaños y formas, aunque predominan plantas con una cruz griega superpuesta a un cuadrado, y volúmenes piramidales rematados por *shíkharas* o *stupas*. La cubierta original de estuco habitualmente se ha perdido, y la estructura de ladrillos aparece al descubierto. Estas pagodas fueron construidas durante el reino de Bagán, entre los siglos XI y XIII, y son santuarios budistas que custodian imágenes doradas del Buda y, en ocasiones, deliciosas pinturas.



Ananda

Pasan las horas, y no acaba uno de comprender por qué propios y extraños aseguran que este es uno de los emplazamientos arqueológicos esenciales del sudeste de Asia. Tal vez influye en nuestro desconcierto el madrugón que arrastramos, o que el calor es agobiante y el sol fulgura en el cielo, o que los ladrillos abrasan los pies que nos obligan a desnudar para poder pisar el suelo sagrado de las pagodas.

El día transcurre agotador de pagoda en pagoda. No hay dos iguales. Sus nombres impronunciables combinan donosamente las treinta y dos consonantes del alfabeto birmano. Shwezigón es el gran *stupa* recubierto de oro que veíamos al aterrizar; Ananda, la más graciosa, muestra una suave ascensión hacia un radiante *shíkhara* dorado; Dhamma-yan-gyi es una enorme y misteriosa pirámide egipcia con cuatro pórticos; en That-byin-nyu domina un impulso vertical con volúmenes cúbicos superpuestos.

Ha pasado el día y no hemos resuelto la ecuación que plantea Bagán con su delirante acumulación de pagodas. Estamos cansados y el atardecer invita a buscar un sitio elevado desde donde contemplar el conjunto. Con este fin, ascendemos los empinados peldaños de Shwe-hsan-daw, otra pirámide, rematada en este caso por un amplio y hermoso *stupa*. Nos recobramos y miramos alrededor.

El sol se pone ya tras las montañas, al otro lado del Irrawaddy, que es sólo una cinta dorada a lo lejos. A nuestro alrededor, centenares de pagodas se extienden hasta donde alcanza la vista. Todas han acudido a la cita, Ananda con su brillo de estuco y oro, Dhamma-yan-gyi enigmática, That-byin-nyu esbelta. Grandes y pequeñas, con sus formas variadas, se yerguen todas orgullosas en la amplia llanura, y reciben los rayos del sol poniente que arranca de ellas tonos dorados. El enigma se ha resuelto. Hay una embriaguez religiosa en el ambiente, que procede de todos estos edificios misteriosos que pueblan la llanura reseca. Un pueblo compitió durante siglos para dejar aquí constancia de su fe. Una asombrosa fuerza se desplegó para dejar aquí esta armonía que resiste el paso de los siglos.

El río Iarrawaddy en Bagán

CAMINOS DE BIRMANIA

Carretera solitaria, entre arrozales, recta, siguiendo el Irrawaddy entre Mandalay y Bagán, flanqueada por montañas. Cerca de una aldea, niños uniformados caminan hacia la escuela en una larga hilera. Al sur de Bagán nos desviamos hacia el monte Popa. Adelantamos camiones y autobuses abarrota-

Monte Popa

dos que van también al santuario. Las gentes nos saludan bulliciosas al pasar. Al doblar una curva, descubrimos el mogote basáltico. Sobre las paredes negras brilla risueño el oro de los *stupas*.

Carreteras del territorio Shan, al este del país. El paisaje de montes y prados podría ser el de Asturias si no fuera por las curvas elásticas y plumosas de los bambúes, por los colosales *Ficus**. Es un país fértil, pero en las aldeas de casas de madera no suele haber trazas de tendido eléctrico. En Pindaya hay una gruta kárstica donde alguien, no se sabe cuándo, colocó budas por todas partes. Su resplandor dorado y rojo contrasta con la húmeda palidez de las estalactitas. Al atardecer llegamos al lago Inle, donde las casas y los talleres y los monasterios son palafitos erguidos sobre incorruptibles postes de teca, donde los cultivos son largas islas flotantes, donde los niños aprenden a remar antes que a andar. Anochece mientras ruidosas motoras alargadas nos llevan a nuestro alojamiento en una zona del lago colonizada por la vegetación. En el bungalow que me ha tocado, y a la luz paupérrima de una bombilla alimentada por un pequeño generador, deshago la maleta y extiendo el mosquitero rodea-

* Principalmente, *Ficus bengalensis* (en castellano, higuera de agua o baniano) y *Ficus religiosa* (llamado pipal, o árbol del Buda porque bajo uno de ellos el Buda consiguió la iluminación).

Monasterio en el lago Inle

do por todos los sonidos de la jungla. Fuera, enjambres de insectos luminosos* vuelan enloquecidos sobre el hotel, dibujan en el cielo breves espasmos de luz que por un momento se confunden con las estrellas.

SINGAPUR

De Yangón volamos a Singapur para hacer el enlace a Camboya. Singapur es un sitio realmente especial. Está situada prácticamente sobre el ecuador terrestre, y podría definirse como una ciudad con nombre indio *(la ciudad del león)* habitada por chinos que se empeñan en vivir como ingleses en el extremo sudeste de Asia. La población es mayoritariamente de origen chino, pero uno siente la sensación de estar en territorio rigurosamente británico al encontrar el muestrario completo de las manías inglesas, desde la conducción por la izquierda hasta las extrañas clavijas de los enchufes. Las pocas horas

* Muchas especies de coleópteros tropicales emiten luz, en general como parte de su ritual de galanteo. Habitualmente, las hembras pemanecen en reposo en un lugar visible, desde el que envían señales luminosas a los machos. Estos vuelan en enjambres, emitiendo luz con frecuencias e intervalos característicos (los espasmos que yo veía), y son seleccionados por las hembras mediante un centelleante diálogo que acaba juntando a los que están hechos el uno para el otro.

que estuvimos en Singapur nos permitieron descubrir una gran ciudad-estado hermosa y moderna, y con una renta per capita superior a la española, todo hay que decirlo. En ella ninguna cultura deja de tener su representación y su acomodo, y las mezquitas coexisten con iglesias cristianas en perfecta armonía, al lado de hermosos templos hindúes y chinos. Vimos también una gran avenida, la Orchard road, que recuerda los Campos Elíseos por el lujo y el glamour, formidables rascacielos y edificios que parecen arrancados de Londres. Pocas veces en nuestros viajes tuvimos tan intensamente como en Singapur la impresión de que la convivencia pacífica de razas y culturas puede ser un juego de niños. Y no se nos escapó lo importante que parece ser la prosperidad material, como complemento necesario del buen juicio espiritual, para que los humanos no nos tiremos los trastos a la cabeza.

Banteay Srei

EN EL PAÍS DE POL POT

Camboya durante el monzón del sudoeste. Desde el avión cuesta trabajo distinguir el trazado de los ríos a través del país inundado; las curvas de los meandros se dibujan apenas en el marjal. Tomamos tierra en el aeropuerto Pochentong, y el primer contacto con la fonética jemer es ciertamente hilarante. Cuando creemos habernos recobrado, aparece nuestro guía camboyano,

Pol, que con su español cubano descarta cualquier preocupación por el paradero de nuestras valijas.

Cuando uno llega a Camboya procedente de Birmania, el contraste en la actitud de la gente salta a la vista. Si en Birmania un pueblo noble y pacífico soporta casi estoicamente (guerrillas tribales aparte) los atropellos de una dictadura rapaz y estúpida, en Camboya se percibe en los rostros el recuerdo indeleble de un viaje colectivo al infierno. Muchos camboyanos no hablan de ello. Se adivinan en su conversación terrenos prohibidos, zonas donde el recuerdo no penetra impunemente. Los pocos que hablan cuentan historias tan atroces que sólo sabemos responderles con un silencio respetuoso.

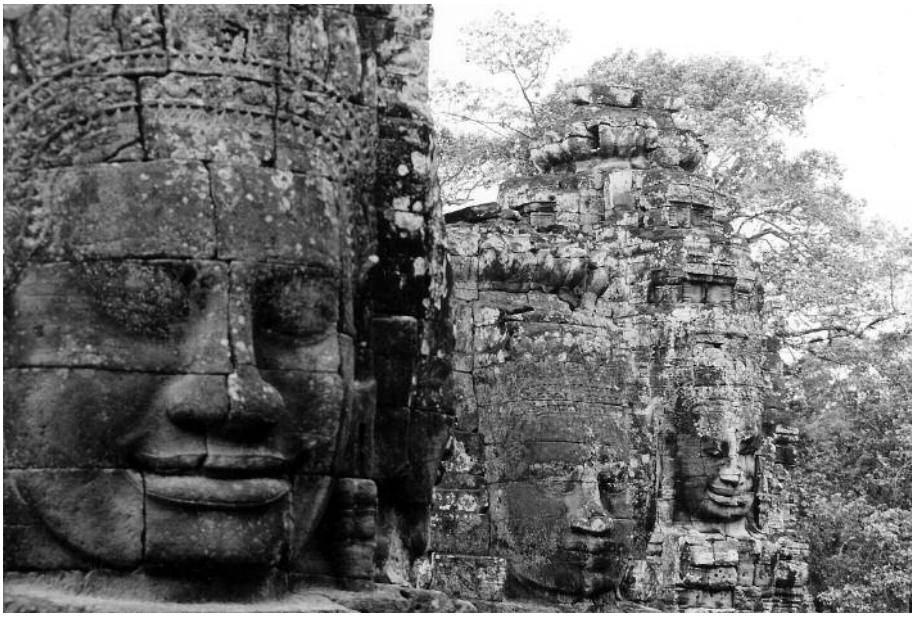
Phnom Penh *(la colina Penh),* patrullas de lisiados acechan en todos los lugares frecuentados por turistas, como el Museo Nacional, que tiene una colección de antigüedades que impresiona a cualquiera. Phnom Penh, el monumento a la Victoria, amplias avenidas, un gran mercado amarillo que hicieron los franceses, y un palacio de opereta. Las bicicletas birmanas se han transformado en motos. Hay un museo del genocidio, que decidimos no visitar, y un hotel flotante que es también un casino y tampoco visitamos. Concha y Mario querían dar un paseo por el río y nos pusimos a ello. No fue difícil organizar una pequeña excursión en barca.

Ciertamente, las largas orillas del Tonlé Sap y el Mekong son lo más agradable de la ciudad. El Mekong nace en China y va a morir a Viet Nam, y es uno de esos grandes ríos asiáticos que hacen al Ebro y al Duero arroyuelos. El Tonlé Sap confluye con él justamente en Phnom Penh, y viene del gran lago de Camboya, que también se llama Tonlé Sap (este nombre significa en realidad *gran lago)*. De todas formas, esto de que confluye debe ser matizado. Es cierta tal cosa desde noviembre hasta junio, pero en junio, con las lluvias del monzón del sudoeste, el Mekong crece y el flujo del Tonlé Sap se invierte, llevando parte de las aguas del Mekong hacia el gran lago del interior de Camboya. Esto justamente sucedía en agosto, cuando nosotros visitamos el país. Navegamos por el río la tarde anterior al regreso, una tarde cenicienta rasgada por un viento templado que presagiaba lluvia. El agua parda del Mekong en su máximo aforo se encrespaba con un oleaje rápido y menudo, y en la zona de la falsa confluencia, al pie de Phnom Penh, refluía pesada hacia el Tonlé Sap, batiendo y espumando nerviosa entre los embarcaderos y las casas flotantes de la orilla. La reedificada ciudad mártir pasaba ante nosotros como en un documental.

Desfilaban sus monumentos, sus edificios, las casas de madera en las que miles de seres humanos tejen su vida sobre las aguas terrosas. Sin embargo, la única evidencia cierta era la del largo regreso que se nos venía encima. Miraba la ciudad y no podía dejar de repetirme: "nada de esto es real".

ÁNGKOR

Ángkor *(la ciudad)*. El imperio jemer tuvo aquí su capital entre los siglos IX y XII. Las casas y palacios de aquel tiempo lejano, construidos de madera, hace mucho que se perdieron, pero escondidos en la selva, y martirizados por la incuria y la vegetación tropical, sobreviven aún decenas de templos soberbios en cuyas paredes, además, hay relieves con algunas de las más



Bayón

hermosas imágenes que describen la mitología hindú. Cada templo es un hallazgo, una sorpresa. Todos tienen detalles que los caracterizan.

Banteay Srei, por ejemplo, es una preciosa miniatura en arenisca roja. Aunque visitarlo exige un largo viaje a través de la selva y los amplios arrozales por carreteras que merecen poco tal nombre, es imperdonable no hacerlo.

Todos los edificios que lo componen, desde los *góputas* que dan entrada al recinto, hasta los edificios auxiliares y el templo central, están completamente recubiertos de una decoración que constituye una lección insuperable de mitología hindú. Todo se ha conjugado para que sea así, desde el delicioso tono rosado de la piedra, hasta su prodigiosa resistencia a la alteración, que hace que los relieves parezcan muchas veces recién ejecutados, pasando por la habilidad de los artistas y la prodigiosa riqueza simbólica de los motivos. Banteay Srei es algo ciertamente único en el mundo, y estando donde está, su futuro no deja de producir una intensa inquietud.

Ángkor Vat es el edificio más emblemático del conjunto, y está formado por una asociación de tres amplios recintos cuadrados que se envuelven con un impulso ascendente, culminando en una auténtica montaña central de la que surgen las cinco torres famosas. El simbolismo cósmico de estos templos, desde el estanque que siempre los rodea hasta el elevado santuario central, es su característica esencial. Aunque el edificio original era un templo hinduista consagrado a Vishnu, en la actualidad el santuario central alberga una imagen del Buda. Tras la ascensión trabajosa por las escaleras casi verticales, estar allí arriba, donde sólo a los sacerdotes les estaba permitido llegar, es una experiencia inolvidable. A nuestros pies, los tejados de los sucesivos niveles del templo se extienden hasta una línea lejana donde el

Galería en Ángkor Vat

Ta Prohm

gris de la piedra deja paso al verde luminoso de la vegetación.

Hay muchos otros templos en los alrededores de Ángkor, joyas incomparables engastadas en el verde radiante de la selva, joyas de piedra y sangre. En Ta Prohm, asistimos a una lucha titánica entre piedra y vegetación. Las higueras de agua crecen sobre las piedras mismas del templo, produciendo juegos asombrosos el contraste de las raíces sobre la arenisca oscura. En otro templo memorable, el Bayón, hay además un lugar especial para el misterio, para el viaje más allá de lo catalogado. Presenta el Bayón un soporte sencillo, otra vez tres recintos que se envuelven con una dinámica ascendente, culminando en este caso en una torre central cilíndrica. El interior es un laberinto de pasillos y escaleras empinadas. Merecen destacarse los relieves de los muros exteriores con escenas guerreras y deliciosos cuadros de la vida cotidiana en la vieja Ángkor, pero lo extraordinario del Bayón es que por todas partes se elevan de la fábrica torres misteriosas, cincuenta y cuatro torres que muestran rostros humanos dirigidos hacia los cuatro puntos cardinales. El efecto que produce contemplar estas torres extrañas va más allá de lo que esperamos de un edificio; la sensación es la de estar ante algo irrepetible, casi mágico. Poco nos interesa la discusión

La lluvia de Indra en Banteay Srei

académica sobre si estas cabezas simbolizan la omnipresencia del Buda o el supremo control de un monarca absoluto. Nos seducen más estos rostros con su gesto sonriente y vagamente extático, porque intuimos en ellos una imagen universal y poderosa. Sonrisas y ojos entornados de arenisca negra yerguen su encantamiento frente al verde, indescifrable y pródigo. En medio de la selva y sobre el dédalo de pasillos, estas cabezas elevan al cielo una metáfora inquietante de nuestra propia condición.

Sobre el terreno, lamentamos la ruina de algunas partes del templo, torres convertidas en muñones que muestran sólo una desolada geometría de sillares. Soñamos con una gloriosa restauración, perfectamente posible porque los bloques de arenisca negra caídos se ven frecuentemente por el suelo. En el santuario central, una imagen del Buda recibe las ofrendas de los fieles. Cuando nosotros visitamos el Bayón, a la entrada del santuario un anciano profetizaba el futuro a los visitantes, mirándoles las manos y doblando palillos que luego extendía sobre un recipiente con arena.

EPÍLOGO BUDISTA

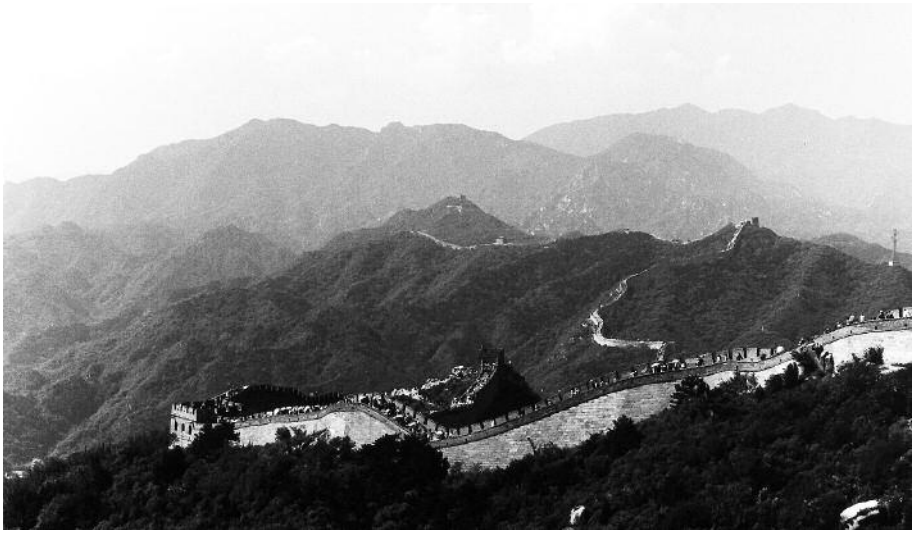
Habría mucho que decir sobre la majestad de estos pájaros metálicos que nos transportan bonachones en su vientre. Cerrada noche sin luna diez kilómetros sobre el mar Caspio. Oscuridad casi completa. Y en un instante, miles de luces dibujan una gran ciudad a la orilla del mar. Bakú inconfundible, con la Icharí Shahar *(la vieja ciudadela)* y las torres petrolíferas en la bahía. Se adivinan las calles de la ciudad moderna, los barrios satélites, la carretera que contornea la costa; todo brillando con perezosas luces doradas. Lentamente, vamos dejando atrás la ciudad que dormita, hermosa isla de luz en medio de la noche.

Pensamos algunos que el mundo es una colección de enigmas interrelacionados. Y una ciudad que nos fascina en medio de la noche es un signo suficiente de la naturaleza azarosa y fugaz de la belleza. Pocas armas tenemos para hacer frente a este desafío. Nadie que quiera ser considerado en su sano juicio discutirá el prestigio y la seducción del paradigma dominante, esa imagen del espíritu del mundo como agitada proliferación de yos en continua pugna. Sin embargo, mirando atentamente dentro de nosotros mismos, veremos

sorprendidos que vivir es compartir, pensar es compartir, ser es compartir; y despertaremos al fin al vacío gozoso que es nuestro padre y nuestra madre. Sabremos descifrar entonces esas luces bulliciosas, seductoras e inciertas, que deslizan su enigma en medio de la noche.

Pindaya (Birmania)

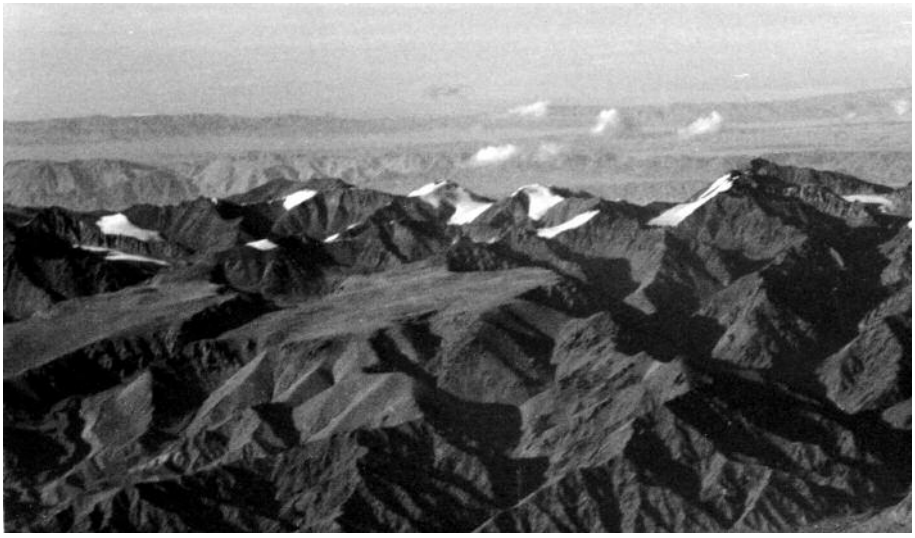
China y el Turquestán chino



FRANKFURT-TASHKENT-PEKÍN

El día nace mientras cruzamos las fértiles llanuras de Rusia, interminable cuadrícula invadida por manchas irregulares de bosque. Volamos luego sobre masas de nubes que desaparecen justo para permitirnos ver el extremo norte del mar de Aral, un broche de zafiro engastado en viejas líneas de costa concéntricas (aspecto demasiado hermoso para una tragedia ecológica). La luz de la mañana ilumina después los desiertos del sur de Kazajstán, las tierras del Syr Daryá. En la enorme llanura aluvial se ven por todas partes antiguos meandros, sinuosas serpientes que forman el cuerpo mismo de la tierra. El viento arrastra luego sobre ellas rosarios de dunas. Tras el viaje a través del desierto, aterrizando en Tashkent (capital de Uzbekistán) nos sorprende descubrir tan lejos la imagen de Rusia en el paisaje inconfundible de *dachas* y edificios residenciales.

Al atardecer volamos sobre los glaciares que jalonan la vertiente norte del Tien Shan, las montañas celestes, en el Turquestán chino. Un dios solitario y sabio medita todavía en estas cumbres, un dios que sencillamente espera contemplando sonriente el giro de los astros, los días y las noches y sus fronteras rosadas, las nubes que traen el agua y el viento que silba en las aristas. Aquí donde nada humano existe, un dios aguarda meditando sobre la nieve, ardien-



Montes de Barkol

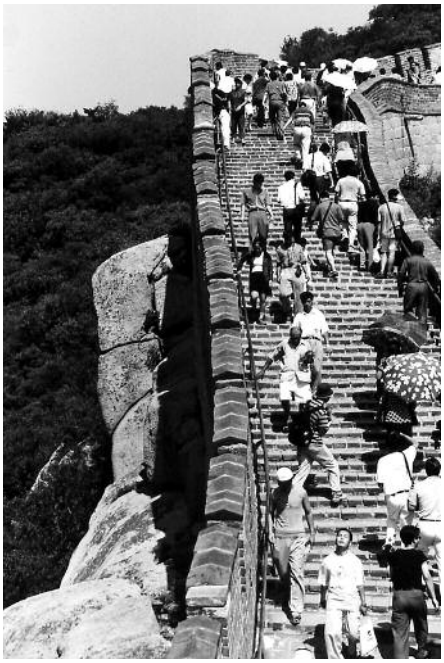
te, imperturbable. A lo lejos, los ríos que bajan de las montañas se pierden entre las dunas. Después, el paisaje se vuelve un infinito desierto pedregoso del que asoman mesetas de roca desnuda. Con las llamas del crepúsculo acercando ya la noche, pasamos al lado de los montes de Barkol, un solitario cordal de aristas pedregosas modeladas por pequeños glaciares. Es la frontera entre China y Mongolia, en el extremo occidental del Gobi.

PEKÍN, UN VIAJE EN TAXI

Templo del Cielo

Un bosque de abedules, sauces, pinos, abetos, cipreses y mil árboles más cuyo nombre desconozco. Esto es Pekín. Y también una extensa red de avenidas perpendiculares con tremendos viaductos que consiguen que el tráfico nunca deje de ser fluido. Y grandes edificios que se elevan orgullosos por toda la extensión de la ciudad y forman otro bosque que se pierde en el horizonte. De repente, los tejados de cerámica de un templo, o una pagoda recortándose en el cielo nos recuerdan que este aspecto tan flamante surge de una historia

milenaria. En algunas zonas, tras los edificios modernos asoman barrios de calles abarrotadas y estrechas, el viejo mundo que se resiste a desaparecer. Árboles, autopistas, rascacielos y pagodas, coches modernos y también bicicletas. Y sin darnos cuenta, llegamos a la plaza de Tiananmén, la inmensa explanada donde la Ciudad Prohibida de los emperadores se da la mano con los emblemas de la revolución, y donde palpita como en ningún otro sitio un presente que intenta consumar el matrimonio incierto de la comuna y el mercado.



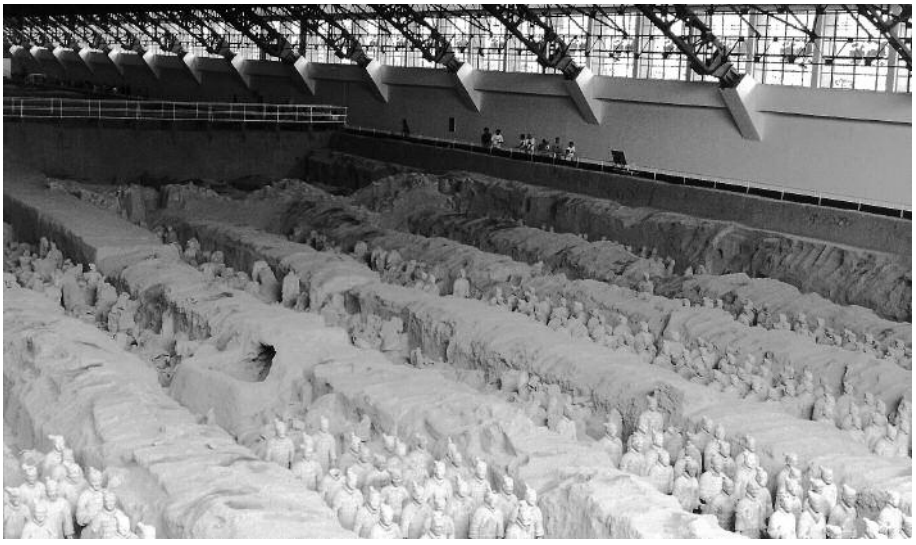
A una hora y media de autopista hacia el norte, la Gran Muralla es el símbolo más perfecto de China. Aunque aquí se contempla sólo un fragmento de esta construcción, una serpiente de muros y torres que repta entre montañas cubiertas de árboles, sabemos que estamos en realidad ante un dragón poderoso. Toda la energía y toda la voluntad de un pueblo gigante quedaron modeladas en esta muralla que cruza cordilleras y atraviesa desiertos a lo largo de más de seis mil kilómetros.

XI'AN

La que fue capital de China hasta el siglo X es hoy una gran ciudad de más de tres millones de habitantes que se eleva en medio de una llanura extraordinariamente fértil. Las murallas que protegen el recinto de la vieja ciudad se conservan intactas. Extramuros hay grandes avenidas y rascacielos como en Pekín, aunque todo a escala reducida. Intramuros, soberbias pagodas coexisten con las tiendas caras que venden moda occidental entre el barullo del tráfico y enormes pantallas de televisión. Aquí también la gente miraba curiosa a los "diablos extranjeros" en los que a nuestro pesar nos convertimos

al entrar en China, y por medio sólo de una mirada enfurruñada y vagamente amenazante, conseguimos provocar una estampida de niños horrorizados que subieron corriendo toda la escalera que asciende a la muralla junto a la puerta sur. En Xi'an hay una importante comunidad de musulmanes de etnia china (conocidos como *hui* para diferenciarlos de los *han*, que son los chinos no

Gran Mezquita de Xi'an



musulmanes), y la gran mezquita donde se reúnen para orar mirando a la Meca es una rareza de jardines con pagodas y grandes piedras inquietantes, y pórticos donde se mezclan inscripciones en árabe y en chino. Cerca de la ciudad está el lugar donde un ejército enterrado de soldados de terracota protege el último sueño del emperador Qin Shi Huang, que gobernó China con mano de hierro en el siglo III a. de C.

Muy próximo a Xi'an está el balneario de Huaquing, donde en diciembre de 1936 Chiang Kai-shek fue secuestrado por sus propios generales, que le obligaron a formar un frente común con los comunistas contra la invasión japonesa. Este famoso "incidente de Xi'an" es considerado por muchos como el principio del fin de la penetración colonial europea en Extremo Oriente.

DUNHUANG

Volando de Xi'an a Dunhuang tenemos una buena perspectiva sobre la llanura primorosamente cultivada de los alrededores de Xi'an, una densa malla de campos rectangulares que se pierde en el horizonte. Nos sorprende no ver campos de arroz, y esta ausencia nos confirma lo que ya hemos aprendido en los restaurantes. En esta parte norte de China el cereal más común es el trigo, que se come preferentemente en variadas formas de pasta y panecillos.

Montes Mingsha

Hacia el noroeste hay suaves colinas, pero el trabajo de la tierra prosigue imperturbable por medio de terrazas. Más adelante, el agua empieza a escasear, y los cultivos son sólo manchas verdes que ciñen la cinta amarilla de los ríos. Nos internamos entonces en el corredor de Gansu, el estrecho pasillo que fue siempre la comunicación natural de China con el resto del mundo, una cadena de oasis flanqueada por las cumbres nevadas de los montes Qilian a un lado y la árida llanura del Gobi al otro. Este fue el camino por el que llegó de la India el budismo, por ejemplo. Por él circulaban también las caravanas que llevaron a Europa la seda y todos los productos de China. Desde el avión, esta zona es una llanura desértica en la que se suceden las islas verdes de los oasis.

Dunhuang es una pequeña ciudad de catorce mil habitantes, y también el último de los oasis del corredor de Gansu, un paraíso de verdor con largas hileras de álamos que separan cultivos de algodón, maíz y trigo. Alrededor se extiende el desierto, las dunas de los montes Mingsha al sur, las cumbres abrasadas de los montes Sanwei al este, y una yerma llanura pedregosa en las demás direcciones. Verdaderamente es este un confín de China, y aquí al lado termina la gran muralla en una fortaleza que preside un paraje de una rara belleza, entre cumbres desnudas. En este punto fronterizo, la prosperidad producida por el comercio y la afluencia de misioneros budistas procedentes de la India provocó en el pasado un gran florecimiento del budismo, y en Mogao, muy cerca de Dunhuang, se excavaron entre los siglos IV y XIV centenares de grutas en los conglomerados de los montes Mingsha para albergar esculturas de estuco y pinturas que incluyen algunas obras maestras del arte budista. En

Cerca del Dunhuang

una de estas grutas se encontraron además a principios de siglo gran número de documentos escondidos por los monjes en el siglo XI para salvarlos de la destrucción, textos valiosísimos de carácter muy diverso que andan hoy repartidos por museos de medio mundo. Entre ellos estaba uno de los libros impresos más antiguos que se conocen, un ejemplar del *Sutra del diamante* del año 868. Esta es una obra escrita en la India y cuya traducción al chino la llevó a convertirse en uno de los clásicos del budismo. Su nombre alude a que es capaz de cortar los hilos de la ilusión con la facilidad de la más dura de las piedras. En ella se nos enseña que: "todo lo dotado de una forma individual debe ser considerado como las nubes que se agrupan y se desvanecen en el cielo, igual que los contornos borrosos de un sueño".

TURPÁN

Desde Dunhuang viajamos en tren a Turpán, que se sitúa ya en el Turquestán chino, un territorio que tiene aproximadamente tres veces la extensión de España y menos de la mitad de su población, y forma actualmente la provincia autónoma de Xinjiang de la R. P. China. Esta región está habitada por una abigarrada mezcla de chinos *han* y *hui*, y habitantes autóctonos que hablan lenguas parecidas al turco (uzbekos, kazakos, kirguises y principalmen-

te uigures). Tampoco faltan tayikos, que usan una variante del farsí, mongoles, manchúes y rusos para acabar de redondear el panorama, y en el pasado, un pueblo con una lengua indoeuropea emparentada con el grupo italo-céltico y conocida como tocario dejó también testimonios escritos en esta zona. Al igual que habíamos visto en el Tíbet, también en Xinjiang todos los rótulos y señales suelen ser bilingües, sólo que aquí están escritos en chino y en uigur, que se escribe con caracteres árabes.

Turpán (en chino, Tulufán) es una isla de vegetación en medio del desierto y a los pies de las cimas del Tien Shan, que alcanzan en esta zona los cinco mil metros de altura. Dentro del oasis se encuentran sin embargo alturas de menos de ciento cincuenta metros bajo el nivel del mar. Regada por los *karez*, canales subterráneos excavados que recogen el agua de los acuíferos del Tien Shan, crece en Turpán una vegetación exuberante con largas hileras de álamos, extensos maizales y sobre todo parras, centenares de hectáreas de mimados cultivos que producen muchas variedades de uvas. Construcciones rectangulares de ladrillo con las paredes agujereadas, en las que se secan las uvas, se extienden por todas partes alrededor del oasis. La población de Turpán se reparte casi a partes iguales entre musulmanes *hui* y uigures de un lado, y chinos *han* del otro, mucho menos religiosos. La ciudad repite a menor escala el modelo ya sabido de avenidas amplias y rectas, y en medio de ella hay un lar-

Jiaohe

go paseo completamente cubierto por un entramado de parras de las que cuelgan miles de racimos de uvas. Salimos a dar una vuelta después de cenar, y nos demoramos por los puestos del mercado nocturno, confundidos entre el barullo de la gente que invadía la calle después del calor agobiante del día. Acabamos nuestra escapada tomando una cerveza en una terraza al lado de un hermoso parque, en un lugar completamente alejado de los circuitos turísticos. Cuando marchamos, pudimos comprobar que la chica que nos había servido no entendía qué significaba el billete de propina que habíamos dejado sobre la mesa.

En los alrededores de Turpán se encuentran las cuevas de Bezeklik, que permiten sobre todo comprobar la capacidad destructiva de la estupidez y la intolerancia humanas. Los musulmanes y los viajeros europeos que saquearon estas tierras a principios de siglo consiguieron que de las delicadas pinturas y esculturas que decoraban las grutas no queden hoy día más que rostros de budas arañados con saña y cicatrices dejadas por las sierras con las que los "diablos extranjeros" arrancaron lo mejor de estos tesoros para transplantarlo a museos de Alemania. Después, algunas de estas pinturas se perderían durante los bombardeos de la segunda guerra mundial. Al oeste de Turpán, la vieja ciudad de Jiaohe yergue en una meseta alargada en la confluencia de dos ríos un laberinto de muros en parte excavados y en parte construidos, dominados por

Jiaohe y el Tien Shan

un templo budista que conserva hornacinas con los restos de alguna estatua del Buda. Al este del oasis, Gaochang, flanqueada por una muralla cuadrada en medio de una llanura, es otra maraña de tapias polvorientas presidida también por los restos de un gran santuario budista. Hallazgos de documentos y pinturas demuestran que esta ciudad albergó también importantes comunidades nestorianas y maniqueas hasta su destrucción en el siglo XIV. Parece ser que fue en China donde más tiempo consiguió sobrevivir, mientras en todas partes era exterminada a sangre y fuego, la predicación de Mani, el ángel martirizado, la doctrina del combate mortal y cósmico de los dos principios, que promete rescatar nuestro espíritu para jardines de luz.

URUMCHI

Viajamos por carretera de Turpán a Urumchi, la capital de Xinjiang, y esto supuso atravesar el Tien Shan, pues Urumchi se sitúa al pie de la vertien-

te norte de las montañas. No obstante, no tuvimos que ascender apenas para hacer esta travesía, porque la carretera sigue una larga zona deprimida que interrumpe el trazado de la cordillera. Al salir del oasis de Turpán, encontra-

mos primero desierto pedregoso*, una yerma llanura tapizada de cantos. Las cumbres del Tien Shan se recortaban en el cielo a nuestra derecha. En una parada táctica aprovechamos para internarnos un poco en el desierto. El viento soplaba con tal fuerza que arrancó las gafas de la cara de Mario. Estuvimos buscándolas un rato y no aparecieron. Sencillamente volaron. Afortunadamente llevaba otras de repuesto. Siguiendo camino, nos internamos después entre cerros desnudos de rocas pardas que a veces dejaban asomar cimas más altas bastante próximas. Grandes abanicos torrenciales invadían el fondo de los valles. Continuamos así bastantes kilómetros y al fin salimos de nuevo a un horizonte más abierto, otra vez un desierto pedregoso flanqueado por áridas crestas a lo lejos. En algunas zonas con agua se veían oasis habitados, rebaños y cultivos. Cerca ya de Urumchi, pasamos al lado de una de las mayores centrales eólicas del mundo. Confortaba pensar que aquel bosque de estilizados molinos de viento que se perdía en el horizonte era capaz de transformar la salvaje energía del viento del desierto en luz y calor.

Con casi dos millones de habitantes y mayoría de población *han*, Urumchi (en chino, Ulumuqi) es una ciudad moderna y bulliciosa, un centro minero e industrial de primer orden, y la capital administrativa y cultural de la provincia

* En zonas como esta, el viento se lleva toda la arena, que puede acabar formando dunas o *loess* muy lejos. Los *loess* son depósitos de arena y limo que dan lugar a fértiles suelos en gran parte del hemisferio norte. En nuestro viaje los vimos en la zona de Xi'an.

autónoma de Xinjiang. Desde el parque de la colina roja, que ofrece la mejor vista sobre la ciudad, el aspecto de esta es el de un abigarrado bosque de rascacielos que en muchos casos no son ciertamente un prodigio de estética. Autopistas abarrotadas surcan una gran ciudad que la relativa prosperidad económica de la región ha hecho crecer demasiado rápido y sin criterio, como una excrecencia extraña del petróleo del desierto. Quedan sin embargo relictos del pasado. La visita a un viejo mercado nos sirvió para tantear un poco la insólita mezcla de razas que se da en esta región, y también las tensiones subterráneas de un país donde uigures y chinos llevan siglos entendiéndose y desentendiéndose. De las más de cien mezquitas que hay en Urumchi, visitamos sólo la de Shaanxi, construida en 1906. A pesar de lo visto en la gran mezquita de Xi'an, no dejó de sorprendernos ver una media luna rematando el curvo y reluciente tejado de cerámica esmaltada de un edificio chino. Nuestra salida nocturna a callejear acabó conduciéndonos a una plaza donde mucha gente cenaba en mesas al aire libre. Allí mismo, en puestos callejeros se cocinaban tallarines y una especie de pinchos morunos. El ambiente era festivo y distendido, y no dejó de complacernos ser una de las principales atracciones de la velada.

La estancia en Urumchi nos sirvió también para hacer un par de escapadas por la vertiente norte del Tien Shan, mucho más húmeda que la sur, y rica en praderas, bosques y ríos que mueren hacia el norte en el desierto de Junggar. En la primera, comprobamos como el turismo (principalmente turismo in-

Tien Chi

terno) ha cambiado la forma de vida de algunos de los nómadas kazakos, que han pasado de apacentar rebaños en los altos pastizales del Tien Shan a apacentar turistas en las estribaciones de la cordillera, dejándolos acercarse un poco a su vieja forma de vida. Con ellos conocimos por dentro ese hogar redondo y acogedor que es la *yurta*, y pudimos espiar la cocina portátil, el rincón de los vasos y el agua, las cortinas que velan el dormitorio de la pareja. En la segunda excursión subimos hasta el Tien Chi *(lago celeste),* un lago de morrena en un paraje encantador al pie de los glaciares y con bosques de grandes abetos en todas las laderas que miran al norte.

KÁSHGAR

La ruta comercial que comunicaba China con el resto del mundo es conocida desde el siglo XIX como Ruta de la Seda, que es el nombre que le dio el erudito alemán Ferdinand von Richthofen. Desde las llanuras orientales de China, esta ruta ascendía siguiendo el corredor de Gansu, y al llegar a Dunhuang se bifurcaba. Uno de los ramales se dirigía entonces hacia el noroeste para seguir las estribaciones del Tien Shan y bordear por el norte el desierto de Taklamakán, una vasta extensión de dunas en la que se han descubierto recientemente yacimientos de petróleo. Mientras tanto, el otro ramal se dirigía hacia el oeste, bordeando por el sur el desierto al pie de los montes Kunlún, que

hacen frontera con el Tíbet. Después estos dos caminos volvían a juntarse en Káshgar, desde donde la ruta se dirigía al sur para internarse en la India por el paso de Kunjerab.

Káshgar (en chino, Kashi) creció en medio de un oasis regado por ríos generosos que traen el agua de los glaciares del Pamir, la cordillera que hace de enlace entre los Himalayas y el Tien Shan, y se sitúa muy cerca hacia el oeste. La historia de esta ciudad nos habla de una temprana influencia de la India y Persia, y un florecimiento del budismo hasta el siglo X. Las grandes dinastías chinas como los *Han* o los *Tang* extendieron su influencia hasta ella, mientras que la mayor parte del tiempo florecían reinos locales. La llegada del

En el oasis de Káshgar

Islam trajo consigo la persecución del budismo, y los *stupas* cedieron su lugar a los minaretes. En la actualidad, Kásghar tiene unos doscientos mil habitantes y mayoría de población uigur, con lo que constituye la reserva espiritual islámica de Xinjiang.

Estuvimos un día en Káshgar, que al ser domingo nos permitió conocer el famoso mercado. Tuvimos también la suerte de poder alojarnos en el hotel que fue en el siglo pasado el consulado ruso, cuartel general del todopoderoso Nikolái Petrovski en las intrigas del Gran Juego. En los salones umbríos, entre viejos cuadros y relucientes samovares, se respiraba intacto el ambiente de aquella época en que dos grandes imperios europeos jugaban al ajedrez sobre un tablero llamado Asia.

Los alrededores de la ciudad son una delicia, con campos de arroz, maíz y algodón entre hileras de álamos que se recortan en el horizonte de cumbres desnudas. Hay tapias de barro que protegen huertos con frutales, y pequeños pueblos con casas de adobe y su cementerio musulmán al lado. En la ciudad se conservan algunos monumentos musulmanes notables, como la tumba de Abakh Khoja, un precioso mausoleo del siglo XVII, o la mezquita de Aidkah, del siglo XV, la más grande de China. Todos ellos están construidos en estilo persa y adornados con hermosos azulejos. No falta tampoco, para dar algo de contraste, una enorme estatua de Mao (dieciocho metros, la segunda en tamaño de toda China) presidiendo la plaza principal.

Mezquita de Aidkah

En el mercado de Káshgar, la gente acude de todos los pueblos vecinos a vender sus mercancías, que incluyen frutos y hortalizas de todas clases, corderos, caballos y camellos. La multitud llena calles y plazas con un barullo y confusión indescriptibles, y hay chalaneos, pruebas de animales, y todo lo que suele ser normal en estos casos. Hay también a la venta objetos algo más extraños, como un amplio catálogo de cadáveres resecos de sabandijas (reconocimos lagartos, ranas, orugas y diversas especies de culebras). El uso que los compradores puedan darles es algo que se nos escapa. La consulta de los dentistas suele anunciarse con un dibujo que muestra el despiece de una mandíbula humana. Para que la gente no desfallezca se ofrece también comida, el sabroso arroz con zanahoria que pudimos saborear más tarde, y también algunas viandas menos prometedoras, como insólitos montones de cabezas, hígados, o estómagos cocidos de cordero. La impresión que nos produjo el mercado de Káshgar, al lado de los pozos de petróleo y el imparable despegue industrial de la región, fue la de algo insólito y frágil, una reliquia que difícilmente sobrevivirá a los rituales y astucias de la aldea global.

En el corazón de la ruta de la seda, donde los mercaderes cambiaban sus caballos por camellos para emprender la travesía del desierto (o viceversa), Káshgar es un enclave único en Asia, una encrucijada que está cerca tanto de China como de Afganistán o de Persia, de la India como de Rusia. Puede uno decir sin temor a equivocarse que ninguno de los grandes mundos de Asia es ajeno a esta isla de verdor escondida entre montañas y desiertos.

VIGENCIA DEL BUDISMO Y EL VEDANTA

Tras tantas muestras de admiración por la doctrina del príncipe Siddharta como lleva leídas el sufrido lector en estas páginas, creo que ha llegado el momento de poner en claro las causas de esta admiración. Sería entonces también el momento de discutir cómo esta admiración se interrelaciona con la que nos inspira el vedanta, la corriente filosófica basada en la doctrina de las *Upanishads* y que para muchos constituye la culminación del pensamiento hindú.

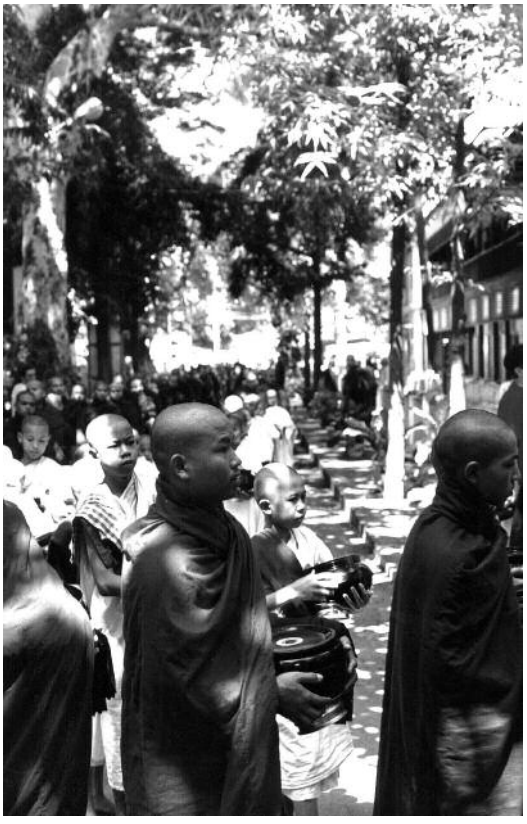
La religión hindú antigua era una rigurosa liturgia basada en el sacrificio. Esto es lo que podemos deducir de los himnos del Rig Veda, por ejemplo. Sin embargo, a partir del siglo VII a. de C. se empiezan a escribir textos que expresan una religiosidad que concede mucha más importancia a la experiencia interior que a ceremonias predeterminadas. Son las *Upanishads,* que culminan la literatura védica, y cuyo descubrimiento esencial puede ser sintetizado en la famosa ecuación "*atman = Brahman*", es decir, el yo que reluce en el fondo de nuestro ser se identifica con el principio esencial que constituye el fundamento oscuro y profundo del cosmos. La fórmula se populariza en *mantras* muy conocidos, como: "*Aham Brahma asmi*" (yo soy Brahman) o "*Tat tvam asi*" (tú eres eso). Hay también en las *Upanishads* un énfasis muy claro en la libertad que rige todo el devenir del ser. Sobre la naturaleza de Brahman, se propone que tres dimensiones se integran en él: *sat* (ser), *cit* (conciencia) y *ananda* (felicidad). Tenemos así una filosofía monista que alcanza su máximo desarrollo con las enseñanzas de Shánkara en el siglo VIII. La filosofía de Shánkara, conocida como vedanta *advaita* (no dual) puede estudiarse en los maravillosos comentarios escritos por él mismo sobre las *Upanishads* y los *Brahma Sutras*. Esta filosofía acepta, por supuesto, la autoridad de los Vedas, y se integra por lo tanto en el hinduismo ortodoxo con todas las consecuencias sociales y rituales que ello implica (ninguna objeción al sistema de castas, por ejemplo).

Paralelamente a esta evolución del hinduismo, una poderosa escisión se desarrolla a partir de él desde el siglo VI a. de C. por las enseñanzas de un prín-

cipe indio llamado Siddharta Gautama y que cuando se convirtió en asceta también recibió el nombre de Shakya Muni (el asceta del clan Shakya). Después este personaje fue conocido como el Buddha, es decir, el despierto. La predicación del Buda se desentiende de la autoridad de los Vedas, renuncia a cualquier pretensión metafísica, y se plantea exclusivamente como un remedio para aliviar el profundo sustrato doloroso que se percibe en la existencia. Su doctrina puede sintetizarse en las conocidas como "cuatro nobles verdades": la verdad de la existencia del dolor, la verdad sobre la causa del dolor, la verdad sobre el fin del dolor, y la verdad sobre el camino que conduce al fin del dolor. Se parte de la experiencia de un dolor omnipresente, y se encuentra su origen en el apego, la identificación con entes perecederos, entre los que se incluyen el propio cuerpo y la propia mente, que resultan ser en realidad conjuntos fortuitos e inconsistentes de *skandhas* o agregados. Diagnosticado el mal, se afirma la existencia de un remedio, y se expone este, consistente en el famoso óctuple sendero, una colección de sugerencias cuya eficacia debemos comprobar por nosotros mismos, y que pueden sintetizarse en la práctica de pensamiento, visión y comportamiento correctos. La nota dominante a lo largo de todo este proceso es un impulso de emancipación y desenmascaramiento de la realidad, y su herramienta más poderosa son los ejercicios de meditación en los que progresivamente se va tomando conciencia de la dinámica de la propia mente. El resultado final de la aplicación correcta de todo esto es un estado llamado nirvana *(extinción)* en el que los condicionamientos de la existencia son superados. Por supuesto, el budismo rompe con las castas hindúes y predica la absoluta igualdad de los seres humanos y la compasión por todos los seres vivos. Simultáneo en su origen con la escritura de las últimas *Upanishads*, el

budismo es heredero y deudor de algunos de los logros del pensamiento hindú, aunque este fue a su vez influido por él. La grandeza del budismo la entenderemos con un ejemplo. En la civilización occidental, consideramos como un gran hito el enunciado de los derechos humanos en el siglo XVIII. Pues bien, con algunos siglos más de progreso podríamos llegar a la extensión de estos derechos para todos los seres vivos. Habríamos llegado entonces a lo que el budismo ya enunció claramente y justificó de forma teórica en el siglo VI a. de C.

La doctrina del Buda ha sido criticada por lo que se considera a veces un excesivo pesimismo. Por ejemplo, la formulación de la primera noble verdad como "todo es dolor (*dukkha*)", que solemos encontrar en los textos clásicos, es algo difícil de digerir. A nadie se le escapan las mil cosas agradables de que está llena la vida. El sentido de esta aparente exageración hay que buscarlo sin duda en la dirección apuntada por Mircea Eliade cuando interpreta que *dukkha* podría tener en esta frase el sentido de "efímero" o "inconsistente". También el nirvana con su aspecto de simple aniquilamiento es una conclusión del proceso liberador bastante frustrante, una especie de suicidio, sobre todo cuando se compara con los paraísos que suelen ofrecer las religiones más extendidas. Sin embargo, tal vez sea precisamente esto lo que marca la diferencia entre el budismo y estas religiones, entre la teoría de un psicólogo genial y las fábulas de unos sublimes vendedores de ensueños. Lo esencial del mensaje del Buda es una advertencia muy clara. Todo lo que se construya desde el culto al



yo y fuera de un análisis riguroso de lo que ese yo encierra está condenado al fracaso.

La historia del budismo vio el desarrollo de sucesivas escuelas, muchas de ellas vivas en la actualidad, que ponen énfasis en unos aspectos u otros de la doctrina del Buda, sufren influencias de diversas corrientes de pensamiento ajenas al budismo, y desarrollan en general, contra los consejos del propio Buda, complejas especulaciones metafísicas. El gran problema del budismo, de todas formas, es que como suele ocurrir por otra parte en todas las doctrinas, se desarrolla a nivel popular como una religiosidad ritualista que deja de ser un seguimiento del mensaje del Buda para convertirse sencillamente en una adoración del buda, la estatua dorada como ídolo

El budismo no hace más que invitarnos a una reflexión. Si aceptamos el reto, entraremos a analizar el edificio que es nuestra propia identidad. Tantearemos sus muros, estudiaremos los techos, miraremos por las ventanas que la estructura orienta en determinadas direcciones. Nos sorprenderá la disposición de las puertas y la sólida trabazón de vigas, viguetas y pilares. El viaje es interesante y merece la pena. Hay en él un momento único. Este es el momento en el que el investigador se da cuenta de que él es el propio edificio que investiga, porque allí no hay ninguna otra cosa. Uno está acostumbrado a no sentir experiencia más real que la conciencia de su propia identidad, pero llega un momento en que el ojo escrutador relampaguea y se reconoce como una prodigiosa casa deshabitada. Habíamos entrado en una habitación y nos sobrecogió la presencia amenazante de una serpiente. El miedo se apoderó de nosotros. No había en el mundo nada más real que ese miedo. Y de repente se encendió la luz y descubrimos que en medio de la estancia había solamente un pedazo de cuerda.

La metáfora anterior es sin embargo una metáfora hinduista. La verdad es que en el fondo de muchas doctrinas y, envuelto en ropajes bien diversos, es posible encontrar algo que apenas se distingue del espíritu liberador del budismo. Varios senderos ascienden a la misma cumbre desde laderas diferentes. El mensaje conjunto de todas estas voces acordadas es uno, y ha sido llamado *Philosophia Perennis* por Aldous Huxley en un libro revelador sobre el tema. Desgraciadamente, no es este aspecto unitario e integrador el que más suele atraer de las filosofías y religiones, y así va el mundo.

El texto que sigue se basa en la exploración de una idea que podía haber

tenido tratamientos diversos, pero que yo he preferido narrar imitando un poco irreverentemente las formas de las escrituras budistas clásicas que tanto me gustan. Me he permitido incluirlo aquí como cierre del libro.

SUTRA DEL GRAN REY VIVEKATARAMANAM Y SU HERMANO GEMELO QUE LLEGÓ DE PAÍSES EXTRAÑOS

Y aquella noche el rey Vivekataramanam durmió mal y poco, porque había cenado mucho, y bebido más, y despertó con una enorme resaca, y los miembros doloridos, y la cabeza como un nido de abejorros. E hizo que llamaran a Subhuti que siempre aliviaba sus penas, y le dijo:

—"Oh Subhuti, Subhuti, he dormido mal y estoy cansado, y se me amontonan las preguntas y quisiera saber, y no sé. La existencia es dolorosa para mí, y no entiendo nada. Oh Subhuti, explícame la teoría de los agregados y la esencia del *dharma* que libera del dolor, para que pueda saber quién es este ser que padece una enorme resaca, y tiene los miembros doloridos, y la cabeza como un nido de abejorros".

Y Subhuti le dijo:

—"La teoría de los agregados, oh gran rey, es sencilla si se explica adecuadamente. Y hoy creo que así lo puedo hacer para ti".

Y el gran rey Vivekataramanam se arrellanó en su lecho dorado y le dijo:

—"Te escucho".

Y Subhuti le habló de este modo:

—"Oh gran rey Vivekataramanam. Pues sin duda así se te debe nombrar, pues ese es el nombre que te pusieron de pequeño, y el nombre con el que te conocen en todos los rincones de tu reino y en países cercanos donde eres respetado. Oh gran rey, te intentaré explicar quién es ese yo profundo que mora dentro de ti y se pregunta. Y para ello, aunque yo te deseo muchos años de reinado feliz, tendré que dibujar para ti ahora un extraño destino que nos permita tantear y probar qué se esconde tras la conciencia del yo. Tendrás, pues, que seguir mi camino y responder mis preguntas".

Y el gran rey Vivekataramanam se arrellanó más en su lecho dorado y le dijo:

—"Bien sabes que yo siempre te escucho. Comienza".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey. ¿Puedes imaginar que en regiones distantes de Asia, pudiera existir otro reino muy parecido al tuyo, un reino como este con ciudades pequeñas y aldeas en todo a él semejantes, y una hermosa capital y un palacio, todo al modo de este? ¿Sería esto posible?"

Y el gran rey Vivekataramanam le dijo:

—"El país de Bharat es muy grande, y detrás está el país de los persas, y detrás aún hay otros reinos más distantes, y yo no sé qué puede haber más allá, así que no puedo negar que pudiera existir otro reino como el reino de Pela. Aunque creo que es bastante improbable".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey. Si admites que puede haber otro reino semejante a este, imagina que por un ciego azar del destino o una voluntad implacable, ese reino es regido por un hermano gemelo del gran rey Vivekataramanam, cuya existencia siempre ha sido ignorada. ¿Sería eso posible?"

Y el gran rey Vivekataramanam trataba de imaginar cosas tan sorprendentes y extrañas, y se apretaba el mentón, y al fin dijo:

—"Eso que dices me parece improbable, pero cosas muy raras he visto, y hay intrigas aquí en mi palacio, y es preciso reconocer que esas cosas extrañas podían haber ocurrido."

Y Subhuti le dijo:

—"Imagina, oh gran rey, que ese hermano que tienes es igual que tú en todos sus rasgos, y por un ciego azar caprichoso o por una cruel voluntad que ignoramos, ha vivido una vida que es muy semejante a la que tú has vivido, oh gran rey, y tiene los mismos problemas en el reino, y le gustan también los festines y la música. ¿Sería eso posible?"

Y el gran rey Vivekataramanam se sorprendía todavía más y no sabía a dónde quería llevarle Subhuti y pensaba, y por fin respondió:

—"Eso que dices me parece más raro todavía, pero cosas muy raras se han visto, y no podría yo jurar que no pudiera ocurrir, y no diré que es imposible".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey. Tú sabes muy bien que yo te respeto, y que deseo el

mayor bien para tu reino, y lo que te voy a decir a lo mejor te podría ofender, pero yo no quisiera que te ofendiera, porque yo esto te lo digo sólo porque quiero explicarte la teoría de los agregados y la esencia del *dharma*. Oh gran rey, ¿ no sería acaso posible que el gran rey Vivekataramanam cuyo nombre es respetado, sufriera un golpe en la cabeza como les ha pasado a veces a algunos hombres y olvidara su nombre y su patria y que es un gran rey y hasta que adora los banquetes ruidosos. No es esto acaso posible?"

Y el gran rey Vivekataramanam se ofendió por un momento, pero quería conocer bien la teoría de los agregados y la esencia del *dharma* que liberan de la servidumbre y el dolor, y le dijo a Subhuti:

—"Eso que dices, Subhuti, no resulta halagüeño, pero reconozco que yo, al igual que otros hombres, bien pudiera sufrir un golpe en la cabeza, y olvidar mi nombre y mi patria, y que soy un gran rey. Es posible".

Y Subhuti le dijo:

—"Imagina, oh gran rey, que por un ciego azar del destino o por alguna voluntad escondida, esta mañana tu hermano que reina con tu nombre y es tan parecido a ti, y que vive en un reino con el nombre del tuyo y que mucho a él se parece, hubiera venido a los muros de esta ciudad, y hubiera sido introducido en tu lecho. Imagina también que tú, oh gran rey, podrías haber recibido el golpe de que yo antes te hablaba de noche, y que el golpe además podría haberte desfigurado, de forma que cambiara tu imagen. Imagina que te podías haber levantado dolorido, y te podías haber acercado a la fuente a refrescar tu cabeza, y que luego podías haber regresado a la cama, donde estaba reposando el gran rey, y entonces podías haber dicho: "Aquí hay un hombre reposando en su cama, y yo no sé quién soy". Yo te pido, oh gran rey, que imagines esta escena porque de ella vamos a hablar largamente".

Y el gran rey Vivekataramanam se intrigaba y arrugaba el entrecejo y se apretaba el mentón, y le dijo a Subhuti:

—"Esa que dices es una historia ingeniosa y parece una intriga de las que se ven en los teatros de mi reino, y me parece singular, y acepto imaginar que yo podía haber recibido un cruel golpe que me hubiera desfigurado, y que me podía haber levantado a refrescarme, y que al regresar podía haber visto a mi hermano en el lecho y acepto pensar en esa escena curiosa, oh Subhuti".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey Vivekataramanam, tú me preguntabas esta mañana cuando

fui recibido a tu presencia porque tú me llamaste, por la esencia de tu yo profundo, y querías saber de quién es la voz que pregunta desde dentro de ti, y yo ahora te digo, oh gran rey, en la escena que hemos creado, dónde estaría tu yo profundo, el que ahora pregunta desde dentro de ti".

Y el gran rey Vivekataramanam se quedó perplejo, y pensó unos momentos, y se incorporó un poco de su lecho y tenía los ojos como los del hombre que piensa y se regocija de pensar y le dijo a Subhuti:

—"Oh Subhuti, yo lo pienso y lo pienso, y entiendo la situación prodigiosa que has sabido crear y yo pienso, oh Subhuti, que habría un hombre en mi cama llamado gran rey Vivekataramanam y que tiene muchos de mis atributos y gobierna un gran reino y le gustan los festines ruidosos, pero sé que ese hombre no sería yo, y que mi yo más profundo, que siempre está dentro de mí estaría enfrente de él angustiado sin saber ni quién es. Y la escena, oh Subhuti, me produce un gozoso malestar, y es como una amenaza de ruina en un edificio. Pero quiero saber. Y te ruego que me sigas enseñando la teoría de los agregados y la esencia del *dharma*, oh Subhuti."

Y Subhuti le dijo:

—"Has razonado muy bien, oh gran rey, y en ello haces honor a tu pensamiento sagaz y a la sabiduría de todos tus antepasados que han gobernado este reino desde hace mucho tiempo. En la escena sobre la que estamos pensando, el que llamas tu yo más profundo debería permanecer siempre dentro de ti, y estaría sentado en la silla angustiado sin saber ni quién es. Mientras tanto el que todos, incluidos tú y él mismo, conocen como gran rey Vivekataramanam estaría durmiendo tranquilo en su lecho. Pero yo ahora te pido, oh gran rey, que extraigas las conclusiones evidentes de este hecho, porque este es sólo un caso muy extremo que nos hace saber lo que esconde nuestra conciencia fluctuante. Ese yo muy profundo, que piensas que existe y se interroga desde dentro de ti, debe ser independiente entonces de los agregados que se asocian a él, y sobre él se transforman, que se escriben y se borran, que se iluminan y se oscurecen continuamente, porque estos agregados pueden variar y varían como los dibujos cambiantes de las hojas que son arrastradas por el viento, o como la escritura de yeso que se traza en una pizarra, o como las ondas fluctuantes que se dibujan en la superficie del agua cuando arrojas una piedra, o como los remolinos incandescentes que giran en el corazón de una llama. Ese

yo profundo debería ser ajeno y distinto de todos los agregados frágiles y mudables, y esa es la verdad, oh gran rey".

Y el gran rey Vivekataramanam asentía y le dijo a Subhuti:

—"Oh Subhuti, reconozco que has sido muy sagaz, y he comprendido que mi yo profundo que se interroga dentro de mí es independiente de esos agregados que se arremolinan en torno a él y que son como las ondas fluctuantes que se dibujan en la superficie del agua cuando arrojas una piedra, o como la escritura de yeso que se traza en una pizarra, o como los remolinos incandescentes que giran en el corazón de una llama. Pero mi duda sigue, oh Subhuti, porque en la escena que imaginamos allí estaría yo todavía turbado, sentado en la silla y sin saber ni quién soy, y me duele en lo profundo pensar que mi yo pudiera estar en un estado tan lamentable, y que mi yo pudiera verse en tan triste situación. Por eso te pregunto, Subhuti, y mi duda persiste todavía: ¿quién soy yo Subhuti? ¿Quién es ese yo que puede no ser el gran rey Vivekataramanam pero que siento que tercamente estará dentro de mí hasta que muera? Explícamelo, por favor, oh Subhuti."

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey, has razonado muy bien otra vez, y yo entiendo tu desasosiego porque crees que ese yo profundo que existe dentro de ti y que se levantó esta mañana angustiado y me hizo llamar, seguiría latiendo en el interior del pobre hombre sentado en su silla y que mira al gran rey Vivekataramanam. Pero yo te pregunto, oh gran rey: ¿Ese yo tan profundo que sientes que se asocia a tu ser, y con tanto dolor imaginas que pudiera estar en tan triste situación, ese yo tan profundo, dónde crees que reside, oh gran rey? Porque en algún sitio sin duda tendrá que morar para permanecer siempre dentro de ti. ¿Tú crees por ejemplo que ese yo que se angustia y eres tú y siempre tú, reside en un brazo del hombre sentado en la silla?

Y el gran rey Vivekataramanam se quedó muy perplejo otra vez y se levantó un poco más en su lecho y finalmente habló así:

—" Oh Subhuti. Me veo dolorido sentado en la silla sin saber ni quién soy y angustiado, y diciendo sin duda: "este es un gran rey, el que está en este lecho, pero no sé quién es". Y entiendo tu pregunta, y no creo de ninguna manera que ese yo profundo que se angustia ahora dentro de mí, y que sería el mismo del hombre sentado en la silla, residiera en un brazo de este".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey, razonas de una forma sagaz y ahora yo te pregunto: ¿Ese yo más profundo que anida en el hombre sentado en la silla y que es el mismo del gran rey Vivekataramanam que está hablando conmigo, ¿crees tú, oh gran rey, que residiría en una pierna del hombre sentado en la silla?

Y el gran rey comenzó a entender y sonrió y le dijo a Subhuti

—"Sin duda, oh Subhuti, que ese yo no estaría en una pierna del hombre sentado en la silla, por que si le quitaran la pierna, igual que si le quitaran la mano, e incluso si le quitaran sus vísceras, con la condición de que siguiera alentando todavía, sería el gran rey Vivekataramanam que recibió un fuerte golpe y fue cambiado por su hermano".

Y Subhuti le dijo:

—"Has razonado muy sagazmente, oh gran rey. Ahora voy a preguntarte: ¿una vez que sabemos que ese yo tan profundo que se interroga y quiere saber, no está en un brazo ni en una pierna ni en las vísceras, yo te pregunto, oh gran rey, crees que ese yo podría estar en las partes de la cabeza que gobiernan las sensaciones de visión de ese hombre?"

Y el gran rey Vivekataramanam se quedó pensando un momento y le dijo a Subhuti.

—"Oh Subhuti. Lo he pensado y no creo que ese yo tan profundo estuviera en los ojos del hombre ni en las partes de su cabeza que gobiernan su visión, porque eso es para el caso lo mismo que teníamos con los brazos y piernas, y si el hombre dejara de ver, al igual que si perdiera una pierna, no por eso dejaría de ser yo. Y por la misma razón, yo no creo que ese yo tan profundo resida en los oídos ni en las partes de la cabeza que gobiernan la audición. Y me quedo perplejo porque puedo decir lo mismo para todos los sentidos, y creo ver que el yo de ese hombre no podría residir en ninguno de ellos, ni en ninguna de las partes de su cabeza que reciben y hacen que podamos sentir lo que nos dicen los sentidos. Y como el hombre de la silla a consecuencia del golpe puede haber perdido cualquiera de mis recuerdos y cualquiera de mis construcciones síquicas previas al golpe, tampoco ese yo profundo puede residir en esas partes. Y me quedo perplejo, y pienso que debe haber una chispa vital ajena a todo eso que reside muy dentro de mí, en la que está ese yo tan profundo y esa chispa es el yo más profundo del hombre sentado en la silla y es la misma del hombre que te habla, oh Subhuti".

Y Subhuti le dijo:

—"Oh gran rey, tú eres un fiel muy devoto de la teoría de los agregados y la esencia del *dharma* porque lo fueron tus antepasados, pero tú nunca, oh gran rey, has querido estudiar estas cosas a fondo. Sin embargo, a veces que estás un poco cansado de los ajetreos del gobierno te has acercado al monasterio donde los monjes meditamos con los ejercicios que nos enseñó el despierto, y te hemos enseñado estos ejercicios de meditación, y a veces has probado tú también, oh gran rey, a practicar estos ejercicios. Yo te quiero preguntar, oh gran rey: ¿Qué has visto tú al mirar dentro de ti en esos ejercicios?"

El gran rey entonces recordó algunas tardes felices en que había huido de los ajetreos del gobierno, y se había refugiada en el monasterio, y había hecho los ejercicios de meditación, y respondió así a Subhuti:

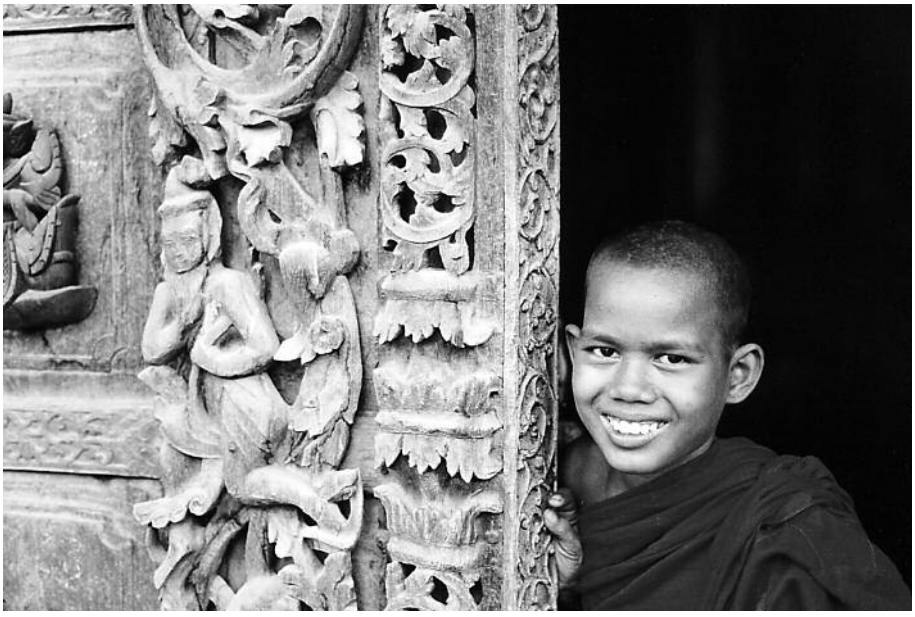
—"Oh Subhuti, al hacer esos ejercicios de meditación yo he visto con claridad que la mente del hombre es un agolparse de sensaciones que se clasifican y dividen según nos enseñó el despierto, y es un conjunto de agregados. Y ese conjunto comprende las apariencias, las sensaciones, las percepciones y las nociones, las construcciones síquicas y los pensamientos. Yo he visto la danza inestable de todos esos agregados en mi interior, y no sabía muy bien lo que eso podía significar, y no le daba importancia, pero ahora después de lo que hemos hablado veo claro que si la mente del hombre es sólo ese conjunto de agregados como nos enseña la meditación, y no hay ninguna otra cosa dentro de él, y he visto también que en ninguno de esos agregados está mi yo más profundo con el ejemplo que me has explicado, tengo que concluir que esa chispa en la que yo creía que podía refugiarse mi yo más profundo no tengo ninguna evidencia de que pueda existir en realidad, y así creer en ella sería como creer en los dioses inmortales de cuya existencia no hay ninguna prueba, o como creer en los animales mitológicos que vienen en los libros ilustrados y de los que tampoco hay ninguna prueba. Y si me ajusto a la recta razón, he de decir que únicamente veo dentro de mí el agitarse de un conjunto de agregados, y ningún alma, ningún yo que permanezca, sino sólo la mágica libertad irrepetible de un instante".

Subhuti entonces sonrió y le dijo al gran rey Vivekataramanam:

—"Oh gran rey, has razonado muy sagazmente otra vez, y debo decirte que acabas de enunciar la doctrina del gran vacío. Porque mirando más allá de la fluctuación de agregados, en el corazón de todos los seres resplandece un vacío que es nuestra última naturaleza, y la experiencia nos muestra que es un

vacío gozoso, y esa es la razón de que siempre sonriente representemos el rostro del despierto que nos recuerda la realidad del *dharma* y los tres refugios y las cuatro verdades y el óctuple camino. Y este conocimiento despierta la compasión hacia todos los seres, porque revela que todos compartimos una esencia única, y libera de la ignorancia, la servidumbre y el sufrimiento, y se llama extinción".

Y el gran rey volvió a sus quehaceres, y fue amable y generoso, y promovió la prosperidad y libertad de su pueblo, porque veía con claridad que la sonrisa de los niños era la pieza más feliz del laberinto de agregados, y favoreció que monjes expertos pudieran visitar otras naciones enseñando la esencia del *dharma*.



Nota final

Los orígenes de este libro hay que buscarlos en unas palabras de José Luis García Martín en el verano de 1997, cuando yo me disponía a partir para la India. Me dijo algo así como: "¿Serías capaz de hacer algo para *Clarín* sobre una ciudad de la India?" No andaba yo muy seguro de poder responder que sí, pero acepté el reto, y en el número de noviembre de ese mismo año aparecían en la revista unas páginas sobre Benarés. En años siguientes publiqué, también en *Clarín*, artículos sobre Tíbet, Birmania y China. No obstante, estos viejos textos tuvieron que ser luego bastante modificados antes de encajar en el libro.

Por aquellas tierras he dejado algunos amigos que no han sido mencionados hasta ahora, y tal vez sea este el momento de recordarlos y agradecer su amabilidad: Soe Moe, la eficaz sonrisa birmana; Sudarson en Nepal; nuestro guía en Jordania, cuyo nombre no consigo recordar; Pol en Phnom Penh; Shao Li, London y Ajim en China. También José Figueiredo, erudito e incombustible, nuestro guía Catay en India. Todos ellos consiguieron limar las dificultades que, de otra forma, hubieran destrozado fácilmente a un viajero tan fatigable como yo. Otros colegas más cercanos, los de la tertulia *Oliver* de Oviedo, trabajaron incansables a la hora de corregir el manuscrito, y me dieron el ánimo que necesitaba para sacarlo adelante. No quiero dejar de citar, entre ellos, a Marcos Tramón. Concha Crespo y Mario Colunga, viejos amigos, fueron mis compañeros en casi todos estos viajes, y son también los principales destinatarios de unas páginas herederas de muchas conversaciones y experiencias comunes. Ellos hicieron que fueran posibles, y a ellos van dedicadas.

Índice

Introducción 11

Rusia 15
En el metro de Moscú 22

Jordania, Siria y Líbano 25
Petra, la ciudad rosada 27
Jerash, la ciudad blanca 32
La tierra de nadie 34
Bosra, la ciudad negra 35
Hacia el norte, campos de batalla 37
Latakia 39
Ugarit 39
Alepo 41
San Simeón y las ciudades muertas 42
Palmira 45
Damasco 47
Seidnaya 50
Líbano 54

Turquía 57
La costa jónica 59
Capadocia 61
Ankara 63
Estambul 65
Nocturno desde la Torre de Gálata 68

Primeras impresiones de la India: Maharashtra y Rajastán 71
Bombay (Mumbay) 73
Ajanta y Ellora 76
El Rajastán 80

Los nombres de Benarés 85
El Ganges 89
El templo dorado 92
El templo de Durga 94
El Buda en el Parque de los Ciervos 95

La India más musulmana; Lucknow, Agra, Delhi 99
Lucknow 101
Agra, una ciudad al lado del Taj Mahal 103
Delhi 106

Nepal y Tíbet 111
Días antes 113
El viaje 113
Nepal 114
El aterrizaje 117
Samye 120
Gyanzê 123
Xigazê 126
Lhasa 129
Montañas, desiertos y ciudades 132

Birmania y Camboya 135
Yangón 138
Desde la colina de Mandalay 139
Bagán 140
Caminos de Birmania 143
Singapur 145
En el país de Pol Pot 146
Ángkor 148
Epílogo budista 151

China y el Turquestán chino 153
Frankfurt-Tashkent-Pekín 155
Pekín, un viaje en taxi 156
Xi'an 157
Dunhuang 159
Turpán 161
Urumchi 164
Káshgar 167

VIGENCIA DEL BUDISMO Y EL VEDANTA 171
Sutra del gran rey Vivekataramanam 177

NOTA FINAL 185

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA OCHO DE OCTUBRE
DEL AÑO 2002